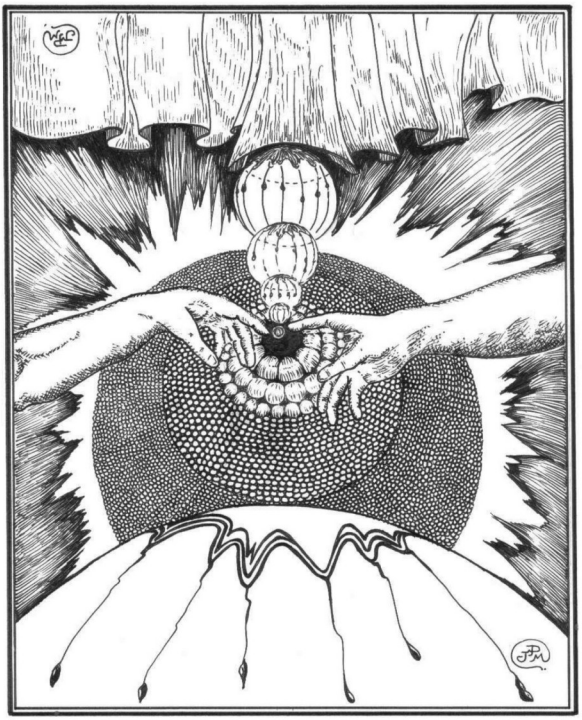
# UN GANCHO EN EL CIELO



# UN GANCHO EN EL CIELO

Redactores: JLM y JCJ. Nº17. Revista literaria sin nombre fijo ni contenido fijo que no se sabe si volverá a editarse.

## EDITORIAL

Viendo el título, la pregunta es obvia: ¿y eso qué leches significa? Es, como otras veces, una metáfora. En este número pretendemos hablar de esa necesidad de casi todas las sociedades humanas de recurrir a la presencia de un creador, de un ente superior que explique nuestras existencias, dé sentido a nuestras vidas y suponga una promesa de perdurabilidad. Por eso el gancho en el cielo, porque ante lo misterioso, la duda o lo inexplicado, es muy fácil recurrir a ese ser superior para encontrar una justificación que nos resulte satisfactoria: ese gancho con el cual nos atamos al Creador y nuestro deseado más allá.

Durante mucho tiempo era fácil aceptar sin más la existencia del Creador. Era una cuestión meramente racional su demostración: la complejidad del mundo, la nuestra propia, sólo podían explicarse porque existía un dios creador, el arquitecto masónico, el motor tomista, que todo lo elaboraba a su gusto. Del caos, se decía, no podía surgir el orden. El gancho que conectaba con el cielo era firme, era más que gancho una sólida escalera, un puente amplio y resistente.

Hasta que llegó un tal Darwin y planteó un mecanismo azaroso capaz de provocar cambio y progreso: la selección natural que no requería Creador para alcanzar la complejidad. Y claro, muchos se rebelaron ante aquello, sospechando, con razón, que esa peligrosa idea socavaba los cimientos de su puente, escala o simple gancho. Y desde entonces muchos han mezclado razón y deseo con tal de seguir manteniendo ganchos con los que conectar este mundo material con la supuesta divinidad a la que la humanidad no quiere renunciar.

Somos bien contradictorios. Nuestros deseos, esos impulsos complejos a los que llamamos fe, nos animan a creer en un Creador que nos dé trascendencia mientras nuestra razón, una y otra vez, nos muestra que sólo tenemos acceso a este mundo material que, en general, se explica por sí mismo. Como no queremos renunciar a la fe

ni sabemos abandonar la razón, entramos en conflicto los unos con los otros y con nosotros mismos, confundiendo ciencia y religión, razón y deseo.

¡Con lo fácil que era vivir en el pasado con esos sueños tranquilizadores que compatibilizaban fe y razón!

En las siguientes páginas no resolveremos el eterno conflicto. Sólo daremos vueltas en torno de él, exhibiremos sueños y razones. Analizaremos algunos de esos ganchos que algunos quieren hacer llegar hasta el cielo y otros hasta el puro caos esencial.

Si alguno de vosotros nunca se había planteado que el darvinismo es bastante más que una teoría referida a los animalitos o que la religión no es sólo rezar o seguir unas normas de conducta, nos daremos por satisfechos con abriros los ojos a una realidad compleja, rica e inquietante. Disfrutad con nosotros de algunas de vuestras contradicciones.

## EL DIOS CIEGO

A mucha gente le sorprende que pueda surgir el orden del caos sin que haya una voluntad inteligente detrás del proceso. Desde antiguo, muchos filósofos y religiosos (en particular los cristianos) se maravillaban de la perfección de nuestro mundo y la tomaban como prueba inequívoca de la actividad creadora de la divinidad. La belleza de la Creación no sólo causaba admiración, también movía a la fe, demostrando la existencia de Dios. El conocimiento del universo podía ser, por tanto, un buen camino para la búsqueda y profundización de la fe.

Encontramos estas ideas u otras semejantes en obras de casi todos los padres de la iglesia, desde Agustín a Alberto Magno, de Francisco de Asís a Tomás de Aquino. Más tarde, personajes como el irlandés Berkeley o el inglés Paizley intentaron racionalizar estas ideas en filosofías de corte idealista que pretendían demostrar la existencia de Dios a partir de "Sus" obras visibles. En el mundo sajón este Paizley, que apenas nos es conocido, ha dado lugar a un término, paizleísmo, usado para referirnos a todas estas filosofías y pensamientos que ven en el orden del mundo la prueba inequívoca de la existencia de la divinidad.

Esto fue así durante mucho tiempo. De modo que, en cierto medida, se podía alcanzar un buen entendimiento entre religión y ciencia, habida cuenta que, al margen de pequeñas discrepancias de interpretación sobre pasajes literales de la Biblia, la investigación científica nada tenía que decir sobre cuestiones teológicas y sí podía enriquecer la visión y conocimiento de la Magna Obra de la Creación.

En estas llegó el señor Charles Darwin, aprendiz, en tiempos, de clérigo y buen conocedor de semejantes ideas, y echó por tierra los bonitos argumentos que sus contemporáneos esgrimían.

Es cierto que a muchos pensadores de la época, tanto laicos como religiosos, les molestaba sobremanera la idea de que los seres vivos evolucionasen en el tiempo. Pero la idea de cambio de las especies no era, de hecho, ni novedosa ni revolucionaria. Es cierto que, para ser válida, requería de enormes periodos de tiempo para que la evolución se hiciera efectiva, lo cual molestaba a muchos literalistas. Y es cierto que lo novedoso de Darwin no era la idea de cambio en sí, sino la de selección natural. Una idea original, sí, pero no tanto como se quiere suponer. Ya en su época se hablaba en determinados ámbitos de la lucha entre las especies y los individuos como mecanismo de cambio y desarrollo. No en vano, un tal Mathews había descrito tal lucha por la supervivencia en algunos ensayos y se apresuró a proclamarse padre de la criatura en detrimento del señor Darwin, cuyas ideas fueron expuestas con posterioridad. Pero si Darwin se convirtió en representante del demonio para la sociedad de la época fue, ante todo, porque extrajo de sus ideas toda una serie de consecuencias que no resultaban demasiado cómodas para muchas mentes de su tiempo y, por lo que se ve, tampoco de nuestra época.

Muchos no saben que Darwin no planteó su teoría de la selección natural en solitario. La primera presentación oficial de la teoría fue la de un artículo firmado conjuntamente por el señor Darwin y su colega Wallace, que había llegado por su cuenta a semejantes conclusiones. Pero Darwin se tomó la molestia de dedicar muchos años de su vida, aun antes de exponer ese pequeño artículo, a buscar pruebas de sus ideas, extraer consecuencias de las mismas y redactar, en suma, un largo volumen en el que explicaba su teoría de evolución por medio de selección natural. A ese volumen lo seguirían

unos cuantos más, tanto o más molestos para las conciencias como el primero.

Al margen de que los conocimientos de la época no fueran completos y algunos puntos de la teoría –en particular la herencia de los caracteres y la fuente de variabilidad de los mismos- quedasen un poco oscuros, la mayor parte de las críticas de su tiempo no se basaron en esas pequeñeces, sino que atacaron la misma idea desde un punto de vista apenas racional, movidos por el visceral rechazo de la teoría.

La idea de evolución es innegable hoy como lo era entonces. El propio mecanismo de la selección natural sigue siendo el eje central de la teoría, pero eso no ha evitado que el darvinismo sufra, a lo largo del tiempo, altibajos, más en su aceptación social que científica y que, cada dos por tres, aparezca algún chalado diciendo que se ha demostrado la falsedad del darvinismo. Muchas veces, un simple cambio de matiz, una puntualización o un añadido a la teoría han servido a ciertos grupos para anunciar el fin del darvinismo. Así ocurrió con el nacimiento de la genética, con el descubrimiento de las mutaciones, con el desarrollo de la embriología y la genética del desarrollo o con la reciente polémica acerca del equilibrio puntuado del malogrado Stephen J. Gould. Al cabo se ha visto que todos esos descubrimientos no hacían otra cosa que completar y fortalecer el darvinismo.

Pero, ¿por qué tanto odio por Darwin y su idea? No por emparentar al hombre con el mono. Eso no es lo fundamental, aunque para algunos parece la aberración última. El problema es más profundo y básico. Cuando Darwin planteó su idea se daba cuenta de que en la selección natural había descubierto un mecanismo de cambio y desarrollo ajeno a la inteligencia. Se puede usar un símil para explicarlo –de hecho hay un libro con idéntico título, de Richard Dawkins, donde se habla de estas cuestiones- en el que se compara el mecanismo de la selección natural con lo que llama "el relojero ciego".

Imagínese un reloj estropeado o desmontado. Si tomamos sus piezas, las golpeamos, agitamos o manipulamos a ciegas, es claro que lo más probable es que lo destrocemos más de lo que ya está. Pero, en ocasiones, por mera casualidad, nuestro relojero ciego colocará alguna

pieza en su sitio y si, poco a poco, concluye su azaroso montaje el reloj volverá a funcionar. Hace falta mucha suerte para acertar, por supuesto. Pero si un acontecimiento depende de la casualidad será más probable cuantas más veces se repita. Bien lo saben los que participan en juegos de azar. Si el relojero estuviera miles de años manipulando las piezas del reloj, no sería raro que alguna vez lo montase de nuevo. Pues algo así sucede con la evolución, pero con una particularidad. La evolución dispone de eones para actuar y, además, aquello que funciona en el mundo de lo vivo, tiende a perpetuarse en la siguiente generación. Y para ello no se requiere de un creador consciente. Basta con tener las piezas –moléculas-, barajarlas una y otra vez, y se obtendrá algo más complejo y funcional: ya ha actuado la evolución. Si lo creado fuera capaz de copiarse, o tan siquiera de favorecer su propia copia -que tampoco conviene que sea perfecta-, tendríamos ya todo el proceso en marcha.

El mundo tiene miles de millones de años de historia. El universo es aún más antiguo. Y hay trillones de moléculas, billones de lugares y ambientes, infinidad de oportunidades, en suma, para que el azar construya ciegamente seres capaces de evolucionar y autoperpetuarse. Con un mecanismo capaz de pasar de lo simple a lo complejo y de lo primitivo a lo desarrollado por la mera fuerza de un azar creador y la cruda competencia entre las "creaciones", el papel de la divinidad omnisciente y diseñadora queda un tanto en entredicho. Y es por ello por lo que la idea de Darwin parece tan peligrosa para muchos, religiosos o no.

En realidad la idea de Darwin no incluye una negación explícita de Dios. Incluso se puede pensar que ese Dios creador sigue existiendo y ha usado tal mecanismo ciego para ejecutar su Magna Obra. Pero, por lo que se ve, a muchos les repugna la idea de que Dios no influya directamente en el mundo con sus decisiones. Ya decía Einstein aquello de que Dios no juega a los dados, y podríamos añadir, con él, que tampoco está bien eso de jugar al billar, si es que Él ha lanzado las bolas de la evolución, poniéndola en movimiento. Incluso muchos científicos intentan buscar ese fino hilo que todavía nos una a la divinidad, tratando de encontrar mecanismos evolutivos al margen de la selección natural –que los hay, pero no sirven como motor de la

evolución- o fines últimos para ese cambio en el que ven continuo progreso –que no siempre hay- y una tendencia que, según algunos como Teilhard y sus ideas teleológicas, conduciría a la conclusión de un plan divino, negando la ceguera del artífice.

Para remate, nos damos cuenta de que el mundo que nos rodea no es perfecto: no lo son nuestros genes, ni nuestros órganos –que tan perfectamente diseñados parecían a los antiguos- ni, probablemente las propias leyes de la naturaleza –cuya inmutabilidad no siempre resulta clara en nuestros días-, de modo que la confusión crece y nuestro Dios creador de perfecciones resulta cada vez más lejano y, por tanto, deseado por aquellos que se niegan a aceptar una realidad que no cuadra con sus anhelos.

Así, nos quedan cuatro opciones: renunciar a la fe, hacerlo sólo cuando hablamos de ciencia, conservar la fe al margen del inevitablemente materialista cientifismo, o renunciar, directamente, a la ciencia. Esta última postura parece, por desgracia, la que más éxito ha tenido siempre, como si muchos pensasen que la ignorancia es el mejor camino para alcanzar el cielo y la felicidad que con él se promete. No deja de ser curioso en un mundo cada vez más marcado por los avances científicos y tecnológicos y una prueba de que la idea de Darwin resulta especialmente repugnante para muchos cerebros humanos.

Juan Luis Monedero Rodrigo

Si de aquel barro bíblico y lejano,
si de aquella primaria arcilla somos…
¿Quién pudo modelarla y en qué torno
tan armoniosamente entre sus manos?
Si de la nada, del vacío, del caos,
surgió la materia y sus contornos…
¿Quién infundirle pudo con un soplo
cuanto posee en esencia el ser humano?
¿Pudo el azar ser tan prodigioso
y la materia de su inerte estado
cobrar vida, sin vida de antemano?

Tan sólo sé que mi pasado evoco,
que nada soy, que al polvo retornamos
y es todo afán sencillamente vano.
Martin's

## CREANDO TÉRMINOS

A ciertas personas les gusta crear palabras con los que referirse a lo antiguo, lo novedoso o lo todavía por descubrir. Aunque, como nos muestra el creador de Cela en su Colmena, tal actividad rara vez conduce a la extensión de nuestro amado vocablo y menos aún al éxito personal del feliz inventor.

Lo que sí llama la atención es cómo, sin que se sepa muy bien por qué, ciertas palabras o expresiones adquieren, de repente, resonancia y son usadas por todo el mundo y en toda ocasión.

Esto es válido, particularmente, para los eufemismos. En cuanto que alguien inventa una expresión nueva y sutil para referirse a lo desagradable o a lo que no quiere nombrarse, el éxito está asegurado y todos los famosos, bienpensantes, sociólogos y, particularmente, todos los políticos del país utilizarán el término o frase siempre que puedan, como si con ello se dulcificase su contenido.

Otras veces el éxito viene del mero esnobismo, del puro afán por estar a la moda. Así usamos todo tipo de barbarismos, sobre todo los anglosajones, sin parar mientes en que exista o no un vocablo en cristiano tanto o más adecuado que éste que incorporamos a nuestro diccionario.

En no menos ocasiones, un creador anónimo inventa, adrede o sin querer, una nueva palabra de argot o un nuevo significado para la palabra antigua. Pero esto no es lo raro. Así suele cambiar el lenguaje.

A mí, lo que más me sorprende, es el éxito de ciertas palabras que se inventan para ocultar un concepto que no suena demasiado bien y, al sustituirlo, lo tiñen de colores más brillantes y deseables, quitando todo lo que de desagradable pudiera esconderse en la definición y el objeto definido.

Y aquí me pongo a pensar en nuestro querido Beckham, ídolo de masas, ejemplo para nuestros muchachos y objeto de deseo de las

féminas. Y me acuerdo de esa entretenida película "Quiero ser como Beckham". Y no porque yo comparta ese deseo, ¡Dios me libre!, sino porque este buen señor es el arquetipo de aquello que ahora se ha dado en llamar metrosexualidad. Menudo palabro que se inventó aquel periodista, conocido sin duda, pero cuyo nombre no quiero o puedo recordar, ni me voy a esforzar en traer a la memoria por su monumental hallazgo. No voy a hablar de ese sino de nuestro tiempo que hace más importante lo que uno parece que lo que realmente es. Hablaré de vocablos. Ahora resulta que lo que siempre se había llamado petimetre o pisaverde, con su correspondiente connotación despectiva, o, de un modo un tanto menos acusador esnob o hasta, casi admirativamente, dandy, ahora resulta ser un metrosexual. Siempre han existido los hombres que, sin ser maricas –o gays, como dirían los políticamente correctos queriendo significar lo mismo aunque disimulando sus tintes despreciativos-, se han preocupado por su aspecto y se han atusado cual señoritas, dando la vuelta, como tantas y tantas mujeres, al refrán de los hábitos y los monjes. Tipos que se empolvaban la nariz, se vestían elegantemente hasta para ir al excusado –perdón por el nuevo eufemismo, aunque es difícil encontrar una palabra que no lo sea si queremos referirnos al cagadero- y, en fin, se adornaban hasta el infinito para causar buena impresión, más que nada ante sí mismos y su peculiar sentido de la estética o su personal escala de valores. Como entre ellos predominaban los atontados que pretendían engañar al semejante con esos adornos, como si con esto ocultasen sus abundantes y bien visibles defectos, los términos con los que se los denominaba, petimetres y demás, daban a entender, bien a las claras, que su portador era poco menos que un imbécil vacuo y presuntuoso.

Pero ahora ya no. El pisaverde ha dejado paso al metrosexual. Porque, claro, ahora los gilipuertas de siempre son muy modernos y urbanitas –por eso lo de metro(politanos)-, atractivos y admirables –de ahí lo sexuales que resultan-, saludables y deportivos. ¡Qué maravillas las del lenguaje que troca los caracteres con sólo cambiar las letras!

Aunque claro, el término parece un poco injusto porque, según ello, el hombre rústico que se arregle no podrá pasar de ser un

pobre esnob o un señoritingo mientras en las ciudades otros como él son los machotes del siglo XXI. Igual que las mujeres se ven excluidas del término y serán, simplemente, presumidas, coquetas o elegantes, pero nunca metrosexuales o metrovaginales, metrouterinas o como quisiera denominárselas para especificar su sexo. Y no sé si entrar a definir la metrosexualidad masculina en función de los atributos que permitirían la diferenciación sexual. Quizá habría que hablar de metrotesticulares o algo semejante, por no buscar palabras que aún suenen peor.

Y suerte que nuestros postmodernistas –otro bonito vocablo al uso- creadores de palabras no han querido llevar al extremo su ofensa a la rusticidad y las féminas y no han inventado un término semejante –e incluso despectivo, cómo no- para referirse a las marimachos –que las hay, aunque ahora sólo sean mujeres masculinas o dominantes- llamándolas, es un suponer, rustimachorras o algo semejante.

En fin, que está bien cuidarse y hasta acicalarse en cierta medida. Pero que yo no quiero ser como Beckham. Ni como otros semejantes. Demasiado hago que me he rendido al poder de la palabra y yo mismo utilizo, como mucha gente, medio en broma medio en serio, ese tonto vocablo que se han inventado por ahí. Pues, ¡que viva la metrosexualidad! Aunque, si puede ser, espero que viva lejos de mí, si no es mucho pedir.

Juan Luis Monedero Rodrigo

## EL ALFARERO

El Alfarero se ha levantado hoy de un humor excelente; ha cogido su mejor arcilla y se ha puesto a amasar una figurilla infantil.

El Alfarero es un poco caprichoso. Hay veces que se extasía en su obra y es capaz de tirarse días enteros con una sola figura, puliéndola, perfeccionándola hasta el infinito. Incluso, si su obra le interesa renuncia a meterla en el horno común y la termina con un poco de su fuego sagrado. Una vez completamente terminada la coloca cuidadosamente en el lugar más delicioso de su jardín, o la baja

a un sótano destartalado, para que así brille más la perfección de su obra en medio de la oscuridad y miseria.

Y allí queda la figurilla, olvidada de su creador, hasta que cualquier accidente fortuito, o el paso del tiempo le aniquilan, y lo que es la perfección misma hecha barro se va convirtiendo poco a poco en una masa informe, y acaba como todas en el horno de trituración, para ser convertida de nuevo en otra figura.

Hay veces que el Alfarero no se siente inspirado al hacer sus obras; entonces le salen feas, con los rasgos apenas señalados; pero el Alfarero no se preocupa por eso, las mete en el horno común y sigue con su tarea.

Al fin y al cabo él es un semidiós y está obligado con los dioses a construir figuritas de barro; nada hay en el contrato que le obligue a hacerlas bonitas o feas. Con hacerlas cumple.

Pero hoy se ha levantado de excelente humor, ha cogido su mejor arcilla y se ha puesto a modelar una figurita infantil.

Carmen está cansada. Su vientre la impide desenvolverse con ligereza Acaricia su piel a través del vestido y le dice a Juan, su marido: yo creo que pronto tendremos al niño con nosotros.

Juan sonríe con dulzura mientras acaricia a su mujer, la siente perdida en medio del hijo que lleva dentro, y quisiera transmitirle con sus manos, con sus besos, toda la fortaleza que a ella parece faltarle a veces.

Carmen y Juan se aman. Llevan varios años casados y el hijito se estaba haciendo desear. Ya desesperaban de conseguirle, incluso se habían planteado la posibilidad, nunca realizada, de adoptar uno.

Cuando Carmen le comunicó a Juan su sospecha de embarazo la alegría de él fue grande, y si ya antes había reinado la armonía en este matrimonio, ahora reinó más, y el embarazo de Carmen trajo a la casa la ilusión y la alegría que se estaban quedando dormidas en algún rincón de sus corazones.

Pero el embarazo no le estaba resultando fácil a Carmen. Su niño, tan acariciado en sueños, la estaba haciendo sufrir infinidad de molestias y dolores, la había transformado en otra mujer desde que

lo engendró, y ella a veces, sentía miedo, un miedo absurdo que la hacía sentirse insegura, irritable, caprichosa.

Sólo Juan con su ternura sabía quitarle de encima todos los fantasmas que la atormentaban.

El Alfarero sigue con su figurita infantil. Ya ha modelado los brazos, las piernas y la cabeza; ahora ha cogido un finísimo cincel y está señalando los rasgos de la cara.

Realmente el creador se está esforzando hoy, y le está dando a esta figurita los rasgos infinitamente hermosos que él pudo ver a los otros cuando le obligaron a firmar el contrato.

El óvalo de la cara es perfecto, y los ojos almendrados, dibujados con especial cuidado, dan vida a lo que hasta hace un instante era sólo un poco de barro.

El Alfarero sabe tener la paciencia y la habilidad de los semidioses, y cuando se emplea a fondo, como en esta ocasión, no escatima esfuerzos, y hace y rehace su figurilla hasta que queda enteramente a su gusto.

Ahora está dubitativo; ha modelado ya distintos tipos de labios y ninguno le termina de agradar.

Prueba de nuevo; el inferior sin apenas curvas, y el de arriba con una ligera curva en forma de corazón.

Aleja la figura un poco para contemplarla mejor, y sonríe autosatisfecho, esos son los labios que mejor cuadran a su figura.

Ahora a hacer la nariz, a señalar los pómulos y la obra estará completamente terminada.

Carmen está en la sala de partos.

La comadrona mira con un cierto tinte de indiferencia los dolores de esta mujer primeriza y ya algo madura.

Sabe que se la presenta un parto difícil y laborioso, y mira impaciente hacia la puerta, esperando la llegada del doctor.

Carmen está sudando. Siente un frío horroroso que la recorre todo el cuerpo. Se muerde los labios hasta sangrar. El dolor se hace cada vez más intenso y chilla.

El médico llama a la comadrona mientras se coloca la bata, y mira preocupado a Carmen tras oír el informe que la comadrona le da.

Juan está impaciente en la sala de espera.

Vio a Carmen retorcerse de dolor cuando la trajo a la clínica y se le ha quedado esa imagen dentro, produciéndole un desasosiego que le impide disfrutar enteramente de la felicidad de su próxima paternidad.

Piensa que es absurdo preocuparse; el tocólogo les dijo que todo iría bien, que Carmen no era ya joven, pero que podría superar todas las posibles complicaciones. Pero la imagen de Carmen sufriendo sigue dentro de él. Busca a una enfermera para informarse. Aún no pueden decirle nada, le contesta la enfermera, sólo que el parto se presenta largo.

Juan se siente realmente mal, piensa en Carmen, en lo mucho que la quiere.

El Alfarero está terminando su obra. Es la perfección misma lo que ha salido de sus manos.

Deja la figura encima de la mesa y se levanta a por un poco de fuego sagrado para calentarla.

Hoy he estado inspirado piensa, recreándose en la visión de su obra, y con mucho mimo empieza a extender el fuego por la pequeña figurilla.

Pero ¡Oh fatalidad! La figura se le ha escapado de las manos y ha ido a parar al suelo hecha añicos.

El Alfarero, al intentar cogerla ha hecho un movimiento brusco y una figura femenina que estaba al borde de la mesa se ha caído también.

El Alfarero suspira, recoge los trozos de las dos figuras y los mete en el horno de trituración.

Oye cómo los dioses de arriba se ríen de su torpeza, y con un gesto de mal humor coge un poco de arcilla y comienza a modelar otra figura.

El médico empieza a preocuparse seriamente por la mujer que está en la camilla. El parto está resultando ya

demasiado largo y ha decidido que no queda otro remedio que practicar una cesárea: Carmen asiste idiotizada a los preparativos de la operación. Oye que una enfermera la dice que le van a anestesiar. Ella piensa en Juan, y en su hijito que se resiste a salir. Quiere abrir la boca y llamar a Juan, pero un sopor invencible la invade, y apenas si consigue susurrar el nombre de su esposo. Juan está ya desesperado, pregunta una y otra vez a la enfermera por su mujer, hasta que por fin ésta le dice que ya llega el médico que la está atendiendo.

Juan se dirige impaciente hacia la puerta.

-¿Es usted el marido de Carmen? le preguntan.

-Sí. Sí, ¿cómo está ella?.

Y Juan oye como en un sueño que el médico le dice que el parto ha sido difícil. Se le enreda la voz al médico con términos técnicos, pero Juan sólo oye una cosa: el niño nació muerto, y Carmen no ha podido resistir la operación.

Y no oyó más, porque echó a correr por las calles, como loco. Ahora se ha sentado en un banco y llora, y mira al cielo que ya se está rompiendo en luz y pregunta: ¿POR QUÉ?

En el cielo, los dioses aún se están riendo de la torpeza del Alfarero.

Imelda Sánchez Sánchez

## ¿RACISMO LITERARIO?

Me arrepiento profundamente de mi pasado. Ese salvaje no era yo. ¿Qué fue de mi ternura? ¿Dónde quedó mi fe? ¿Cómo pude pasar desde el misticismo y la paz espiritual hasta las oscuras simas del nazismo?

No me lo explico. Debió de ser culpa de este insano ambiente que nuestra sociedad moderna nos hace respirar. Pero vuelvo a ser yo, el verdadero Narciso, el Narciso reconstituido quien toma el mando de mis decisiones y pensamientos.

Y este nuevo Narciso no está dispuesto a consentir que se agredan las libertades individuales, ni que los fantasmas del sexismo,

el racismo  o cualquier otro extremismo medren ante mis ojos sin actuar en mi contra.

Por eso debo llamar aquí la atención de mis semejantes contra todos esos manifiestos fascistas que, inopinadamente, se escurren en nuestras consciencias a través de la publicidad, el arte y sus mensajes subliminales.

Y esta cruzada libertaria me lleva a desenmascarar al lobo que se esconde tras el aparente cordero.

Sí, queridos lectores, quiero desde aquí prevenirles contra los mensajes reaccionarios de alguien tan poco sospechoso como Gustavo Adolfo Bécquer. Este poeta romántico, a cuyos dulces versos acudí recientemente en busca de la serenidad que ahora persigue mi espíritu, resultó ser un racista consumado capaz de usar su arte para el engaño.

No es de extrañar, cuando se trata de un hombre de la época de los grandes esclavistas hispanos, como O'Donnell, y que, sin duda, compartía su oscuro ideario.

Quiero, pues, desde aquí prevenir al inocente lector contra todos esos personajes imaginativos que usan su talento –siempre sospechoso el talento- para engañar a sus semejantes, convirtiendo la creación, la musa, en objeto de mercadeo.

Claro, al alma cándida que lea estas notas, le resultará inconcebible aceptar tanta perfidia en el poeta, pero a las pruebas me remito.

Estaba yo releyendo las Rimas del maestro cuando tropecé con aquella dedicada al arpa, no sé si la conocen. Es ésa que habla del rincón oscuro del salón ocupado por esta arpa abandonada y cubierta de polvo que espera la mano que sepa arrancar notas de sus cuerdas. Parece un mero retazo de nostalgia y, sin embargo, contiene un terrible alegato racista que se condensa en un único verso: "esperando la mano de nieve que sabe arrancarla", refiriéndose a las notas de la vieja arpa.

¡Ah, poeta retorcido y ladino! Confiaba en transmitir su mensaje al subconsciente colectivo sin que su fondo fuera captado de modo racional y consciente. ¡Bonito modo de manipular al populacho!

Pero el hombre prevenido no es fácil de engañar. ¿Acaso un lector avisado no comprenderá el sentido oculto del mensaje? La mano de nieve, la mano del blanco, es la única capaz de extraer arte del arpa. Un arpa que se convierte en arma oculta y olvidada de la gloriosa raza blanca, superior a cualquier otra. Las cuerdas no pueden ser pulsadas por mano negra o cobriza, por dedos orientales, gitanos o moriscos. Se atreve el poeta a negar el arte a todos los que no pertenecen a la raza aria. Racismo e intolerancia en el amado Bécquer.

Y si ya no se puede confiar en el dulce poeta, ¿qué puede decirse de tantos y tantos escritorzuelos que usan de su arte para transmitir ideas y confundir al vulgo? Hay que desconfiar de la inteligencia, el talento y la imaginación. De la creatividad y la inventiva. La buena gente siempre lo ha sabido. No hay que confundir tolerancia y libertad con debilidad. Así que, aceptad este lema como guía de vuestras vidas: ¡antes ignorante que manipulado!

Bien pensado, creo que estas profundas ideas podrían ser el germen de un nuevo movimiento político. ¿Cómo llamarlo? No sé, debe ser un término hermoso, rotundo, lleno de contenido. Ya sé. Lo llamaré nihilismo pietista. Ahora sólo me falta desarrollar su ideario. Para lo cual, obviamente, aceptaré cualquier sugerencia de los amables lectores.

Narciso de Lego
(defensor de la tolerancia, las libertades,
el sentido común y el buen juicio)

De donde no hay no se puede sacar. Eso dice un refrán aunque no siempre es indiscutible pues las cosas tienen varios puntos de vista desde los cuales abordar la cuestión.

Aquí entraría el enfrentamiento entre la fe entendida como creer en los que no se ve y la ciencia donde todo necesita demostración y comprobación. Es una vieja polémica con momentos álgidos y decadentes para ambas posturas.

Varias vías se nos abren: trazar una línea divisoria infranqueable, tratar de compaginar ambas tendencias o no plantear

nada, seguir la inercia de la existencia y esperar a tener, de forma involuntaria, algunos chispazos de trascendentalismo y dedicar al tema algunos de nuestros pensamientos.

Lo que más está a nuestro alcance es quizá la tercera vía –dejarse llevar y lo que sea será- las otras dos opciones necesitan un esfuerzo mental que tiene poco de pragmático en el mundo materialista que nos rodea.

Tener un hijo, escribir un libro y plantar un árbol eran, en mis tiempos, la trilogía de aspiraciones que decían debía tener el hombre para realizarse como tal; ese era el listón ideal y básico que nos ponía la sociedad, eran las creaciones que se esperaban de nosotros. Para la punta de lanza del progreso humano los de a pie dejamos a los inventores, autores, fundadores, iniciadores, descubridores, creadores…

Ahora tengo un chispazo de trascendentalismo como el antes mencionado, condicionado por mi educación en el término amplio de la palabra. Me olvidaba del Creador, con mayúscula, del Supremo Hacedor, del Primer Motor de todo (como decía Santo Tomás de Aquino). "Al principio creó Dios el cielo y la tierra…" se lee en el Génesis.

En fin, ya lo decía el filósofo: "El corazón tiene sus razones que la razón no sabe comprender". De momento nada ni nadie me embarca en la disyuntiva de mi definición sobre el tema. Así que hasta el próximo chispazo.

P.A.M. 213

## TELEOLOGÍA

Albert se planteaba el viaje a Nanur como unas auténticas vacaciones. Un tiempo de reposo que consideraba bien merecido. Aunque, en realidad, no se trataba de verdaderas vacaciones sino de un viaje de trabajo. Albert Charles Oppenheimer viajaba al mundo universitario de Nanur para asistir al septuagésimo sexto congreso de Antropología Interplanetaria. Albert iba a ser homenajeado por su larga carrera y en la ceremonia de entrega de la medalla de honor a la que se había hecho acreedor ejercería de conferenciante de

excepción durante la última jornada, una vez hubieran terminado las ponencias.

Aquél sería su último discurso oficial, al menos en activo. Iba a jubilarse de sus labores docentes y quedaría como profesor emérito en la cátedra de la antiquísima faculta de Antropología de Cambridge, en la Tierra.

Por eso mismo Albert se tomaba el viaje tanto como un premio como unas nostálgicas vacaciones en el mundo donde inició su brillante carrera. Ahora que su mujer, Aaaviiissa, y él vivían solos, una vez sus hijos habían partido del hogar, ahora que ambos afrontaban una plácida vejez al margen de sus respectivas actividades profesionales, era un buen momento para salir de Tierra y viajar una vez más. En cierto modo, aquel viaje también les serviría para celebrar, con un par de años de adelanto, sus bodas de oro. Así pues, las vacaciones también incluían un componente de romanticismo.

Pese a ser el planeta más poblado del conjunto de los sistemas, en los más de cuatrocientos años de historia de los congresos de Antropología Interplanetaria, ningún terrícola había cerrado jamás las sesiones con una conferencia. Tampoco le había sido entregada la medalla de honor a un antropólogo terrestre. Y eso que ya se habían celebrado setenta y cinco congresos quinquenales, al margen del paréntesis sin premios, ni apenas viajes interplanetarios, que significaron las terribles guerras pangalácticas. Albert se sentía profundamente orgulloso por ser el primero. Y sospechaba que se emocionaría durante la ceremonia de entrega en la que le iba a ser impuesta la Medalla Plablak, la máxima distinción en el mundo de la Antropología, que recibía ese nombre en memoria de Gstonk Plablak, el más importante antropólogo de la humanidad.

Para la ocasión, Albert había preparado una conferencia acerca de antropología preunitaria terrestre. Era un tema muy antiguo, apenas conocido pero sumamente interesante. Al menos lo era a juicio de Albert y no creía estar equivocado. Si bien en otros mundos se habían desarrollado una y mil veces ideas semejantes a aquéllas, la primitiva antropología terrestre tenía algunas características peculiares que podían hacerla interesante para todos aquellos

modernos antropólogos que nunca habían estudiado la historia de su ciencia en un mundo que les resultaba tan lejano como la Tierra.

A Albert le fascinaba aquella historia. Tenía algunos puntos terrícolas típicamente irracionales que sorprenderían a más de uno. Al anciano antropólogo le bastaba observar a su mujer, la que fuera una bella humana verde de Eeeaas, para esbozar una sonrisa mientras recordaba las viejas teorías de "científicos terrestres" al repasar sus propias notas para la conferencia.

Hoy en día parecía realmente asombrosa la ceguera de aquellos hombres del pasado, supuestamente brillantes e inteligentes, capaces, incluso, de analizar objetivamente los datos en los que basaban sus peregrinas teorías. Está claro que uno puede creer en aquello que desea y eso, precisamente, les sucedió a los primitivos terrestres, cuyas teorías eran acordes con su estrafalario modo de interpretar la realidad.

Aquellas ideas, completamente equivocadas, eran el resultado lógico de la pérdida de fe, el materialismo más exacerbado y el tan frecuente antropocentrismo que hizo a sus antepasados negarse evidencias tan claras como el heliocentrismo o la evolución orgánica durante siglos para poder mantener al hombre y su Tierra como centros incuestionados del universo. Finalmente, cuando se aceptó el evolucionismo, cuando la posición del hombre dejó de ser preeminente, aún se quiso mantener el último reducto de antropocentrismo: el hombre era un fruto exclusivo e irrepetible de la evolución de la vida en la Tierra, de una evolución, cómo no, ciega, materialista y atea en la cual la aparición de nuevas especies, incluida la humana, era fruto indudable de la mera casualidad.

-El terrestre primitivo confiaba demasiado en la casualidad –afirmó en voz alta Albert, sin darse cuenta de que estaba vocalizando sus pensamientos.

-¿Decías algo, cariño? –le preguntó Aaaviiissa, interrumpiendo el desarrollo de la holonovela que estaba viendo mientras su marido preparaba las notas de su conferencia.

La voz de su esposa le devolvió a la realidad, como si regresase de un viaje a un pasado remoto en el que la ciencia intentaba abrirse paso entre la superstición. Aaaviiissa era una prueba

viviente de que los primitivos terrestres estaban clamorosamente equivocados. Una hermosa prueba para una realidad científica. Bastaba con ver su esbelta figura, el tono verdoso de su brillante piel y la expresión de sus ojos pícaros, todavía juveniles, para comprender cuán equivocados estaban aquellos pobres tipos. Era irracional pensar que la evolución era puramente ciega y azarosa y que no perseguía ningún fin. Si los viejos investigadores hubieran estado en lo cierto, Albert no se habría casado con la bellísima Aaaviiissa ni tendría dos hijos crecidos y su primer nieto en camino. Ni ahora viajaría a Nanur para asistir al Congreso de Antropología Interplanetaria. Por fortuna estaban equivocados. No podía ser de otro modo y un hombre moderno como Albert –aunque fuera un anciano semidecrépito en la actualidad- no podía siquiera imaginar cómo sería un mundo tan absurdo como el que pensaban los terrestres antiguos. Sencillamente, sus ideas eran tan extrañas que a Albert le resultaba inconcebible aquel universo que imaginaban sus antepasados. Sólo pensar en aquella posibilidad le causaba cierta repugnancia. Un universo en el que el hombre sólo aparece en uno de sus mundos. ¿Podía alguien imaginar una premisa más absurda? Albert estaba seguro de que muchos antropólogos se revolverían incómodos en sus asientos cuando durante su conferencia sugiriese aquella idea remota como una creencia de sus antepasados.

Hoy nadie en su sano juicio plantearía una teoría tan absurda. Las pruebas en su contra eran abrumadoras. Sin embargo, en el pasado, científicos terrestres –al menos ellos se autodefinían como tales- tomaron por locos a los pocos visionarios cuyas teorías se aproximaron a la realidad. Es fácil ser tolerante con los errores del pasado, comprender a sus autores y perdonarles sus fallos. Pero eso no evita sentir profunda lástima por ellos y una mezcla de esa misma pena con una cierta admiración por aquellos pobres individuos que recibieron las burlas de sus contemporáneos por plantear las ideas correctas en el momento inapropiado. Como le ocurrió al hoy famoso –en los círculos antropológicos e históricos de la Tierra solamente- Pierre Teilhard de Chardin. Un genio incomprendido, un visionario. Un hombre piadoso de fe inquebrantable en una época de fanático ateísmo que le echaba en cara su propia religiosidad, tachándolo, incomprensiblemente, de subjetivo. Es costumbre de los fanáticos

considerar, a su vez, fanático a todo aquél que no comulga con sus irracionales creencias.

-Cariño, déjalo ya. Tengo hambre –dijo entonces Aaaviiissa, sacándolo de sus ensoñaciones.

Era un buen momento para acudir al salón de la nave a cenar junto al capitán que, amablemente, les había pedido que compartieran su mesa. Así que Albert apagó su grabadora de datos, se cambió la ropa y acudió al salón-comedor del brazo de su querida esposa.

-Hoy estás fantástica –le dijo mientras le sujetaba la cola del vestido naranja para que pudiera sentarse. Era un piropo sincero, aunque tan poco objetivo como las lucubraciones de los terrestres antiguos.

En la mesa, Albert procuró no pensar en su discurso. Pero no pudo evitar volver a divagar una y otra vez sobre él. Intentó repartir su atención entre los comensales y su querida esposa. A la mesa del capitán, y aún más a lo largo y ancho del amplio salón, se distribuía una nutrida representación de la inmensa variedad humana: los esbeltos vischatti, un par de orondos foculayos azules, varias docenas de nanures enanos, tres o cuatro terrestres, un pálido trasluz de Besaria que llamaba poderosamente la atención entre gentes mucho más normales… Los ojos de Albert se desplazaban de uno a otro lugar y, mientras respondía con una sonrisa a los insulsos comentarios de varios compañeros de mesa, su mente viajaba hacia aquel remoto pasado en que para los terrícolas su mundo era el único habitado, la vida poco menos que un milagro y la presencia consciente del ser humano el afortunado resultado del mayor de los azares. Quizá no fue Albert durante la cena la compañía más agradable para sus vecinos, incluidos el amable capitán y la propia Aaaviiissa, pero su mente no podía dejar de trabajar en la preparación del discurso que leería en su momento de gloria y permanecía absorbida por el tema de su conferencia.

Aaaviiissa, al terminar la cena y la larga sobremesa, así se lo hizo notar:

-Cariño, toda esta gente ha debido de pensar que eres un autista o un maleducado.

Su mujer, que ya lo conocía de sobra, no pretendía regañarlo. Se limitaba a exponer, con una pizca de humor, un hecho al que estaba acostumbrada desde hacía años. Su marido, de acuerdo con la tradicional imagen del sabio loco y despistado, era capaz de ensimismarse tanto como para ignorar lo que sucedía a su alrededor. Por fortuna, sus silencios y ausencias no solían resultar ofensivos para quienes lo rodeaban, comprensivos, en general, con sus lapsus y más bien divertidos por su extraño carácter.

¡Qué habría sido de él sin su querida Aaaviiissa! Albert era bien consciente de que, casi siempre, ella había sido sus ojos, sus manos y, en ocasiones, su cerebro, la mente racional y concreta a la que poder recurrir cuando su imaginación viajaba demasiado lejos y tenía que regresar al mundo real sin que se notase en exceso que estaba completamente perdido. ¡Qué habría sido de él si aquellos ridículos terrícolas del pasado hubieran estado en lo cierto y una personita como Aaaviiissa no hubiera existido! ¡Menudo desastre!

Por fortuna, los primitivos terrestres se equivocaban de parte a parte. No podía ser de otro modo, como bien pudieron comprobar cuando, al final de su prehistoria, tuvieron ocasión de asomarse a los límites de su pequeño sistema solar y se encontraron con un universo mucho más rico y complejo del que nunca habían soñado que pudiera existir. Aunque hubo algún fanático que prefirió negar la evidencia antes que aceptar su equivocación, para la mayoría de la gente aquel momento supuso un cambio trascendental y agradable, algo así como el nacimiento a la luz. Y, si no tanto, sí que se puede decir que allí concluyó el tiempo de la superstición y la humanidad terrestre cruzó finalmente el umbral de la civilización.

Cuando el hombre salió de la Tierra encontró en muchos de los mundos que visitó todo tipo de formas de vida. Seres de lo más variado lo aguardaban agazapados en cada rincón de sus respectivos planetas. Aquello no sorprendió a los investigadores de aquel tiempo. No demasiado, al menos, por cuanto se asumió con facilidad que el milagro de la vida fuera más frecuente de lo que todos habían creído. El problema para ellos y sus absurdas ideas fue que, como no podía ser de otro modo, cada vez que los terrícolas se encontraban con seres

inteligentes más allá de las estrellas, siempre se trataba de humanos, idénticos en casi todo a los que salieron de la Tierra.

Algún fanático se empeñaba en negar la evidencia. Aquella coincidencia, pensaban ellos, se debía a que en algún mundo había surgido la raza humana y se había dedicado a colonizar todos y cada uno de los planetas, aunque sus descendientes hubieran perdido la tecnología que permitió aquellos largos viajes y hasta la memoria del lejano pasado en que se produjeron.

Pero tan peregrinas ideas no pudieron mantenerse. La evolución orgánica era un hecho innegable y pronto las pruebas de la evolución demostraron que el origen de los humanos en cada mundo había sido independiente y aun a partir de formas bien diversas. Aunque, fueran cuales fuesen esos remotos orígenes, el fin último de la evolución en los diversos mundos siempre había sido el mismo: la llegada del ser humano, rey de la Creación, imagen y semejanza de su Divino Hacedor.

Albert podía imaginarse a esos primitivos terrestres espantados ante la idea de la magnificencia divina. Estaba claro que la evolución no era ciega sino que, tal y como Teilhard había supuesto siglos antes, tras sus confusos mecanismos se ocultaba la mano divina que la encaminaba a su punto omega: la aparición del divino ser humano.

Aquel pensamiento siempre hacía aflorar una sonrisa a labios del antropólogo. Aquellos hombres del pasado le causaban tanta pena como admiración. ¿Cómo era posible –se decía Albert- que los científicos de aquella época oscura hubiesen rechazado, pese a tantas pruebas, la evidencia? Habían preferido negar a Dios y la claridad de la Creación a cambio de las dudas que suponía situar la aparición del hombre y del Universo todo en manos de un azar imposible de explicar y vacío de contenido y fines.

¡Qué mundo tan espantoso el de aquellas gentes! ¡Y cuán falto de fe!

Albert estaba seguro de que, durante su conferencia, muchos de sus oyentes, desconocedores de la historia de la Tierra, que para ellos era un mundo semisalvaje en los confines de la Galaxia, se sorprenderían y se sentirían incómodos ante la exposición de ideas tan equivocadas, nihilistas y retrógradas.

Pero Albert tenía imaginación suficiente como para ponerse en el lugar de sus antepasados y se sentía casi capaz de comprenderlos. Aquellas gentes materialistas, cuyo mundo había vivido continuos avances tecnológicos, veía la mano divina como una suerte de magia inexplicable que no estaban dispuestas a aceptar. Aunque, finalmente, sus arcaicas ideas fueron vencidas por el peso de la prueba. Cuando se comprobó que, efectivamente, los humanos de Sulveán procedían de aquellas lombrices ciegas, que los husilitas eran descendientes de los enormes flotadores marinos sin apenas desarrollo neural, que los vansazkos provenían de los esbeltos seres voladores que tanto se parecían a los ángeles terrestres, igual que los hombres de la Tierra procedían de simios arborícolas, quedó claro que la evolución no se movía por las azarosas leyes de la selección natural, sino que aquel ciego impulso, lejos de existir, debía trocarse por la amorosa influencia de un Creador, de un Dios que era adorado con distintos nombres en todos los mundos humanos bajo unas mismas reglas morales, responsable de que, fueran cuales fuesen sus orígenes, los seres humanos siempre aparecieran por evolución a partir de la materia inerte y, paso a paso, por evolución a partir de los seres más inverosímiles, fueran éstos plantas, animales o cualquier organismo indescriptible.

Aunque, ciertamente, costaba trabajo reconocer en los bellos rasgos de Aaaviiissa cualquier parentesco con aquellos seres medio pez medio reptil de los que los paleontólogos hacían descender a los humanos verdes de Eeeaaas. Por más que eso no justificase los terribles errores de concepto de los terrestres primitivos.

Fuera cual fuese el camino, la evolución siempre conducía al final de la escala evolutiva: el hombre. Y eso era algo tan innegable como la propia fuerza de la gravedad. Aunque especular acerca de las ideas del pasado podía resultar divertido, obviamente.

-Cariño, ¿cuándo vas a dejar esas notas? –le dijo Aaaviiissa desde la cama, esperando a que su marido se acostase.

-Enseguida querida, enseguida.

-No sé por qué te has empeñado en amargar a tus colegas con esa charla sobre tus salvajes antepasados.

Aunque su mujer sólo esperaba que dejase sus tareas, Albert comprendía que, realmente, a ella aquella exposición le parecía desagradable, llena de ideas incómodas y monstruosas. En realidad, también a Albert le repugnaban en cierta medida aquellos argumentos. Y le divertía pensar en las reacciones de sus oyentes, por supuesto.

Así que Albert dejó sus apuntes para mejor momento. Ya casi estaba terminado el discurso y debía aprovechar aquella visita a Nanur para disfrutar de la compañía de su esposa y de un bonito viaje que les servía, a la par, como celebración de su jubilación, del premio otorgado y anticipo de sus bodas de oro. Parecía imposible que Aaaviiissa fuera todavía tan hermosa.

Albert estaba dispuesto a que los dos días de crucero que restaban hasta Nanur fueran inolvidables para ambos. Y ningún discurso ni medalla, ninguna teoría antigua revisitada, debía suponer impedimento para lograrlo.

Juan Luis Monedero Rodrigo

LAS HOJAS DEL ESTANQUE

*La vie*

La vida, como las hojas secas
Que nadan en el estanque,
Se deja llevar por el monótono
Y constante devenir de los días
¿Llegará a la orilla?
Soledad, allí
Donde habita el olvido
Y descansan la realidad y el deseo.
Fondo del estanque
Donde duermen los lejanos versos
Cernudianos
Esperándote a ti
¿Y tú?
Llegas, los lees impasible y te vas.

Nuestro deber, por no llamarlo de otra forma, es estar abiertos al cambio, no dejarse avasallar por el peso de la costumbre.

¡Muerte a la costumbre! ¡La Gioconde au métro! Si tienes que cambiar de bar, cambia, si ya no tomas lo de siempre, bien hecho, si tus ideas han cambiado, enhorabuena. Si tienes que cambiar tu lugar de estudio, busca otro. Si quieres cambiar de trabajo, cambia, tu jefe no te echará de menos. Si ya no la quieres, déjala y si no te quiere... Porque todo es constante cambio.Ya lo dijeron los presocráticos "παντα ρει", todo fluye. No somos los mismos de hace diez segundos, si quieres comprobar esto mírate a un espejo, sal y vuelve a entrar, verás como no eres la misma persona.

Si lees unos versos de Borges, al terminar no serás el mismo porque creerás haber terminado de leerlos pero no es así porque ahora ese poema está en ti, forma parte de ti igual que tu formas parte de él, no eres el mismo que antes de empezar a leer porque serás más persona. Si lees a Benedetti, serás más feliz, si lees a Wolfe, serás más libre, si lees o follas o te la cascas o simplemente te dedicas a llevar vida de jodido ameba como yo... no te preocupes, aunque no quieras, habrás cambiado, muy a tu pesar. Yo, cuando acabe de escribir esta mierda dejaré de ser el de antes. No me preguntes por el destino o por el futuro porque ya está aquí.

A veces pienso en ti y me ronda esa música psicosomática de Pink Floyd "Wish you were here" grandes notas sí señor. Pero no estás, no importa, porque para cuando vuelva a verte habrás dejado de ser la de antes y yo no seré el mismo que empezó a quererte. ¿Hablando en plata? Platónicamente, claro.

No te preocupes, ya termino... las hojas del estanque están a punto de orillar.

ROBERT LANUIT

## CREADORES VARIOS

Contemplo con una extraña mezcla de diversión y espanto que al bobo de Narcisito le ha dado un nuevo arrebato místico. No sé que es peor, si verlo desatado o pacífico. En todo caso, la estupidez no se cura. El pobre tipo es una clara muestra de lo que hace una combinación de educación penosa, estupidez congénita, fanatismo y un cerebro gelatinoso como el suyo.

Esto va de creadores, creo. Y se supone que toca hablar de cosas trascendentes. Mucha gente confunde lo trascendente con lo rimbombante, así que de eso es de lo que yo voy a hablar: de creadores rimbombantes.

Podría hablar de Dios, pero es un tema que dejó de preocuparme la última –y única- vez que ejercí de monaguillo. Creo que tenía nueve años y acababa de celebrar mi primera comunión. Debo decir que esa ceremonia, con sus trajes, fiesta y regalos, es para mí el único instante profundamente religioso que recuerdo con agrado. Desde entonces a mi falta de fe se ha unido la convicción de que Dios, caso de existir, se preocuparía tanto de mí como yo de él, así que mi ateísmo supone, digamos, una correspondencia equitativa a sus atenciones.

Que alguien se confiese ateo es cosa que ofende a muchos gilipuertas. Y admito que debe de haber gente profundamente religiosa y que viva su fe de un modo íntimo e intenso. Pero no conozco a nadie así. Sí sé de muchos hipocritones que dicen ser creyentes, cristianos, mahometanos o cienciólogos y luego actúan poco más o menos como yo.

Me llama la atención, eso sí, cómo tanta gente religiosa comparte conmigo un lenguaje grosero y sacrílego del que no suele arrepentirse. Todos, en un momento de ofuscación, nos cagamos en Dios y nos quedamos tan anchos. Sinceramente me alegro de que en este caso Dios no corresponda igualmente a nuestras atenciones. El Diluvio quedaría como una chorrada comparado con la Gran Cagada que, sin duda, nos merecemos todos.

También comprendo que a la mayoría de los tíos nos pongan las monjitas y a casi todas las tías les den morbo los curas. Esto de mezclar sexo y religión mola. A ver, estas cosas de prohibiciones y gazmoñerías se la ponen tiesa al más pintado.

Pero de la religión y sus rituales comprendo poco más. Y no es de las cosas que menos me extrañan que haya millones de pazguatos a los que les ofenda más una palabrota o una ofensa a un ritual que uno de sus verdaderos pecados.

Personalmente, si existe, me quedo con el infierno.

Aunque no es de esto de lo que quería escribir. Iba a hablar de rimbombancias y me pongo yo a soltarlas. Esto es lo de los curas: predicar con el ejemplo. Al menos mi conciencia queda tranquila, porque sé que diga lo que diga no van a ser más que chorradas.

Iba a hablar de esos creadores –literatos, pintores, artistas en suma- que regalan la podredumbre de sus cerebros inoperantes a los pobres mortales como si fuera una lluvia de ideas geniales. Ya en otro artículo hablé de mi amigo Mauro, que era un fenómeno. Pero aquí comentaré una experiencia un tanto más personal y, por tanto, como viene siendo habitual, más desagradable.

Se trata de mi relación con Cloe. Que duró quince días y me dejó hecho polvo. Pero no por desamor, sino por el terrible dolor de cabeza. No sé, realmente, cómo aguanté tanto con ella. O sí lo sé: porque estaba buenísima. Pero todo lo que tenía de maciza le sobraba de imbécil.

¡La pobre! Que se llamaba Clotilde y como el nombrecito le parecía cutre se lo cambió por el no menos ridículo de Cloe. Nombre artístico, claro. Porque la pavita era actriz. Aficionada, cómo no. Intelectualoide, progre y moderna. Pertenecía a un grupo de teatro experimental.

Yo, para mi desgracia, la conocí fuera del mundillo. Me dejó flipado nada más verla. Ya son conocidos mis profundos gustos en lo tocante a mujeres. Mi cociente intelectual se vuelve cero en cuanto veo una que esté bien. Así que, con Cloe, juntamos idéntica cifra entre los dos. Me voy a tirar el moco y diré que, si la hubiera conocido en el teatro, habría pasado de ella, aunque estuviera buenísima y se me hubiera despatarrado sin condiciones.

Pero la conocí en una fiesta y perdí mis pocas dotes mentales al instante, sin oponer la menor resistencia.

Vale que era un poco plasta y tuve que usar del rollo intelectual tanto como del lastimoso y sensiblero. La tía se derritió y me la tiré allí mismo. Pero que se queden tranquilos los beatos, porque pagué bien pronto por los pecados cometidos. ¡Mierda de libido! De verdad que, en ocasiones, me gustaría ser asexual –creo que como a todos los curas y monjas que alguna vez han deseado sinceramente poder cumplir con sus votos.

Porque la tía, realmente, no merecía la pena. No era inteligente, simpática ni amable. Iba de existencialista, de anarquista, de desengañada, de nihilista. Pero era simplemente idiota. Una idiota con bonita cara y bonito cuerpo. Justo el tipo de imbécil a la que no me resisto.

Si sólo hubiera sido eso, yo no habría tenido problema en soportarla durante una buena temporada a cambio de que me suministrase regularmente unos buenos casquetes. Pero ni eso, porque en el fondo era una reprimida con la que era difícil pasarlo bien. Lo peor era que me invitaba a sus ensayos infumables y a sus no menos patéticas representaciones. En su mundo de kultura postmoderna, el arte recuperaba el sentido utilitario bolchevista y se justificaban, merced a su afán didáctico, las obras –o más bien derrubios- espantosas que representaban. Ellos decían que eran de tipos famosos a los que yo nunca conocía ni por asomo. A mí, la verdad, me da que se las guisaban entre ellos y luego usaban un pseudónimo chorra para disimular.

Como al principio yo estaba muy encoñado, iba a sus penosos ensayos –porque ella me lo pedía- y hasta ponía buena cara mientras todos deambulaban como alma en pena por su minimalista escenario. Los diálogos eran más bien escasos, pero siempre estaban llenos de sentencias pseudofilosóficas, tan espesas como sus cerebros. El resto del ensayo se basaba en practicar sus poses ridículas y los gestos con los que pretendían transmitir profundos sentimientos. Casi lo más divertido eran el atrezzo y las luces. Vestuario había poco. Pero a mí me hacía gracia su habilidad para tirar todo tipo de cosas por el suelo y cambiar las luces como si fueran las de una discoteca o las de un platillo volante de tebeo.

Cloe se emocionaba con aquellos diálogos de besugos y sus poses de ballet y mimo. Y, al parecer, todos sus cultísimos compañeros de reparto disfrutaban tanto o más que ella.

Tras los ensayos, y también tras las desérticas y ruinosas representaciones –aunque en realidad todo era, ya se sabe, arte y ensayo- en teatros de mala muerte a las que siempre acudíamos los mismos incondicionales a modo de clac, los pesados éstos, inasequibles al desaliento, aprovechaban las cenas y merendolas en bares y

restaurantes para seguir hablando de sus temas de profundidad abisal. Por increíble que parezca, en esas reuniones utilizaban el mismo tono y lenguaje de sus funciones imposibles. A mí se me quitaban la sed y el hambre. Hasta tal punto que incluso dejé de desear a Cloe. Se me quitó hasta el hambre de su cuerpo espectacular. El precio para poseerlo era demasiado elevado como para que yo quisiera seguir pagándolo.

Cuando renuncié a ella, Cloe tampoco se lo tomó mal. Me dijo que era un superficial, con lo que no hacía ningún descubrimiento. La pobre no sospechaba que ella misma se incluía también en esa categoría pero con el agravante de pertenecer a dos gremios aún peores como el de los pelmazos y el de los pomposos.

Se creía muy lista. Igual que sus amigos. Se creían muy imaginativos, artísticos y cultos todos. Pero inventaban mierdas insoportables. Luego, ante la falta de público y las malas críticas, bastaba con decir que el mundo no estaba preparado para ellos, que nadie los comprendía o que el auditorio estaba lleno de carcas que no compartían su magnífica visión revolucionaria del mundo. Como si la moralina –lo más penoso del numerito- justificase el arte.

Supongo que con eso aquellos memos se sentirían la mar de a gusto. Pero yo, uno de esos carcas superficiales y carentes de buen gusto, me sentí muy feliz cuando dejé a Cloe y ya no tuve que soportar sus sandeces. Lástima que la tía, con lo buena que estaba, no fuera lo bastante inteligente para callarse y dejar de usar su cerebro putrefacto y subdesarrollado para dárselas de lo que no era. En ese caso yo ahora no tendría que añorar sus magníficos silencios cuajados de caricias y gemidos. Pero no, la tía seguirá por ahí martirizando a algún idiota cargado de hormonas con su rollo intelectualoide. No en vano decía que no le gustaba enrollarse con actores, artistas o intelectuales. No creo que temiera dar con un tipo listo de verdad que le demostrase su estupidez. Más bien creo que le asqueaba verse reflejada en alguno de sus amigos tontolabas.

Pues nada más. A ver si me ponen temas que no me hagan pensar tanto ni recordar gilipolleces.

Sergi Lipodias

## EL DIOS VENGADOR

Hay cosas que no se entienden. Como que se odie a los ateos, en vez de tenerles lástima. Que se confundan piedad y fanatismo, religiosidad con bondad. Que se pueda rezar a un Dios vengativo. Que algún tarado me estigmatice como blasfemo por hablar con sinceridad.

No es una idea reciente. Desde la antigüedad han menudeado las religiones cuajadas de dioses malvados o exigentes, intolerantes y crueles que castigan a sus creaciones por ser lo que son. Algunos dioses dicen a sus criaturas que son libres para actuar y luego, cuando no actúan como ellos desean o han previsto, las destruyen o las condenan a eternidades infernales. ¡Menuda libertad!

El cristianismo, con sus parientes el judaísmo y el islamismo, es, en este sentido, la auténtica bomba. Aparte de que el Dios del Antiguo testamento y el del Nuevo parezcan tipos distintos, como si en la omnipotencia y la eternidad existiera espacio para la esquizofrenia divina -esa locura de Dios más sabia que la sabiduría de los hombres-, está claro que, por una parte, se nos habla de la libertad de escoger nuestro camino para luego atenernos a las consecuencias. Casi eran un poco más justos esos diosecillos, luego convertidos en demonios por la nueva fe, que favorecían a los suyos contra el enemigo –que poseía sus propios dioses, diferentes y con derecho a ser parciales-, porque ahora hemos llegado a unos extremos increíbles. Todos decimos creer en un mismo Dios y luego, en su nombre, aniquilamos al que no opina como nosotros. Le pedimos que nos favorezca aunque sea perjudicando a los otros, que haga caer su ira sobre el enemigo, el pecador o aquel que se atreve a llevarnos la contraria. Si a alguien le ocurre cualquier desgracia, algo habrá hecho para merecerla. El malvado siempre ha de ser castigado por mano divina. El incrédulo hallará la horma de su zapato. ¡Menudo Paraíso nos espera si ese Dios tan mezquino y agresivo existe! Quizá no sea tan malo el infierno en su lugar.

La idea de justicia desaparece. No hay equilibrio. Sólo un Dios sobornable y celoso que atiende las súplicas insanas de unos fieles enloquecidos y malvados que piden a la divinidad que castigue al infiel.

Y no sólo al que lleva voluntariamente la contraria a nuestra sacrosanta fe. Igual castiga al que falla o flaquea en su fe. Aunque, en ocasiones, parece que el arrepentimiento y la más servil de las sumisiones pueden llegar a traerle nuevamente a la gracia. Y también condena al ignorante, al ingenuo o al imbécil que no sabe de las mieles que lo esperarían si abrazase una fe que es, sin lugar a dudas, la verdadera. Lástima que el creyente de una fe siempre es un pecador condenado para las demás. Lástima que, si uno no quiere creer en ese Dios que castiga a sus propias criaturas por lo que hacen y lo que no hacen, por seguir sus instintos y dejarlos de seguir, y no quiere abandonar la razón, al Dios vengativo sólo lo puede sustituir un Dios lunático, demente o burlón que se lo pasa pipa viendo como los hombres se arrastran bajo sus pies y se ríe a carcajadas de sus desventuras.

Aunque claro, ahora debo disculparme ante todos los creyentes. Por irreverente, por blasfemo. Olvidaba que la miserable mente humana nunca será capaz de alcanzar a comprender las razones divinas en este mundo que Él ha creado y que sólo Él conoce y puede explicar.

Juan Luis Monedero Rodrigo

RUINAS

(I)

Una vez quise inventarte
como tantas otras veces
y ahora ya no te pareces
a ninguna de tus partes.
He intentado recordarte
pero tú te desvaneces,
aunque quizá te mereces
que me esfuerce en olvidarte.
En las ruinas de mi arte
tú nunca me perteneces
y mientras te me oscureces
mi alma tiene que llorarte.

(II)

Mi triste corazón en invernía
fue repentinamente despertado
por ecos que recuerdan el pasado
que yo creí que ya no volvería.
Se hicieron brevemente luz del día
las sombras de mi corazón helado.
Llevaba tanto tiempo congelado
que no sabía cómo se sentía.
Contemplo tontamente fascinado
lo bien que me sienta tu compañía
y olvido los dolores no olvidados.
Sabiendo que la ruina será mía,
te invento para siempre aquí a mi lado
sin pensar en lo mudable que es la dicha.
Me intuyo ciego, torpe, desmañado,
me siento tan feliz como atontado.

Antón Martín Pirulero

## CUESTIONES FUNDAMENTALES

Una pesada y monótona jornada de trabajo terminaba para Luis, y era el mejor momento del día. Luis Domínguez se ganaba la vida como técnico informático y era empleado de una filial de IBM. Era algo así como un chico para todo. Si había que instalar una red ahí estaba Luis; si había que resolver un problema con un servidor, también contaban con él; lo mismo que si el problema consistía simplemente en que el dispensador de billetes de un cajero automático se había atascado. Nuestro hombre pasaba su vida en bancos y oficinas, sometido a las duras inclemencias climáticas provocadas por el aire acondicionado y resultando lo más parecido que se puede ser a un hombre invisible, ocupado en un rincón en su lucha contra un testarudo ordenador mientras a su alrededor orbitaba un enjambre de gente atareada. Pero en este preciso momento nada de eso importaba, Luis era feliz. Su día de trabajo había finalizado por hoy y, siendo como era verano, quedaban aún muchas horas para su disfrute personal. Además las tiendas y las terrazas aún estaban

abiertas. Había un disco de recopilación del grupo Fair Play que tenía intención de comprar y llevaba todo el día esperando el momento de ir a por él. Después se sentaría en una terraza, siempre en un sitio a la sombra, y se tomaría una cerveza bien fresquita leyendo los títulos de las canciones. En todo esto pensaba mientras bajaba en el ascensor con su maletín de herramientas. Cuando llegó al sitio donde tenía aparcado el coche se llevó la desagradable sorpresa de encontrar, prendido en el limpiaparabrisas, el resguardo de una multa de tráfico.

-Pero si ha sido sólo un momento, y además aquí no molestaba a nadie. Debe ser que tenían que cubrir el cupo de multas del mes y me ha tocado a mí. Bueno, ya veré lo que puede hacer la Mutua con la multa.-se dijo para sí.

Con un poco de fastidio colocó el maletín de las herramientas en el maletero y cerró el portón. Sentado al volante, se colocó el cinturón e introdujo la llave de contacto. El motor de arranque hizo el ruido y la intención de arrancar, pero se quedó en eso, en una mera intención. Luis comprobó el medidor de gasolina y vio que había más de medio depósito. Intentó arrancar el coche varias veces más, todas sin resultado.

-Creo que hoy no es mi día. Tendré que pedir una grúa y luego intentar conseguir un coche de sustitución en el taller, si no mañana no podré hacer los avisos.-pensó.

La grúa tardó en presentarse un tiempo increíblemente largo. El conductor de ésta se excusó diciendo que había encontrado un atasco tremendo debido a un accidente. Pero ahí no acabaron los problemas. Se necesitaba el gancho de arrastre para subir el coche a la grúa y Luis no lo encontraba por ningún lado.

-Pero si siempre lo llevo en el hueco de la puerta. No entiendo nada. –decía meneando la cabeza.

El conductor de la grúa se vio obligado a improvisar con uno de los ganchos que llevaba "por si acaso", con tan mala suerte que casi al acabar de arrastrar el coche sobre la plataforma se desprendió el parachoques delantero ya que el gancho no ajustaba bien y la rosca había penetrado poco más allá del plástico.

-Lo siento, pero para otra vez intente llevar su gancho siempre encima. –comentó el conductor.

-Si siempre lo llevo. Lo que está claro es que este coche la ha tomado hoy conmigo.

Luis le indicó al conductor la dirección de su taller de confianza, donde solía hacer las revisiones y las reparaciones de su coche. Cuando llegaron se encontraron la puerta corredera bajada y sobre ella un cartelón donde figuraba: "Cerrado por vacaciones todo este mes".

-¡Qué extraño! Si siempre cogen las vacaciones el mes que viene.-explicó Luis al conductor.

Luis se vio forzado a llevar el coche al taller más próximo. El taller estaba saturado de trabajo y él no era un cliente conocido al que estuviesen dispuestos a hacer un favor. Así que tuvo que conformarse con un: "Ya le llamaremos cuando tengamos hecho el presupuesto de la reparación". Tampoco había ningún coche de sustitución disponible, así que tendría que pedir un coche a la empresa para hacer los avisos.

Por suerte, aunque se había hecho tarde, si se daba un poco deprisa, Luis aún podía llegar a la tienda de discos para conseguir su pequeño capricho y disfrutar después de una deliciosa cerveza. Intentando tranquilizarse con estos pensamientos, nuestro hombre se dirigió a la estación de metro más cercana. Pasó el torniquete con su billete de diez viajes y se situó en el andén a la espera de que llegara el tren. Había sólo cuatro estaciones hasta su destino, así que llegaría pronto. Pero el tren tardaba en llegar en demasía. Entonces empezó a sonar por megafonía la voz distorsionada y sin entonación del jefe de estación:

-Metro les informa que con motivo de la huelga de conductores el servicio quedará reducido a un convoy por hora excepto durante las horas punta en que han quedado establecidos unos servicios mínimos para cubrir las necesidades de transporte. Disculpen las molestias.

La reacción inmediata de Luis fue mirar el reloj que había sobre el andén. Indicaba que el último tren había pasado quince minutos antes. Tomó una decisión. No tenía sentido esperar, pues el

próximo tren tardaría casi una hora en pasar. Salió a la calle y se dirigió hacia la parada del autobús que le llevaría donde quería. Estaba un poco alejada. Conforme se acercaba a la parada comprobó que cada vez veía más gente. En un principio pensó que se trataba de la gente que había ido primero al metro y, como él, se había visto obligada a buscar un transporte alternativo. Pero los coches de la policía municipal y las vallas metálicas que separaban el asfalto de la acera y cortaban la calle le sacaron de su error. Fundamentalmente comprendió todo cuando vio colgada entre dos farolas la pancarta con la inscripción: "XII carrera ciclista popular del barrio". Uno de los policías municipales le explicó que la calle estaba cortada para el tráfico y que los autobuses habían sido desviados por otros recorridos. Luis miró el reloj. Entre unas cosas y otras se le había echado el tiempo encima y ya no podría encontrar abierta la tienda de discos. Además, primero tendría que hallar una parada de autobús disponible. Desistió de su idea de comprar el disco, pero no quiso prescindir del placer de tomarse una cerveza bien fría. Hoy parecía que todo se había confabulado en su contra, pero se concedería esa pequeña victoria. Luis conocía un bar del barrio que tenía terraza, y además estaba un poco alejado del bullicio de la carrera ciclista. Se dirigió a él. Cuando lo encontró había sitio de sobra para sentarse. Eligió la mesa que más le gustó y se puso a hojear el pequeño tríptico que representaba la carta de las raciones y tapas. Ya que no había podido comprar el disco se desquitaría cenando de tapas. Pero no había hecho más que dar una primera vuelta de reconocimiento a la carta cuando comenzaron a caer gruesas gotas de agua del cielo cada vez en mayor número. Se acababa de desencadenar una torrencial tormenta de verano. A todo correr Luis se dirigió al pequeño bar que servía las bebidas y comidas a la terraza. El local estaba hasta arriba y no cabía un alfiler. Curiosamente, nuestro hombre no se había dado cuenta de que se habían ido acumulando nubes negras en el cielo, lenta pero inexorablemente. Luis esperó a que la tormenta pasara y para ello aún tardó un buen rato. Este tiempo lo ocupó intentando que le hiciera caso algún camarero entre la marabunta de gente que colmaba el local. No tuvo éxito. Decidió salir del incómodo bar y, al comprobar el estado en que habían quedado las sillas y las mesas y el

barrizal en que se había convertido el pequeño espacio de tierra sobre el que se encontraban, decidió ir a su casa. Por suerte la lluvia había cesado totalmente y no se mojó por el camino. Pero llevaba encima una sensación de desánimo. Hoy no le salía nada bien. Era de esos días en que uno termina por pensar que hubiese sido mejor no levantarse de la cama. Su único aliciente en este momento era que en casa le esperaba su preciosa y cariñosa novia Eva, que le confortaría y le consolaría y le haría olvidar los problemas de este día merecedor de ser eliminado del calendario. Luis y Eva llevaban viviendo juntos seis años, y aunque no había papeles por medio, constituían un matrimonio en la práctica y se conocían muy bien el uno al otro, o al menos eso es lo que ellos pensaban. Luis esbozó una sonrisa al entrar en casa tras abrir la puerta.

-Cariño, ya estoy aquí. No sabes que día llevo. Hoy voy a necesitar muchos mimos.-se anunció Luis tras pasar el umbral.

Eva no le contestó. Por un momento Luis pensó que no estaba en casa, que habría ido a casa de su madre o habría quedado con sus amigas. Pero cuando llegó al salón se encontró a Eva sentada en el sillón, cabizbaja y con las mejillas empapadas en lágrimas.

-¿Qué te pasa cariño?¿Ha ocurrido algo malo?¿No le habrá pasado nada a ninguno de tus padres o tus hermanos? Tranquilízate y cuéntamelo todo.-dijo Luis mientras se sentaba en el brazo del sillón y la rodeaba con su brazo.

Eva delicadamente le cogió del brazo y le indicó que se sentará en el sofá frente a ella.

-Tenemos que hablar, Luis. Me duele mucho, pero no puedo alargar más la situación. Te lo diré directamente: he conocido a otro hombre. He aguantado meses sin decirte nada y siguiendo a tu lado porque no quería hacerte daño. Quiero que sepas que te considero una buena persona y te quiero mucho, pero no como antes. Ya nada puede ser como antes.

A Luis se le fue desencajando la expresión poco a poco mientras escuchaba aquellas palabras que parecían no proceder de su amada sino ser fruto de su imaginación. Finalmente se sobrepuso lo suficiente para poder hablar.

-¿Pero por qué? ¿Acaso no he sido cariñoso y atento contigo? ¿Acaso no he sido siempre respetuoso? Dime qué es lo que he hecho mal, en qué te he ofendido y te pediré mil veces perdón. Además sea lo que sea te prometo que no se repetirá.

-No, no se trata de eso. No es culpa tuya, no tengo queja. Simplemente ha aparecido alguien que me ha llegado más dentro que tú. Es todo lo que puedo decir, lo siento. En esta situación no podemos seguir viviendo juntos. He preparado tu maleta con todo lo que puedas necesitar, el resto puedes venir a recogerlo cuando quieras. Además he llamado a tu amigo Bernardo y le he explicado la situación. Te ha preparado una habitación en su casa. Ya ves que intento preocuparme por ti y que te tengo en muy buena consideración, pero no me pidas más.

Luis se quedó de nuevo sin palabras. Miró a su alrededor hasta encontrar su maleta pegada a la pared. Se levantó en silencio, tiró del asa de la maleta y comenzó a arrastrarla por las ruedas hacia la puerta.

-¡Ah, Luis! Perdona, pero te agradecería que me devolvieras las llaves de la casa. No es que no confíe en ti, pero prefiero prevenir situaciones incómodas.

Luis rebuscó en su bolsillo y dejó el pequeño manojo de llaves y su llavero con linterna incorporada en la pequeña bandeja de cuero situada sobre el mueble zapatero, al lado de la puerta. Después salió de la casa y cerró la puerta, sin querer mirar atrás. Pero un par de lágrimas intentaban imitar a las de su querida Eva. Luego, tras bajar en el ascensor y salir del edificio dirigió sus pasos hacia la casa de su amigo Bernardo, que vivía un par de bloques de viviendas más allá. Por el camino iba reflexionando y pensando en como el día, que empezó siendo de una manera, no se parecía en nada a este día que estaba a punto de concluir. Cuando llamó al timbre de su amigo Bernardo y se abrió la puerta, un par de brazos abiertos le rodearon.

-Mi casa es la tuya por el tiempo que quieras.

-Muchas gracias, Bernardo. De veras que necesitaba el apoyo de alguien. Hoy parece que todo se ha puesto en contra mía.-comentó Luis, y luego le explicó todo lo que le había sucedido durante el día.

-La verdad es que podría decirse que hoy ha sido un día aciago. Pero ya verás que no ha sido tan grave. Aunque ahora no seas capaz de verlo, porque tienes el corazón roto, te darás cuenta que hay más mujeres en el mundo, y a ti no se te han dado nunca mal las chicas. Y por otro lado, tienes trabajo y salud, y amigos como yo. ¿Qué más se puede pedir? Si fueras religioso como yo, considerarías todo esto simplemente como una prueba que te ha puesto Dios para que aprendas de la experiencia y que te superes a ti mismo.

-Pues yo realmente preferiría que tu Dios me dejara en paz.

-Aunque no quieras admitirlo también es tu Dios.

-Pero no entiendo como me ha podido dejar Eva. Ayer era tan cariñosa, tan considerada, y hoy estaba tan distante.-empezó a hablar Luis, y durante un largo rato se dedicó a recordar los buenos momentos pasados con Eva, interrumpiendo el discurso a veces con alusiones a la perplejidad que le causaba el que su novia le hubiera abandonado, y sazonándolo con alguna lágrima.

Cuando Luis se hubo cansado de llorar sus penas a su amigo, Bernardo le acompañó a la habitación que le había preparado.

-Tranquilo, Luis, ya verás como mañana vuelve a amanecer y la vida continúa. Con el tiempo se te olvidará lo mal que lo estás pasando y te pondrás a buscar de nuevo la felicidad. No le des más vueltas y descansa. Si te entran ganas de comer algo hay fiambre y queso en la nevera, y, por supuesto, cervezas.

-Gracias, Bernardo. No entiendo por qué te saliste del seminario. Habrías sido el rey del confesionario.

-Ya, pero me gustan demasiado las mujeres. ¡Buenas noches!

-¡Buenas noches!

Esa noche Luis la pasó intranquilo, no solamente por los acontecimientos sucedidos durante el día, sino porque el aire acondicionado dejó de funcionar en la habitación donde estaba y el calor se hizo insoportable. Estuvo toda la noche sudando y levantándose a beber agua. No comió nada porque no tenía apetito. Cuando sonó el despertador para ir a trabajar tenía la sensación de acabar de acostarse. Se dio una ducha rápida, tomó un desayuno más rápido aún y tras ponerse la ropa de trabajo bajó a coger el coche para dirigirse a la oficina y coger el listado de avisos que tocaba

hacer ese día y arreglar el asunto del coche de empresa. Nada más entrar en la oficina le avisaron que su jefe quería verle.

-Debe ser que no puedo coger las vacaciones cuando había pedido. La verdad es que ahora me da igual, el viaje que tenía pensado hacer con Eva ya no tiene sentido.-iba pensando camino del despacho.

Golpeó suavemente la puerta y una voz desde el interior le indicó que entrase.

-¡Buenos días, Domínguez! Por decir algo.

El jefe tenía cara de pocos amigos y Luis lo notó enseguida.

-¿Ha ocurrido algo?-le preguntó directamente.

-¿Qué si ha ocurrido algo? Ha ocurrido lo peor que podía ocurrir.-hizo una pausa para buscar autocontrol, pues poco a poco su tono de voz había ido aumentando- ¿Cuántos servidores instaló ayer, Domínguez?

-Cinco en todo el día. Ayer fue un día monográfico y me dediqué por completo a instalar servidores. ¿Por qué lo pregunta?

-¿No se ha enterado de nada todavía? ¿Usted se ha leído los procedimientos de seguridad que hay que seguir en esta empresa?

-¡Claro que sí! Pero dígame de una vez de qué se trata.

-Se lo diré, por supuesto que se lo diré. Lo que ocurrió ayer fue que usted introdujo uno de los peores virus que existe en cada uno de los servidores que instaló. La consecuencia es que se han perdido los datos de todos los ordenadores conectados a los servidores, datos muy importantes en algunos casos.

-¡Pero eso no tiene sentido! Reviso los disquetes y los CD de instalación con regularidad y utilizando siempre la última versión del antivirus.

-Pues no sé cómo pasó ni cómo dejó de pasar, pero el hecho es que las cinco empresas piden una indemnización millonaria. Desde arriba están pidiendo la cabeza de alguien, y tengo muy claro que no va a ser la mía. Así pues, ¡queda despedido con efecto inmediato! Puede ir a Personal a recoger el finiquito. Ha sido lamentable este descuido, realmente estábamos muy contentos con su trabajo, pero no podemos consentir fallos como este.

Luis no dijo nada más. Salió del despacho y fue a despedirse de sus compañeros de trabajo antes de pasar a recoger el finiquito.

Una vez en la calle, Luis iba caminando como un sonámbulo. No podía creer lo que le había pasado en estos dos días. Había pasado de tener una vida tranquila y feliz a perder repentinamente su pareja sentimental, la vivienda que había ocupado los últimos años y, lo peor de todo, el trabajo de toda su vida. Si hubiera sido supersticioso habría pensado que alguien le había echado mal de ojo. Su amigo Bernardo decía que era una prueba de Dios.

-¡Pues vaya Dios con mala ostia!-pensó para sí- Lo que tengo que hacer es no desanimarme. Buscaré otro trabajo y empezaré de nuevo. Es muy temprano aún, así que lo primero que haré es ir a la Oficina de desempleo para apuntarme al paro.

Así lo hizo, y tan temprano era que sólo había dos personas delante de él en la cola. No tardó en tocarle el turno.

-Deme sus datos personales- le indicó con desgana una gruesa mujer que se ocultaba tras un ordenador al otro lado de la mesa.

Luis lo hizo y también le comentó su experiencia profesional y los cursos que había realizado.

-Todo eso está muy bien, pero con su edad va a ser difícil que le cojan en ninguna empresa. Los jóvenes vienen pegando muy fuerte. Están muy bien preparados y encajan en contratos de aprendizaje y de prueba que les interesan mucho a los empresarios. Es decir, que trabajan estupendamente y por cuatro duros. No es por meterme en su vida, pero yo que usted me plantearía no ser demasiado exquisito y trabajar en lo que saliese, aunque no tuviese nada que ver con su anterior ocupación. Y tal vez debería apuntarse a alguno de nuestros cursos con bolsa de trabajo. Pero todo esto es sólo un consejo, haga lo que usted quiera. Recuerde que tiene que venir todos los meses para justificar el cobro del paro. Por favor, firme aquí.-Luis obedeció, con cara un tanto contrariada- ¡Siguiente!

Nuestro hombre, a pesar de todo, tomó el empeño de no desanimarse. Si en la Oficina de desempleo no le garantizaban un buen empleo, él lo buscaría. De camino a casa de su amigo Bernardo, pasó por un kiosco de prensa y compró el último número de un periódico de ofertas de empleo. Su amigo le había dado una copia de las llaves del apartamento, así que no tuvo problemas para entrar en

casa. Se sentó y se puso a hojear el periódico recién comprado. Después de estudiar minuciosamente casi todas las ofertas sin hallar nada relacionado con su profesión empezaba a desanimarse, pero en la penúltima página encontró algo que le hizo salir a buscar un bolígrafo o un lápiz para rodear el texto con un círculo.

"Se necesita persona con experiencia en ordenadores y accesorios para servicio técnico en tienda suministradora de PCs y repuestos"

El texto iba seguido por un número de teléfono con el que contactar y los horarios en que se atendían las llamadas. Luis no lo dudó un momento. Pensó que era algo bastante parecido a lo que había estado haciendo hasta ese momento y que experiencia no le faltaba. Así que como estaba dentro del horario de llamadas cogió el teléfono y marcó el número de la oferta de empleo. Una voz al otro lado le saludó, le explicó lo que estaban buscando y se sintió satisfecha con lo que Luis contestó, así que le dio cita para una hora determinada al día siguiente. Nuestro hombre se sintió más relajado. Aún sentía la congoja de la pérdida de su querida Eva, como un fondo de amargor, pero sabía que eso se le pasaría con el tiempo, y empezaba a sentir que era capaz de resolver cualquier problema que se le presentase y que era más fuerte de lo que había presupuesto. Como no tenía pensado hacer nada especial se fijó en la consola de videojuegos que su amigo tenía al lado de la televisión. Había apilados varios juegos y entre ellos le llamó la atención uno: "Los SIMS". En la carátula explicaban que el fin del juego era hacer prosperar a unos muñecos que se comportaban como seres humanos, que tenían que comer, dormir, trabajar. El jugador se encargaba de construirles la casa, tomaba por ellos las decisiones sobre el trabajo, las amistades, la diversión. A Luis le resultó gracioso, así que comenzó una partida y se puso a jugar. Se le pasó el tiempo sin sentir hasta la hora de la comida en que llegó su amigo Bernardo.

-¿Qué haces aquí, Luis? Me habías comentado alguna vez que solías comer entre avisos en cualquier sitio porque no te daba tiempo a ir a casa. Es todo un detalle que hayas venido a hacerme compañía durante la comida.

-Siento decirte que no ha sido por voluntad propia. Me han despedido del trabajo.

-¿Y eso? Llevabas un montón de años en esa empresa.

-No lo sé. Yo tampoco lo entiendo. Se les ha colado un virus a unos ordenadores y me culpan a mí. Y yo no puedo haber sido el causante, siempre tengo mucho cuidado. Parece que me ha mirado un tuerto últimamente.

-Una mala racha simplemente. Pero ¿ves? Si tuvieras fe, rezarías a Dios para que te ayudase y te sentirías mejor.

-Déjame de sermones, ya sabes que soy agnóstico, y un agnóstico convencido. Esto es simplemente una mala racha, tú lo has dicho, y he averiguado la forma de salir de ella.

-¿Sí, y cómo lo vas a hacer?

-Antes que nada, buscando otro trabajo. Mañana tengo una entrevista.

-¡Vaya! Me alegro de que hayas decidido tomar una actitud positiva. Y veo que te has puesto a jugar con mi consola. Eso está bien, así no pensarás en cosas extrañas.

-Sí, está bien este juego. He conseguido hacer empresario al personaje, forrarle de dinero y que se comprase una casa enorme.

-Estupendo, pero guarda la partida en el disco y apaga la consola que tenemos que comer. Sobre todo yo tengo que comer ahora para volver al trabajo. La comida está en la nevera ya preparada, sólo hay que recalentarla.

Los dos amigos se pusieron a comer unos espaguetis con salsa y unas albóndigas de carne acompañados de un poco de vino. En esta ocasión fue Bernardo el que se dedicó a hablar de los problemas que estaba teniendo en su trabajo. A mitad de la comida a Luis se le cayó el tenedor de la mano y dio un respingo. Luego se dedicó a frotarse fuertemente la mano derecha con la izquierda y a estirarse los dedos.

-¿Qué te pasa, Luis?

-No lo sé. Me ha dado como una especie de calambre en la mano que me la ha dejado inmovilizada e insensible. Y por mucho que me la masajeo no se recupera.

-¿Te había pasado esto antes alguna vez?

-No, nunca.

-Esperaremos un poco y si no se te pasa llamaré al trabajo para decir que no iré esta tarde, ya buscaré cualquier excusa. Luego te llevaré a urgencias.

Esperaron media hora y como aquello persistía, Bernardo llamó a la empresa y dijo que se le había roto una cañería que le estaba inundando al vecino de abajo y que tenía que ocuparse de que la arreglasen lo antes posible, así que no acudiría esa tarde al trabajo. Después llevó en coche a Luis al Centro de Salud. Allí tras un primer examen determinaron que era un caso que requería la opinión de un especialista y fueron remitidos a urgencias del Hospital. Tras la consabida espera y tras varias exploraciones y pruebas llegó el neurólogo de guardia con información.

-¿Luis Domínguez?

-Sí, soy yo.-Luis entró en el despacho de información desde donde le llamaban.

-Siéntese, por favor.-Luis se sentó y el médico esperó un poco antes de seguir hablando- Debo decirle que los datos que hemos recogido de su historia, su exploración y las pruebas que hemos realizado orientan a que padece el primer brote de una esclerosis múltiple o esclerosis en placas.

Luis cambió de cara y el neurólogo continuó hablando inmediatamente.

-Sé que este diagnóstico asusta mucho, pero no debe preocuparse en principio. Muchos pacientes presentan brotes muy aislados y de poca importancia que no limitan su vida. Sólo son unos cuantos los que acaban en una silla de ruedas. Además tenemos que completar los estudios con una resonancia magnética y otras pruebas con el líquido cefalorraquídeo.

Luis lejos de tranquilizarse parecía cada vez más asustado.

-Usted no lo entiende, doctor, pero estoy seguro de que a mí me va a ir lo peor que pueda ir. Estoy gafado. En estos dos últimos días se me ha arruinado la vida. Tiene que haber algún tratamiento para esto, tiene que poderse hacer algo. No quiero quedarme en una silla de ruedas. Sólo cuento con un amigo, el que me ha acompañado, y

no quiero ser una carga para él. Nunca conocí a mis padres y no tengo otra familia.

Las lágrimas estaban a punto de asomar a los ojos de Luis.

-Tranquilo, hay varios tratamientos, pero de momento sólo vamos a tratar este brote para que se recupere lo antes posible. Sería conveniente que quedase ingresado para ver su evolución.

Luis reflexionó un momento.

-¿Pasaría algo si ingresase mañana?

-Si no va a peor no habría problemas, pero ¿por qué no quiere quedarse ya?

-Tengo una entrevista de trabajo muy importante para mí y no puedo dejarla escapar. No puedo permitir que se vaya una oportunidad como ésta para volver a conducir mi vida. ¿Lo entiende, verdad?

-En ese caso le mandaré un tratamiento para que vaya tomándolo en casa. Pero ante cualquier empeoramiento que le traiga su amigo de nuevo a urgencias.

-Muchas gracias.

De camino a coger el coche le explicó a Bernardo todo lo que le había contado el neurólogo y le expuso todos sus temores.

-Tranquilízate, ya has oído al médico. Es el primer brote, no significa nada.-Bernardo intentaba dar a su voz toda la calma que podía aunque en el fondo también estaba preocupado por su amigo.

-Pero es que me he convertido en un gafe.

-No me digas que te vas a volver supersticioso ahora. Resulta que te es imposible tener fe en una religión pero sí eres capaz de creer en supercherías.

-Lo que estoy empezando a preguntarme es: ¿qué pinto yo en este mundo?

-No, amigo no. No te me vayas a deprimir ahora. De todas formas esa es una pregunta que nos hacemos todos. Como esas otras sobre nuestro origen o el origen del universo, sobre la vida después de la muerte, o sobre la existencia de Dios. Yo, por suerte, ya tengo respuestas a esas preguntas, tú tendrás que buscarlas.

-De momento lo único que quiero conocer es si se me va a quedar la mano siempre así y si mañana conseguiré el trabajo.

-De acuerdo, basta de sermones.

Esa fue otra noche calurosa, pues Luis no se había acordado por la mañana de avisar al técnico del aire acondicionado, y por la tarde ya no hubo tiempo. A la mañana siguiente, nuestro hombre comprobó que su mano seguía sin moverse pero además había perdido la visión en el ojo izquierdo. Sin embargo no se cuestionó el acudir a su cita de trabajo. Iría a urgencias una vez que hubiera conseguido el puesto. Al fin y al cabo tampoco iba a pasar nada por tardar un poco más, y él no se encontraba mal como para sentir la necesidad de buscar atención médica inmediata. Así pues se acercó a la tienda de informática a la hora acordada. En el momento de entrar por la puerta, un cliente, o eso supuso entonces, le empujó mientras salía a toda prisa cargando una bolsa de deporte. Lo que Luis encontró dentro no se lo podía imaginar. Había un hombre tumbado boca abajo sobre un charco de sangre, emitiendo leves gemidos como un susurro. El azorado aspirante al empleo se le acercó mientras le hablaba.

-¿Está herido grave? Voy a ver que puedo hacer y luego llamaré a una ambulancia.

Luis se arrodilló a su lado y cogiéndole del costado más alejado le volteó para ponerle boca arriba. De pronto notó que algo le golpeaba en el pecho y se le quedaba enganchado en la camisa. Instintivamente lo cogió y lo arrojó a un lado con asco. Entonces vio de qué se trataba. Era el cuchillo que el pobre hombre tenía clavado en el pecho y que con el impulso del volteo había salido desprendido. Luis se alegró de haber tenido la suerte de que no se le clavara. Comprobó también que la desafortunada víctima expulsaba sangre espumosa por la boca y por la herida del pecho. Buscó un pañuelo en su bolsillo y lo apoyó sobre la herida para contener la hemorragia, pero la sangre continuaba burbujeando por la boca, aunque cada vez menos y menos hasta que dejó de salir. Luis comprendió que la muerte había alcanzado a quien iba a ser su empleador. No sólo había perdido la oportunidad de conseguir un buen trabajo sino que además se había visto obligado a presenciar una escena horrible que no olvidaría en toda su vida. Se incorporó, y tras un momento para recuperar la calma telefoneó a la policía e informó de lo sucedido. Después salió a la calle para esperar al coche patrulla y que no se pasara de largo. La calle

había pasado de estar vacía a ser un hervidero de gente que se quedaba parada mirándole con ojos asustados. Entonces cayó en la cuenta de que no se había lavado la sangre de las manos y de que tenía la camisa manchada. Tres empleados de jardinería bajaban de un camión que estaba aparcado cerca y se aproximaban a la escena con herramientas en las manos y con cara de pocos amigos. Era evidente que pretendían evitar su huida. En ese momento la mente de Luis se puso a trabajar a toda velocidad y recordó que había dejado sin querer sus huellas en el cuchillo. Nadie había visto al auténtico atracador y todas las pruebas le señalaban a él. Inmediatamente decidió huir, a pesar de que él mismo fue quien avisó a la policía, antes de que los tres jardineros estuviesen lo suficientemente cerca como para alcanzarle. Un grupo de perseguidores se formó de manera espontánea y comenzaron a ir tras sus pasos. Alguno gritaba:

-El asesino va por allí. ¡Que no escape!

Nuestro azorado hombre buscó las callejuelas más estrechas y corrió sin parar, cambiando de dirección continuamente hasta que encontró una puerta abierta en una nave abandonada. Entró en ella y cerró la puerta, bloqueándola con una barra de metal que había tirada en el suelo para que creyesen que estaba echada la llave. Se acurrucó en un rincón y se quedó quieto, temblando y casi sin respiración. El truco dio resultado porque al poco oyó ruido de pasos y griterío, alguien manipuló la manilla de la puerta pero siguieron adelante mientras este decía:

-Sigamos adelante, aquí no puede estar.

Luis no podía dar crédito a lo que le estaba pasando. Tenía la sensación de que no era real, de que no le estaba sucediendo, sino que él era el mero espectador de una película de suspense. Se llevó las manos a la cara y lloró de rabia y desesperación.

-Esto es increíble. He perdido en pocos días mi amor, mi trabajo, mi salud y mi libertad, No puede haber tantas casualidades juntas, alguien debe estar detrás de todo esto. Dios mío, sabes que nunca he creído en ti, pero no es justo que me hagas esto Si con ello consigo que no me maltrates más, te prometo que iré a misa y te rezaré, e intentaré recuperar la fe. Creo que aún recuerdo alguna oración.

Nuestro pobre amigo se puso a rezar el padrenuestro en voz baja, con algunos gazapos de su cosecha para llenar las lagunas de la memoria. Mientras rezaba se acordó de su amigo Bernardo, el exseminarista. Él le ayudaría, le buscaría un sitio para ocultarse el tiempo suficiente hasta que todo se aclarara. Se secó las lágrimas, se incorporó y se acercó con cuidado a una de las ventanas. No había nadie en la calle. Por seguridad esperó un rato. Después apartó la barra y salió fuera con sigilo. Caminaba con naturalidad pero buscó las calles menos transitadas. Finalmente llegó a casa de su amigo Bernardo. No había nadie. Pasó varias horas espiando por la ventana. No comió nada en todo el día pues notaba un fuerte nudo en la garganta. Cuando llegó la noche y no aparecía su amigo decidió llamar a la empresa donde éste trabajaba, para informarse. Le dijeron que había salido de trabajar como siempre y que no había comentado que fuese a hacer nada especial. A Luis le extrañó que no hubiese acudido a casa nada más acabar el trabajo. Sabía que su amigo estaba preocupado por su salud y que tenía intención de llevarle a urgencias, aun en contra de su voluntad, si no se producía una mejoría. Por otro lado, nuestro hombre no se atrevía a llamar a la policía para preguntar. Decidió esperar un poco más, tal vez le hubiese surgido un compromiso ineludible. Por fin sonó el teléfono y Luis pensó que se trataba de su amigo Bernardo que llamaba para dar una explicación y para preguntar cómo estaba. Pero la voz que sonó del otro lado del teléfono no era la de su amigo.

-Perdón, ¿es usted familiar de Bernardo Mota?

-No, soy un amigo. ¿Qué pasa?

-Encontramos anotado el teléfono de casa en su cartera así que hemos llamado para buscar a quien informar.

-¿Informar de qué?

-Su amigo ha sufrido un accidente de tráfico. Un conductor de camión se durmió y se cambió de carril. Ha sido un choque frontal. Su amigo no ha sufrido nada. ¿Conoce a algún familiar suyo? Le diré donde se encuentra el cadáver. ¿Me oye?...

Luis oía pero era incapaz de decir nada. El teléfono se le cayó de la mano. Había perdido su único apoyo en este mundo. Se quedó

sentado en el suelo mirando al infinito y recostado sobre la pared. Entonces tuvo un acceso de ira.

-¿Y para esto he querido ponerme a bien contigo? ¿Para esto te he rezado lo mejor que he sabido? La verdad es que no sé si creer en ti. No merece la pena creer en nadie tan cruel si no es para odiarle. ¿Dónde te ocultas? Traidor, ¿por qué no das la cara? ¿Por qué no acabas conmigo de una vez y me dejas en paz? Si te tuviera delante te diría cuatro cosas y ninguna de ellas agradable. Todopoderoso matón, infinito asesino.

En ese momento, Luis vio algo que inicialmente le pareció un efecto causado por su problema visual. La esquina superior izquierda de su campo visual empezó a parpadear. Pero lo que siguió después no pudo explicarlo. Un fragmento cuadrado, como una pequeña baldosa, se desprendió de la esquina superior izquierda, dejando en su lugar un hueco profundamente negro. Inmediatamente, siguiendo un orden de izquierda a derecha y por líneas de arriba abajo se fueron desprendiendo otras baldosas de su campo visual, dejando una gran negrura. Era como si todo lo que viese a su alrededor fuese un gran puzzle que se estaba deshaciendo. Finalmente se encontró en un espacio totalmente negro. Sólo rompían la negrura unas figuras geométricas de color verde fosforescente situadas sobre y bajo él que no sabía identificar. Comenzó a sonar una música de fondo, agradable pero repetitiva.

-¿Será esto la muerte?-se preguntó Luis-¿Estaré en el cielo o en el infierno?

Entonces vio aparecer frente a él una columna de base cuadrada con el mismo fulgor verdoso de las otras figuras geométricas. La columna avanzó a la derecha y el espacio que ocupaba fue sustituido por una letra tridimensional, una E mayúscula. Nuestro hombre esperó a que se completara el texto.

-Es evidente que no sabes lo que ocurre.-figuraba el texto.

-Realmente, no. Estoy confundido. ¿Qué hago yo aquí?¿Estoy muerto?¿Esto es el cielo o el infierno?¿Tú eres Dios?¿Qué vas a hacer conmigo? No tomes en serio todo lo que acabo de decir, estaba muy frustrado.-dijo Luis con voz temblorosa.

-No te preocupes, yo no me enfado. Pero vayamos por partes. Para que puedas entenderlo todo primero tienes que saber quien eres tú.

-No, si eso lo sé. He aprendido la lección. Soy un hombre hecho a tu imagen y semejanza. Pongo mi alma en tus manos. -Nuestro hombre estaba aterrorizado.

-En cierto modo sí. ¿Tú estás seguro de que todo lo que te rodea es real?-las letras aparecían con gran fluidez en el inmenso vacío.

-La verdad es que ya no estoy seguro de nada, pero siempre me ha parecido todo muy real. He disfrutado mucho y últimamente he sufrido mucho también. Todo lo que tocaba, saboreaba, olía, veía y oía no me dejaba ninguna duda.

-Bueno, voy a responder a todas tus preguntas fundamentales, esas preguntas que parece que no tienen respuesta.

-Entonces, ahora tengo claro que tú eres Dios.

-¿Cuándo hablas de Dios te refieres a tu creador?

-Sí, por supuesto.

-Entonces yo no soy tu Dios pero ya hablaremos de él.

-¿Entonces eres el diablo?

-No sé si de algún modo pudiese decirse que sí. Ya lo juzgarás.

-No entiendo nada.

-Tranquilo, ahora mismo lo vas a entender. Primero hablemos sobre ti.

-Pero yo ya me conozco, sé como ha sido mi vida.

-Tú no sabes nada.

-Pero...

-Escucha. Tú eres un personaje con inteligencia artificial de la versión española de la última edición de un juego que se llama los SIMS. ¿Te cuesta creerlo, verdad? Es una versión conmemorativa de la época en que apareció la primera edición del juego, hace muchos años. Se trata de un programa muy complejo y lo tengo instalado en el ordenador cuántico de mi cuarto, pero esto no es nada especial, hoy en día todo el mundo tiene un ordenador cuántico.

Nuestro personaje no pudo mediar palabra.

-En cuanto a tu Dios...-las letras seguían dibujándose a gran velocidad- en la caja del juego pone que es una tal Indira Syamalar que trabaja para Real software Inc. Los hindúes se han convertido en los mejores programadores del momento. También figura el responsable de la música, de los gráficos, pero creo que eso no te interesa. Y en cuanto a mí me llamo Raúl, tengo 16 años y estoy jugando esta partida.

-Pero por qué me has hecho todo esto.-Se atrevió a preguntar finalmente Luis.

-¿No lo has entendido? ¿Aún no te has dado cuenta de nada? Por pura diversión, aunque la verdad no me estoy divirtiendo mucho. Mis colegas me dijeron que molaba un montón hacerle putadas a un personaje y ver cómo reaccionaba, pero yo me estoy cansando ya. La partida no dura nada porque en cuanto enlazas unas cuantas putadas el personaje se va a la mierda. Sólo me has durado una tarde. Así que he decidido eliminarte del juego y empezar una nueva partida. Te he dejado tan chungo que ya no puedo arreglarte. En la próxima partida haré como otras veces, intentaré llevar a lo más alto a mi personaje. A ver si logro que sea presidente.

-¿Entonces vas a acabar conmigo?

-No tengo más remedio. Sólo quería responder a tus preguntas antes de ello, me daba pena cuando leía tus diálogos. He usado el módulo de chatterbot que lleva incorporado el programa de inteligencia artificial para explicarte todo. Piensa que al menos tú tienes respuesta para todas tus preguntas. Sabes quien eres, quien te creó, qué sentido tiene tu vida, por qué te ocurre todo lo que te sucede. No todos podemos decir lo mismo. Yo ahora me hago muchas preguntas.

-¿Y cómo sabes que no eres la marioneta de nadie?¿Cómo sabes si tu mundo es real? Quizás tú seas también simplemente un personaje de un juego.-replicó Luis.

-¡Cállate! No digas eso.

Y Luis empezó a reírse incontenablemente, disfrutando de la pequeña victoria que había obtenido sobre su particular demonio, y mientras se reía sintió como su existencia se desvanecía. Pero tal vez su desaparición no fuese definitiva. Quizá en una próxima partida

Raúl recupere el personaje de Luis para volver a torturarle. ¿O quién sabe si a lo mejor decide hacerle presidente?

Gerardo Monedero Rodrigo

## EL ASCENDIENTE GRIEGO

Durante mucho tiempo en Occidente sólo se ha considerado culto a aquel que conocía la historia y la cultura del mundo antiguo. Incluso hoy en día es más fácil pasar por culto si conoces la lista de dioses olímpicos que si eres capaz de explicar a los legos la teoría de la relatividad general, por ejemplo. Siempre ha sido culto quien conocía la antigüedad greco-latina. No sirve cualquier antigüedad. Y, sin embargo, incluso muchos de esos cultísimos individuos y gentes menos cultas o completamente iletradas se han quedado sólo con la parte romana y su tradicional mezcla eclesial y cristiana.

Quiero aquí lamentarme de que ese ascendiente griego del que todo Occidente se proclama hijo y heredero se ha perdido, en realidad, hace demasiados siglos como para que sea fácil recobrarlo. Aunque muchos, sin saberlo, han ido aproximándose poco a poco a ese ideal griego del hombre libre y el ciudadano, sin necesidad de estudiar en el pasado.

Me temo que nuestra civilización les debe más a Roma y al Cristianismo que al mundo griego. ¿Por qué digo esto? Porque a los romanos les debemos su orden, su derecho, su arquitectura, su agrimensura, su sentido práctico, su afán organizativo, pero también su acientifismo. Es cierto que todas esas virtudes romanas son necesarias para la buena marcha del mundo y su gobierno. Pero los romanos inventaron bien poco y apenas avanzaron en el saber que heredaron. Si a ello le añadimos la influencia moralizadora, conformista y tradicionalista del cristianismo (con su buena dosis de acientifismo) el cóctel nos lleva al grisor que ha habitado en muchas mentes durante siglos.

Las aportaciones de Roma son importantes, pero los romanos eran un pueblo agricultor y guerrero que, al copiar a los griegos –o tratar de hacerlo- se olvidó de algunas cosas importantes. Hay quien lo llama, vagamente, el genio griego.

El Occidente que reclama la tradición grecorromana ha recurrido durante siglos al peso de la autoridad, a la costumbre, a la ramplonería. Se ha olvidado por el camino del espíritu aventurero de aquellos antiguos griegos capaces de anteponer su individualismo al bien de la patria y de romper con todo lo pasado. Un pueblo viajero, comerciante y aventurero que vio todo y lo interpretó a su modo. No como pueblo, sino como individuos concretos, sin prejuicios, con completa libertad, sin recurrir al peso de la autoridad de los sabios o a lo que siempre se ha hecho. Y no me refiero al común de los griegos tan obtusos, supongo, entonces como ahora, sino a aquéllos que medían todas las cosas a través del hombre, que estudiaban el mundo convencidos de poder desentrañar sus misterios, de aquellos protocientíficos que florecieron con el helenismo y murieron antes de que éste terminara. Aquellos viajeros estaban dispuestos a explorar con su visión amplia y única tanto el mundo material como el de las ideas. Ellos inventaron la filosofía, la ciencia, el arte. No pondré las palabras con mayúscula, como cosa natural que son, y así las veían ellos.

Tras ellos llegaron romanos y cristianos, musulmanes, católicos, protestantes, conservadores, capitalistas, comunistas. Todos cargados con sus "ismos" y sus tabúes mentales. Con sus "siempre se ha hecho así, eso no se hace, eso no es posible, es pecado o es imposible para el hombre". ¿Dónde ha quedado el espíritu abierto? ¿Ese afán de descubrimiento? ¿De dónde viene la idea de que todo está dicho ya? ¿De dónde la de que se haga lo que se haga el mundo siempre será igual? Los griegos no eran perfectos, con sus disputas, su esclavismo, sus envidias, su egoísmo, pero eran más libres que nosotros, dispuestos a afrontar con su mente cualquier desafío. Quizá no conocían la utopía y por eso la buscaban. Por eso se pensaban más próximos a Dios que todos los creyentes convencidos de estar hechos a su imagen.

De ahí la fascinación que siempre ha causado su mundo del que nos creemos herederos. De ahí el amor del romano por esos griegos a los que nunca conoció –sus herederos se convirtieron en gente tan ramplona como sus conquistadores- y a los que deseaba parecerse.

Tras ellos, unos cientos o miles de magníficos locos capaces de explorar el mundo con su mente, llegó el conformismo. Y, por más que tiempo después ha habido ciertos fogonazos, del Renacimiento a esta parte, que nos han hecho recordar esa gloria del pasado, en general nuestro mundo ha estado gobernado por el conformismo y la rutina. Por el mundo romano y el de las tres religiones. Por el acientifismo, la tradición y el miedo al saber, al ir más allá de lo permisible en cuanto al conocimiento.

Si estoy equivocado, ¿qué sentido tiene que los gobernantes ignoren felizmente las leyes del mundo que los rodea y conserven leyes anticuadas que les cuesta horrores cambiar o que se considere culto al que conoce el mundo antiguo y no el mundo moderno? Los griegos antiguos quizá no se habrían estudiado a sí mismos si hubieran sabido lo que ahora, probablemente gracias a ellos, sabemos.

No me voy a poner a imaginarme vestido con toga o cargado con las armas del hoplita pero, en cierto sentido, sí que me gustaría tener una mentalidad tan libre de prejuicios y tan confiada como la de aquellos grandes hombres –quizá el ideal de lo que luego se ha llamado librepensador- que, con su ignorancia y sus pocos medios, se atrevieron a pensarse capaces de comprender el mundo, mejorarlo y hacerlo suyo.

Juan Luis Monedero Rodrigo

ORDEN Y CLARIDAD

Orden y claridad no soy,
Aquel sábado
Fui el camino de ida y
El atardecer en el camino de vuelta y
Fui el solitario bebedor que vino a por más vino.
Quise ser verso pronunciado por la infancia
Quise ser la guitarra de Pedro y la voz de Inma
Quise ser el viento en la noche,
El mismo que atraviesa las persianas en esas horas perdidas o encontradas, qué más da, de la siesta arochena.
Quise ser poema prohibido,

Quise ser reflejo de luz en el agua
Quise ser el café de l'aprés-midi
Quise ser el desayuno compartido,
Quise ser mañico sin tierra y no me pregunten por qué...
Pero también hay cosas que no quiero ser:
No quiero ser la multa de tráfico
No quiero ser la factura impagada
No quiero ser el "debe" ni tampoco el "haber"
No quiero ser el cajero autómata que vomita billetes todos los días...
Aunque a veces
Me aguarda la grata sorpresa de un "hay" y acabo diciendo "¡ay!":
Hay noches inolvidables
Que acaban olvidadas en el rincón más dulce de los recuerdos
Porque te olvidas de la cámara fotográfica
Y te acuerdas de ella solamente toda la noche,
Pero para algo está el
"lápiz, tinta y otra vez a empezar":
Mientras observaba la monotonía de la línea continua
No pude adelantar al cartel que me hablaba de conejos frescos
Mas quise retratar el final de la calle Soledad.
Me senté a pensar:
Para qué, si
Orden y claridad no soy.
Estuve en San Fernando
Y volveré a ir gracias a los versos
De la china onubense.
Mientras, recordaré que
Linares de la Sierra
Es
Tiempo suspendido en el aire
Caldereta recién hecha
Noche recién estrellada
Poesía recién descubierta

Fuentes recién recitadas
Luceros tililantes como lágrimas de oro
Personas que no están
Pero que llevan algo de mí
Porque llevo algo de ellas.
Fuerza lírica capaz
De arrasar la más fuerte de las fortificaciones
Con esas únicas armas llamadas voces blancas y guitarra cachonera
Y de paso rematarte con acompañamiento de barítonos
Y cantos de sirenas.
Ganas de reír y llorar a la vez
¿Paradoja o paisaje que acerca
lo bello a lo sublime?
Orden y claridad no soy.

ROBERT LANUIT

## LOS SATÉLITES JOBIANOS

No, no se trata de los satélites de Jove, con uve, las lunas de Júpiter, sino de los de Job, ese santo varón que aguantaba sin chistar todas las putaditas divinas, de todos los simples del Dios proveerá o Dios les dará su castigo merecido, de todos los que quieren seguir los pasos de tan admirado santo. ¿Por qué el premio y el castigo siempre han de ser merecidos?

Nuestras religiones, como nuestros nacionalismos, tienden a ser llorones. A imaginar enemigos, culpables de nuestros problemas, meticones que nos buscan las vueltas y nos hacen pecar o caer en el mal. Nuestras religiones confían en un Dios justiciero siempre pendiente de cada pobre tipejo para observarlo, seguirlo, premiarlo o, más frecuentemente, castigarlo. Para probarlo. Vale que se supone omnipotente, omnisciente, ubicuo y todo eso, pero para mí que debe de tener un pedazo de ejército de funcionarios celestiales para hacerle todo ese trabajo suyo que, además, debe de ser un coñazo, demasiado aburrido y monótono para que Él le dedique tanta atención.

Ya que quieres creer en un Dios, ¿por qué no te inventas uno buen coleguilla, enrollado y majete? Que te ayuda sin más y que, en

general, te deja poco más o menos a tu bola, como un padre harto del chaval decide dejarlo a su aire para que aprenda cómo son las cosas y, a veces, es lo mejor que podía hacer para que de veras aprenda.

Pues no. Muchos prefieren pensar en ese Dios fiscal que los persigue como si fuera un guardaespaldas o un matón a sueldo. Para protegerlos o putearlos, según corresponda. Preferiblemente putearlos, que parece que da más morbo. Porque hasta lo bueno que nos pasa requiere la justificación del premio y lo malo el castigo, aunque no sepamos por qué. ¡Y mira que, si es un asunto entre personas, nos jode que nos hagan putaditas sin motivo aparente! Pero, ya se sabe, las razones divinas van más allá de la pobre mente humana.

Me da que muchos somos un poco masocas y por eso nos mola este Dios que tendrá sus razones pero parece más bien arbitrario, que hace las cosas porque sí, aunque sea por nuestro bien, que nos deja decidir y luego, sin explicarnos los porqués, nos dice "nene caca" y nos pega un palo. Me da que por eso hay tantos satélites jobianos que, como el santo Job, están deseando que su vida sea una mierda porque así se aseguran su purificación, su entrada en el reino de los justos bien limpitos de pecados. Por eso hay tantos que, si no encuentran que Dios les haga putadas o aún creyendo que se las hace, deciden hacérselas ellos mismos. Se flagelan, se arrastran, soportan vidas miserables con maridos odiosos, jefes odiosos, hijos insufribles, esclavitudes varias. Y encima tan felices porque así se ganan el cielo. Vale que el sacrificio tiene en ocasiones su premio pero, si todo se convierte en sacrificio y Dios sólo otorga dones futuros –siempre vagos, casi siempre post mortem-, dan ganas de hacerse ateo. ¿O de veras pensáis que es saludable esa exaltación del dolor, esa imagen de un Dios sádico deseoso de probar a sus criaturas en el sufrimiento?

Juan Luis Monedero Rodrigo

Me basta con creer en mí mismo para encontrar un mínimo sentido a mi inútil existencia. Pero creer en mí mismo es dudar de lo demás, de todos vosotros. Puedo abrazar el panteísmo o ningunearos. Puedo pensar que soy Dios. Por suerte poseo, o así lo creo, la gracia del ser. Poco me importa entonces de dónde me venga aunque, si Dios

existiera, no sabría si sentirme agradecido o indignado. Podéis dirigir vuestras críticas, vuestro odio a:

El temible burlón

## DESPERTAR EN PRIMAVERA

Bóreas no era un mundo con muchos atractivos como para ser visitado. No estaba en el centro de la civilización ni contaba con especial interés turístico. Aunque sí se decía que poseía algunas bellezas suficientes como para justificar un viaje. Bóreas era un mundo helado, situado en los confines de las regiones humanas. Un lugar apenas poblado, con pocos recursos y unas condiciones de vida extremas que no atraían nuevos colonos.

Cuando Jonás viajó allí por primera vez iba lleno, no obstante, de curiosidad. Su afición por conocer otras sociedades le hacía aprovechar cualquier viaje de negocios para satisfacer sus inquietudes sociológicas. Además, en el caso del lejano y semidesértico Bóreas, Jonás había escuchado ciertos comentarios sugerentes que hacían pensar que aquel viaje podía resultar enriquecedor.

Los usos de Bóreas debían de ser muy peculiares para los estándares humanos. Pocas personas vivían en la actualidad en condiciones tan duras como las que se suponían para los boreales. Hay estaciones mineras y planetas sin terraformizar que ofrecen ejemplos extremos de adaptación humana pero, de los mundos transformados en habitables, Bóreas era aquél en el que los conceptos de habitabilidad y terraformización se alejaban más de la media. Antes de iniciar su viaje, Jonás buscó información acerca de su destino. Y, realmente, dicha información no era muy abundante en la Red ni en las bibliotecas. Al parecer, ningún investigador serio había considerado interesante visitar aquella minúscula colonia humana para estudiar sus peculiaridades. Bóreas apenas contaba con cinco mil habitantes, una población menor que la de cualquier otro planeta y menor también que la de muchas estaciones orbitales. Aunque, conociendo las características de aquel mundo lo sorprendente era que esas cinco mil personas siguieran viviendo allí y,

sobre todo, que a sus antepasados pioneros –gente demasiado aventurera o sencillamente desesperada- se les hubiera ocurrido convertir ese lugar inhóspito en su hogar, si es que podía darse tal nombre a un infierno helado. Bóreas era un mundo de tamaño similar al de la vieja Tierra, con un gran océano, su eje de rotación inclinado unos treinta grados y una atmósfera –resultado de la transformación planetaria- constituida por nitrógeno y oxígeno como la terrestre. Pero ahí terminaban las semejanzas. Bóreas giraba en torno de una pequeña estrella rojiza, que respondía al rimbombante nombre de Ares pero que no pasaba de ser una luminaria mediocre y una fuente de calor más bien escasa. Teniendo en cuenta que la órbita de Bóreas era bastante excéntrica y su eje estaba inclinado, la estacionalidad y las diferencias de temperatura en la superficie del planeta eran extremas. Durante el breve verano –de cuatro meses estándar- las temperaturas alcanzaban en la zona continental los quince grados centígrados, una temperatura lo bastante agradable como para permitir un florecimiento de la vida vegetal y animal. Pero en el largo invierno de nueve meses estándar las temperaturas descendían, en muchas zonas, por debajo de los cien grados bajo cero y pocos organismos eran capaces de mantenerse vivos en tales condiciones, incluidos los humanos que debían ocultarse, según la bibliografía, en bóvedas enterradas bajo la superficie helada. El propio océano de Bóreas, pese a su alto contenido en sal, quedaba por completo helado y el pequeño continente de Polaria quedaba cubierto por una capa de varios metros de hielo. Teniendo en cuenta que Polaria era una banda de tierra de poco más de dos mil kilómetros de largo y unos setenta de ancho en su zona más ancha y que se situaba casi en el límite de la zona "templada" del planeta, a unos cincuenta grados de latitud norte, está claro que las condiciones de habitabilidad para los colonos no eran precisamente ideales.

El tráfico comercial con aquel mundo era más bien escaso, dada su escasa población y lo insignificante de su producción, en la que destacaban algunas pieles dedicadas a la exportación, algún que otro cargamento de un liquen rojizo que se usaba en abundancia como aliño en determinadas cocinas exóticas, y cierta cantidad de oro que se sacaba de varios riachuelos auríferos durante el breve deshielo,

cuyo depósito venía favorecido por la fragmentación de algunas rocas en los extremos procesos de meteorización térmica. En cuanto a las importaciones, tampoco muy abundantes, entre ellas primaban las de productos agrícolas, para los que Bóreas era totalmente deficitario. Eran importantes los cargamentos de cereales que el planeta apenas producía y una cierta cantidad de bienes de consumo con los que satisfacer la falta de industrias y manufacturas entre los boreales.

Entre los alicientes turísticos de aquel mundo apenas explorado, Jonás tenía constancia de diversos fenómenos geológicos y climáticos que, al parecer, llamaban la atención por su espectacularidad. Los pocos que habían contemplado el océano helado en toda su extensión comentaban que se trataba de una visión sobrecogedora que mostraba aquel mundo convertido en un infinito glaciar de hielos azulados que se movían en forma de portentosas corrientes planetarias. Aquello podía verse desde el espacio, pero no era igual que desde la superficie. Por desgracia, que en realidad era mera necesidad, durante la época invernal ningún transporte se acercaba a Bóreas, con lo que no resultaba sencillo visitar el inmenso glaciar en todo su esplendor. En esa época el planeta permanecía aislado del resto del universo conocido, con su población enterrada bajo el suelo. Cuando el mundo se acercaba al diminuto Sol, lo que ocurría al cabo de ciclos anuales de cuatrocientos dos días estándar –apenas trescientos ochenta boreales-, las condiciones del planeta variaban. La mala suerte era que ese momento coincidía con el solsticio del hemisferio sur, que estaba completamente cubierto por el océano. Sólo había dos masas de tierra firme en el norte: el continente de Polaria y la pequeña isla de Hybernia aún más al norte. Ello hacía que las temperaturas más cálidas del planeta –en torno a los veinticinco grados en pleno verano austral- se dieran en el despoblado hemisferio sur, mientras que en el norte sólo disfrutaban de una calidez relativa. Se comentaba en la bibliografía que algunos boreales aprovechaban esa temporada cálida para viajar en barco hacia el sur, de modo que disfrutaban de un agradable verano mientras se dedicaban a la pesca de los escasos peces termorresistentes que revivían y poblaban el mar durante los meses cálidos. En el breve deshielo, el continente del norte se cubría de ríos

y arroyos que formaban espectaculares cascadas en su camino desde las montañas al mar. Había inmensos lagos de aguas cristalinas, espectaculares glaciares en fusión que vertían al mar, impresionantes fiordos que recortaban la costa en forma de gigantescos acantilados y estrechos estuarios. Jonás deseaba poder contemplar aquellas maravillas y también el renacer de la vida, que convertía la estéril superficie de Polaria en una extensa pradera que, en las zonas más frías y elevadas, se transformaba en tundra. Se decía que, durante esa época, inmensos rebaños de renos, sustituidos por búfalos y yaks en las zonas más cálidas, recorrían las extensas llanuras, a la par que los insectos, algunas aves y una multitud de pequeños mamíferos proliferaban por doquier. Aquélla era, precisamente, la riqueza de Bóreas: la fauna que permitía practicar la ganadería extensiva de las mayores piezas y la caza, para obtener sus pieles, de mamíferos de menor tamaño como los castores, las marmotas o las nerviosas chinchillas. Curiosamente, en aquellas costas heladas y entre los hielos que flotaban en el extenso océano, no se encontraban focas ni ballenas, animales tan característicos de las zonas polares de la Tierra. Esos animales no habrían sobrevivido al inhóspito Bóreas. Y, bien pensado, lo extraño era que el hombre hubiera sido capaz de adaptarse a la vida en ese planeta, ya que no había sido capaz de dominarlo. Aunque la capacidad de adaptación del hombre a cualquier condición de vida estaba fuera de toda duda desde hacía miles de años. Si al hombre tecnológicamente avanzado le podía sorprender que hubiera una colonia en Bóreas y otros lugares que parecían inhabitables era tan sólo porque las condiciones de vida de la mayor parte de la humanidad habían mejorado exponencialmente desde los tiempos en que las sociedades humanas estaban formadas por nómadas cazadores y recolectores. Para Jonás, la humanidad se había vuelto demasiado comodona. Débil, desde su punto de vista, y, en cierto modo, inferior a sus aguerridos antepasados. Y era eso, quizá, lo que más le fascinaba de su visita a Bóreas: el poder comprobar que el hombre es capaz de enfrentarse a un mundo hostil como en los tiempos de las primitivas colonizaciones en que un viajero espacial se jugaba la vida cada día intentando sobrevivir a su nuevo hábitat.

Aunque Jonás también tenía curiosidad por comprobar si era cierto un detalle que no había visto en ninguna guía ni enciclopedia y que sólo circulaba como rumor entre muchos transportistas y en algunos foros de opinión de la Red. Jonás lo había oído, por primera vez, de labios de un viejo amigo, Pit Tripallena, transportista veterano como el propio Fresasconnata. Hacía mucho que no veía a Pit, pero todavía recordaba su última conversación cuando él acababa de regresar de su visita a Bóreas. Fue él quien le habló de los indómitos paisajes, de los hielos amedrentadores, de los gélidos vientos y las inmensas manadas de rumiantes. Pero, sobre todos esos comentarios, recordaba el que había dedicado, con auténtica fascinación, a las mujeres boreales:

-Jonás, te aseguro que no hay mujeres más bellas en el universo que las de estos salvajes boreales. Si alguna vez tienes la ocasión de ver una sola de ellas, es posible que nunca mires a ninguna otra mujer de cualquier otro planeta con los mismos ojos.

A Jonás le pareció que su colega era un exagerado, pero deseaba, no obstante, poder ver a esas fascinantes mujeres con sus propios ojos. Y no es que Jonás se interesase especialmente en buscar información sobre Bóreas en aquel tiempo, pero idéntico rumor, extendido tanto a los hombres como a las mujeres, eso sí, le llegó de muy diversas fuentes, lo que hizo aumentar su curiosidad al respecto. No obstante, aquel sueño difuso sólo se transformó en objetivo tangible cuando Jonás aceptó transportar en su Betsie todo un cargamento de cereales liofilizados –copos de multicereal: trigo, maíz, avena, tritihordeum y vaina blanca- hasta el puerto –el único lugar de aterrizaje- de Nueva Laponia, la minúscula capital –única población de más de trescientos habitantes- de Bóreas. Fue entonces cuando Jonás se dedicó a investigar y recabar tanta información sobre aquel mundo como le fuera posible. Sólo un viaje de negocios justificaba la visita pero, una vez que la visita era una realidad, había que aprovecharla al máximo. Jonás contemplaría todas las maravillas naturales de Bóreas, estudiaría las peculiaridades sociales de sus pobladores, sometidos a condiciones extremas, y también, por qué no, satisfaría su curiosidad acerca de la leyenda sobre las bellezas locales.

La verdad es que información sobre Bóreas había poca y muy fragmentaria. Lo que más abundaban eran los datos geográficos y climáticos, pero apenas los humanos. Ni en lo concerniente a modos de vida ni en cuanto a costumbres, poblaciones o cultura local. Nada se decía de las bellas mujeres boreales o los hombres de excepcional atractivo. Jonás, consciente de que las leyendas surgen de una mínima base real y tienden a la exageración, sentía, no obstante, una cierta curiosidad por comprobar si había algo de verdad en ésta de la beldad de los boreales.

Con tantas expectativas creadas, Jonás se sintió tremendamente decepcionado al comprobar la realidad del caso. Se presentó en Bóreas al final del verano, cuando la temporada cálida tocaba a su fin y la escasa vegetación comenzaba a amarillear. Los boreales decían que la temperatura era aún muy agradable, pero a Jonás aquellos diez grados centígrados no le parecían su ideal veraniego. Como su viaje era breve y de negocios, tampoco tuvo mucho tiempo de contrastar con sus informes las bellezas geológicas del planeta. Vio fiordos, montañas con sus glaciares y, desde el espacio, los dos casquetes que desde los polos crecían amenazando con devorar todo el planeta. Bonitos, sí, pero que no merecían por sí mismos la visita a tan remoto lugar. Claro está que lo que más le decepcionó fue el aspecto de los boreales. Él, que según las leyendas, había imaginado hombres fornidos, altos y esculturales y mujeres de bandera con cuerpos y rostros capaces de quitarle a uno el hipo, comprobó que la realidad era más próxima a la pesadilla que al sueño. Los boreales eran buena gente, tremendamente amables y solidarios. Pero estaban a años-luz del ideal de belleza de Jonás y la mayoría de los representantes, tanto masculinos como femeninos, del género humano. Las imágenes que se había formado de dioses nórdicos o germánicos, de auténticas walkirias y héroes mitológicos, dieron paso a una realidad de obesos enfermizos que harían las delicias, eso sí, de algún dietista o médico nutricionista especializado en desarreglos alimenticios.

Tanto ellos como ellas eran auténticas ballenas humanas. Sus rostros brillantes y plácidos eran la parte más agradable de su

fisionomía. Redondas caras sobre cuerpos igualmente orondos que cubrían, por pura necesidad, con sencillas túnicas de lana a modo de sacos, la única prenda capaz de cubrir sus mastodónticas anatomías. Brazos como jamones, piernas como columnas, barrigas inconmensurables. ¿Dónde estaba la belleza anunciada por quienes le hablaron de los boreales? ¿Acaso todos ellos, sin ponerse de acuerdo, habían acertado a gastarle a Jonás la misma broma ridícula? ¿O era una especie de chiste privado entre los veteranos que habían visitado aquel mundo infame el contar a todo el mundo las excelencias de las inconmensurables bellezas locales? De inconmensurables, obviamente, tenían tan sólo el perímetro. Ni siquiera se acercaban al patrón germano en los ojos azules, los cabellos rubios o los rostros rosados y resplandecientes. Eran los boreales más bien morenos de piel y pelo. Quizá una adaptación para evitar los daños de una radiación ultravioleta que la atmósfera helada de Bóreas no filtraba como era debido o un rasgo inútil para gente que pasa enterrada buena parte de su vida y que constituye una simple herencia de los primeros pobladores.

Jonás trató de ocultar su decepción y se esforzó en mostrarse amable con aquellos tipos grasientos cuyo aspecto le resultaba tan desagradable. Participó, incluso, en una de sus fiestas preinvernales. Fue una cena pantagruélica que, según le dijeron sus anfitriones, se repetía jornada tras jornada entre ellos hasta la llegada del invierno. Aquellas costumbres festivas explicaban bien a las claras las razones de su obesidad general. Jonás, glotón y con tendencia a echar barriguita, no pudo seguir el ritmo de ingesta de aquellos salvajes. Al menos no se tomaron a mal lo que, a ojos de cualquier boreal, debía ser una enfermiza falta de apetito o desprecio a su generosa cocina. Los boreales eran dignos de ver mientras cantaban, bebían, saltaban, bailaban y comían todo a la vez. El jolgorio era impresionante y, como que el transportista se dio a la bebida más que a la comida, terminó abrazando a aquellas moles humanas mientras compartía su alegría contagiosa. Aquélla habría sido la mejor noche de Jonás durante su breve estancia en Bóreas de no ser porque a la mañana siguiente una terrible resaca martilleaba en sus sienes con el

insufrible repiqueteo de un dolor de cabeza que no se iba ni con las píldoras que llevaba en Betsie.

Jonás estaba decidido a no permanecer mucho más tiempo entre sus nuevos amigos. Agradables, sí, pero en absoluto semejantes a las imágenes que había esperado. El frío invierno se acercaba y Jonás no estaba dispuesto a comprobar si su extremosidad coincidía o no con lo que anunciaban las leyendas. Y mucho menos deseaba quedarse aislado en el espaciopuerto helado de Nueva Laponia sin poder despegar hasta el año siguiente. La perspectiva de pasar allí todo un año y convertirse en una mole humana como los demás pobladores del planeta le resultaba ciertamente espantosa. Por eso, una vez cobró sus honorarios y cargó una buena provisión de pieles y aceite de castor para hacer nuevos negocios, Jonás decidió despedirse de Bóreas y sus pobladores.

Como en ese mundo inhóspito los acontecimientos excepcionales debían de ser muy escasos, la marcha de Jonás fue considerada uno de ellos. Al transportista le costaba trabajo reconocer a los boreales, todos igual de orondos y con ropas semejantes, pero no le cupo duda de que fue un tal Matthaías, un tipo que había hecho un buen negocio con sus pieles, quien propuso organizar una fiesta de despedida. Jonás, con la excusa de la mucha prisa, logró que la fiesta de despedida no tuviera lugar, aunque estaba seguro de que aquella noche habría otra comilona, quizá en su honor aunque él ya no estuviera allí.

En el momento de la partida, al borde de la escalerilla de ascenso a Betsie, unos cien lapones, casi un tercio de la población del lugar, acudieron a despedirlo. Jonás recibió varias docenas de abrazos, achuchones y apechugamientos varios que casi le dejaron sin aliento. Aquel contacto lipídico y estrecho no le resultaba muy agradable, pero hubo de someterse a él con resignación. Al fin y al cabo, aquella buena gente le había mostrado en pocos días mucho más cariño que algunos que se confesaban desde hacía años sus amigos. Lo que Jonás nunca podría olvidar, y le acompañaría contra su voluntad en algunas desagradables pesadillas, fue el abrazo de una jovencita, llamada Mendusa, Hendusa o algo así. Recordaba vagamente a la muchacha de la noche de embriaguez y empacho. Había bailado con ella

y ella reía como loca mientras daba increíbles brincos para los que su cuerpo no parecía capacitado. Ahora lo observaba con sus ojos bovinos y parecía que fuera a devorarlo con la mirada y a aplastarlo entre sus manos regordetas y sus brazos descomunales. Jonás intuyó con desagrado que la pobre chica se había enamorado del viajero espacial. Se dejó abrazar y besar, aunque la sensación fue más bien desagradable. La jovencita se separó de él con lágrimas en los ojos:

-Vuelve –le suplicó-, vuelve por primavera, no nos olvides.

Quería decir no me olvides y en eso la pobre chica estuvo en lo cierto porque desde entonces, en algunas noches en que Jonás respiraba con dificultad debido a su incorregible problema con los ronquidos, la imagen de la joven obesa se le aparecía en sueños impidiéndole respirar con sus abrazos monstruosos y sus besos lacrimosos.

Jonás, en ese momento de la despedida, sintió cierta emoción y un sincero afecto por sus generosos anfitriones. Por la joven una leve punzada de lástima. Quizá fue por ello por lo que dijo, casi sin pensarlo:

-Quizá, quizá lo haga.

No se dio cuenta de su error hasta que el hábil Matthaías le ofreció un trato para el inicio de la primavera siguiente: Jonás llevaría un nuevo cargamento de cereales y varios electrodomésticos. La oferta era interesante, aunque Jonás no estaba muy seguro de que le mereciera la pena volver. Si aceptó no fue porque el boreal anunciase que para entonces las pieles de armiño estarían preparadas, sino por ese vago afecto que Jonás sentía por los gordos. Aceptado el compromiso, Jonás se despidió de sus amigos, subió a Betsie y despegó de Bóreas con una sensación de alivio de la que no fue consciente hasta haber puesto una considerable distancia de por medio.

Se dio cuenta de que no deseaba volver. Se dio cuenta de que odiaba a Pit Tripallena y sus cuentos. Por llenarle la cabeza de tontas ideas y vagos sueños de bellezas sin límite. Por hacer que los simpáticos boreales le resultasen desagradables. Jonás entendía que cualquier persona pudiera sentirse a gusto entre los boreales por su bondad y generosidad, pero eso no significaba que uno pudiera enamorarse de sus tremebundas mujeres, de esa Mendusa o Hendusa

que lo apechugaba prendada de sus encantos y que aparecería en varias de sus pesadillas, capaz de reducir con su simple recuerdo su libido a la mínima expresión. Jonás llegó a pensar que a Pit, bastante orondo él mismo, le entusiasmaban realmente aquellas orondas beldades. Aunque lo mismo le habían dicho otras personas cuyos gustos no iban en la línea de los del glotón Tripallena.

Un día se lo encontró en el puerto de Blutsis, donde ambos estaban pasando una revisión de sus naves y Jonás le echó en cara que lo hubiera engañado con aquellos cuentos. Si Jonás pensaba que Pit se iba a reír o iba a confesarle la broma privada de los viajeros veteranos, lo que nunca habría imaginado fue que Tripallena se indignara con él por llamarlo mentiroso y se ofendiera de la desconfianza de su amigo.

-Lo que pasa es que tienes que ir por allí en primavera, pedazo de imbécil –le dijo irritado y, seguidamente, se marchó de su lado sin haberse terminado siquiera la cerveza, con lo que Jonás no pudo hacer una pregunta más.

Como el plazo para cumplir su contrato con los boreales estaba ya próximo, Jonás no quiso ni pudo indagar más acerca de la leyenda o los motivos de Pit. Su sueño, eso sí, se volvió intranquilo, alternándose en él dos pesadillas a cual más desagradable. En una de ellas los boreales lo invitaban a una monstruosa comida y lo cebaban hasta hacerlo reventar. En la otra, la jovencita enamoriscada se abalanzaba sobre él, con los labios y toda la cara redonda llenos de grasa y se ponía a besarlo como una posesa, aplastándolo bajo su inconmensurable peso y cortándole la respiración. De este último sueño Jonás siempre despertaba bañado en sudor y con una sensación desagradable, mezcla de aprensión y culpa, porque el sueño pudiera convertirse en realidad y por sentir aversión hacia una dulce jovencita que sólo quería ser agradable.

Aquella pesadilla no se convirtió en realidad. Jonás cargó a Betsie y marchó hacia Bóreas. El viaje fue tranquilo, sólo que llevó más tiempo del que Jonás hubiera deseado. Aunque únicamente fuera por la necesidad de descanso, Jonás debería permanecer durante unos días entre los boreales. Lo que no podía imaginar el señor

Fresasconnata era que lamentaría la llegada de esa partida que ahora, aun antes de llegar al mundo helado, le parecía tan deseable.

Al descender sobre el espaciopuerto de Nueva Laponia le pareció encontrarse en otro planeta. La primavera boreal apenas comenzaba y todo el paisaje estaba aún cubierto por una capa de nieve considerable y el agua en pleno deshielo chorreaba abundantemente de los numerosos carámbanos existentes.

En esta ocasión sólo un operario del espaciopuerto, que no parecía, por sus hechuras, boreal, lo recibió al pie de la escalinata. Aquel tipo delgado y de aspecto ligeramente enfermizo, con grandes bolsas negras bajo los ojos y un color cetrino que anunciaba, quizá, problemas hepáticos, parecía, sin embargo, gozar de un excelente humor. Mostraba conocer a Jonás y bromeaba con él. Al transportista su expresión no le resultaba agradable porque, más que bromear, tenía la impresión de que el tipo se burlaba de él. No le dijo su nombre ni dijo cuándo o cómo lo había conocido. Jonás, incómodo, tampoco le preguntó.

Para demostrarle que era un tipo respetado en aquel lugar, Jonás sí que preguntó por el comerciante Matthaías, el responsable de que se hubiera producido aquella segunda visita. El hombre se rió ampliamente, como si aquello fuera un chiste privado. Parecía divertirlo que Jonás no lo reconociera. ¡Cómo si tuviera que reconocer a cada pobre tipo con el que se encontraba en sus múltiples viajes!

-A Matthaías lo vas a ver enseguida. Aunque la que tiene verdaderos deseos de verte es la joven Nemunsa. A ella seguro que sí la recuerdas.

Jonás estaba seguro de que se refería a la gorda sobona. Tampoco quiso preguntar, además de que no habría sabido cómo hacerlo sin sonar desconsiderado.

-Pronto vendrá a verte aunque ahora, la verdad, todavía está durmiendo.

Ésa era una noticia agradable y lo sería mejor si fuera la bella durmiente y permaneciera soñando con su príncipe azul durante un par de semanas, para así no tener que encontrarse con ella.

-¿Y Matthaías? –preguntó Jonás nuevamente, deseoso de cambiar de asunto.

-¡Oh, ése es de los pocos que están despiertos! Has llegado demasiado pronto, amigo Jonás.

El último comentario le pareció un poco fuera de lugar al señor Fresasconnata. Después de todo, era pasado el mediodía según la hora local, así que si aquella panda de vagos aún dormía debía de ser porque la noche anterior habrían tenido una de sus cenas monumentales, bien regadas con todo tipo de caldos capaces de provocar una terrible resaca. Claro que… ¡No podía ser!… Por un momento Jonás se había dejado llevar por sus divagaciones pero ese "amigo Jonás" le había sonado inconfundible.

-¡Matthaías!, ¿eres tú? –le preguntó sin ocultar su extrañeza al tipo delgaducho y burlón que tan mal le caía.

-Ya era hora, amigo Jonás, ya era hora –dijo con una sonrisa su interlocutor- ¡A mis brazos, hombre!

Y le pegó un achuchón tan entusiasta como los de antaño por más que ahora su perímetro y el grosor de sus brazos evitaran que Jonás se viera envuelto en las carnes de Matthaías Batebarne. Era increíble que el gordo que recordaba de apenas nueve meses atrás se hubiera convertido en aquel flacucho. ¿Había estado enfermo? ¿Se había sometido a un terrible régimen alimenticio? ¿Se había operado el estómago? ¿Se había liposuccionado el ochenta por ciento de su cuerpo?

-¿Qué te ha pasado? –acertó a preguntar el transportista sin necesidad de fingir el tono preocupado que empleó.

El otro se echó a reír, a carcajadas que parecían las de un loco.

-Amigo Jonás, en cuanto he visto que no me reconocías he comprendido que no sabes nada de nuestro planeta y nuestro modo de vida.

Evidentemente no sabía nada y no podía imaginar qué debería haber sabido. La expresión estúpida de su rostro le ahorró tener que preguntar. Matthaías prosiguió de inmediato su explicación:

-Bóreas, como sabes, es un mundo duro para la vida con su clima extremo durante casi todo el año. No todos los hombres serían capaces de sobrevivir en él. Tú, por ejemplo, morirías, casi con toda seguridad durante el primer invierno.

Jonás no tuvo ocasión de replicar aunque deseó hacerlo.

-No es un comentario despectivo ni chovinista. Sólo una realidad. Por más que nos enterremos y nos abriguemos, el frío es mortal y las necesidades de energía inasumibles para un mundo que en invierno muere y no entrega una sola brizna de alimento a sus pobladores. Así que la única forma de sobrevivir al invierno es almacenar una buena dosis de grasa bajo la piel e hibernar, que es lo que hacemos todos los boreales. Por eso en verano nos hinchamos a comer y nos ponemos tan gordos como nos conociste. La grasa parda que nuestro cuerpo almacena durante la temporada favorable nos permite generar calor en el invierno y el largo sueño –la imagen de la Bella durmiente retornó a la mente de Jonás al momento- reduce nuestro metabolismo lo suficiente como para que las reservas sean suficientes para no morir de frío ni inanición. Aunque ya ves –y en este punto se tocó el plano vientre- en qué estado quedamos al despertar en primavera.

Jonás, maravillado, comprendía la realidad de Bóreas. Era increíble, emocionante, magnífico. Los boreales dormían como osos, como marmotas. Se cebaban en verano y dormían en invierno, enflaquecían hasta el límite pero sobrevivían. Jonás sintió deseos de preguntar. Quería saber si los boreales habían sido modificados artificialmente o la suya era una adaptación natural. Deseaba preguntar si en su sangre o sus tejidos contaban con alguna proteína anticongelante como la de ciertos peces. Si sus mujeres eran preñadas antes del sueño y parían al despertar, como otros mamíferos, o mantenían el estro perpetuo como las demás hembras humanas. ¡Había tantas preguntas! ¡Tanto que saber de aquel pueblo desconocido que le pareciera tan simple en su primitivismo!

-Entonces, cuando dices que muchos duermen te refieres…

-Efectivamente. Aún no han despertado del sueño invernal. No del todo al menos.

Jonás imaginó a los boreales como osos que se medio desperezan un par de veces durante el invierno para echar un pis, estirar un poco las piernas y volver a dormir, pero fue incapaz de fabricar una imagen nítida y creíble en su mente.

-En realidad no te esperábamos tan pronto. Estamos justo al comienzo de la primavera y es casi un milagro que hayas podido tomar tierra con tanta facilidad.

-¿Te he despertado? –Matthaías asintió- No sabes cuánto lo lamento, si lo hubiera sabido…

-Tranquilo, hombre. Es verdad que acabo de despertar, pero todos los demás lo harán en menos de una semana. Y entonces habrá una fiesta como nunca has imaginado. ¿Te quedarás a verla o tienes verdadera prisa?

Jonás estuvo a punto de decir que no se la perdería por nada del mundo. Quería ver la fiesta de inicio de la vida, la fiesta inaugural del cebado de los boreales.

-Tengo otros asuntos, pero me encantará permanecer unos días entre vosotros.

-¡Perfecto! Ahora vayamos a mi casa.

Aquella noche hubo una cena comunal y Jonás pudo comprobar que en verdad había pocos boreales despiertos. Quizá habría deseado ver a los durmientes -¿en cuevas?- pero no se atrevió a sugerirlo. Lo que sí pudo ver fue el aspecto de los recién reanimados. Matthaías era el de peor pinta, con sus ojeras y su leve ictericia. Se sentía personalmente responsable de ellos, con su temprana llegada. Los demás, que habían despertado de forma natural y no por la llegada de un extranjero, mostraban mejor aspecto. Algunos tenían un rostro demacrado, varios mostraban barba incipiente o el pellejo suelto bajo el cuello enflaquecido o los brazos pero, en general, los boreales parecían tan delgados como saludables. Las mujeres boreales, que, por lo visto, requerían algo más de sueño, todavía no habían despertado.

Los tres siguientes días fueron dedicados, casi en exclusiva, a los negocios. Puesto que el clima aún era imposible y no se podían hacer visitas, Jonás y los boreales cerraron varios tratos. No fue hasta el cuarto día cuando las mujeres comenzaron a despertar. Para entonces muchos hombres ya estaban levantados y recibieron a sus compañeras con gran alborozo.

Las primeras en despertar fueron las mujeres mayores. Mucho mayores, de hecho, que cualquier humana que Jonás hubiera conocido porque, como le fue explicado, a efectos de senectud, en los

boreales contaban básicamente los meses de actividad. Haciendo cierto aquello de que el frío conserva la belleza, Jonás conoció a varios centenarios, centenarias y hasta bicentenarios que gozaban de muy saludable aspecto. El propio Matthaías afirmó contar con ciento veinte años estándar aunque aquellos se tradujera en unos treinta y pocos de vida activa.

A Jonás le sorprendió el aspecto de las mujeres boreales. Pese a ser ancianas, todas ellas anunciaban en sus rostros la pérdida de una exquisita belleza. Eran bellezas marchitas y, sin embargo, Jonás ahora sí debía coincidir con las apreciaciones de Pit Tripallena acerca de la extraordinaria hermosura de las boreales. Todas estaban muy delgadas y sus cuerpos maduros parecían perfectos y bien torneados. Los rostros ovalados, con grandes ojos pardos almendrados de enormes pestañas curvadas, enmarcados en pómulos afilados y un pelo rizado que en ellas comenzaba a aclararse por las sienes, eran de una incomparable belleza. Quizá la belleza venía tanto de la perfección de sus rasgos como de la expresividad de sus rostros, a los que el hambre o el ayuno habían otorgado una suerte de espiritualidad que enamoraba al observador. Y Jonás, intuyéndolo, no quiso ni imaginar lo que le faltaba por ver.

El sexto día empezaron a despertar las jóvenes y las mujeres preñadas. Como Jonás había intuido, los partos se producían tras el sueño. Por lo que varias criaturitas boreales abrieron durante esos días sus ojos por primera vez al inhóspito y salvaje mundo que los esperaba. Pero más revelador que aquellos nacimientos fue para Jonás ver a algunas de las jóvenes recién salidas de su sopor. Eran todas de una belleza tan magnífica que a Jonás, sin quererlo, se le aceleraba el pulso y sentía como sus hormonas dormidas se empeñaban en recordarle el carácter animal de su propio cuerpo.

La tarde de ese sexto día, una joven llegó corriendo junto a Jonás, que acababa de comer y dormitaba, contrariamente a sus anfitriones, siempre activos durante el día. Aquella joven acababa de despertar y había recibido una noticia que ansió oír durante meses, aunque fuera en sueños. Jonás no la reconoció, aunque pronto supo de quién se trataba. Una bellísima Nemunsa, delgada, escultural, levemente ojerosa pero con un rostro divino, casi élfico en su

expresión soñadora y suplicante, se lanzó sobre el transportista y lo abrazó con sus menudos brazos, cubriendo sus mejillas de besos y lágrimas. Aunque este abrazo no se parecía en nada al mastodóntico enlace de sus pesadillas, Jonás tembló como una hoja al contacto de la joven. Ahora era él quien tenía la sensación de vivir en un sueño celestial del que no querría despertar.

Jonás supo que ya nunca podría olvidar a Nemunsa. Si unos días antes le hubieran preguntado por ella, habría sentido un cierto desagrado y se habría avergonzado de no recordar su nombre, Mendusa o Helunsa. Y ahora se sentía tan profundamente atraído por aquella jovencita tan hermosa y simpática –esto último lo había sido siempre, aunque antes del invierno no parecía en ella una virtud- que, por un instante, estuvo tentado de renunciar a su vida de viajero para asentarse por siempre en aquel mundo terrible con tal de quedarse junto a Nemunsa. Nemunsa que lo amaba como una colegiala, aunque tenía casi ochenta años boreales. Nemunsa que reía con gracia incomparable, que lo acariciaba detrás de las orejas como si Jonás fuera su cachorro, que lo cubría de dulces besos y hasta le dejó compartir su lecho -estéril hasta el final del verano- en varias ocasiones durante su estancia en Bóreas.

Jonás estuvo entre los boreales casi dos meses, hasta el comienzo del verdadero verano, la época más cálida. Hasta entonces confraternizó con sus nuevos amigos, viajó hasta los confines de aquel mundo helado y visitó las maravillas naturales que le habían sido anunciadas y que ahora, tal vez por la felicidad que le embargaba, le parecieron auténticamente espectaculares. Aunque nada era tan bello como su Nemunsa, su amor.

Jonás se daba cuenta de que día a día su querida niña iba rellenando su magro cuerpo. Las cenas opíparas se repetían noche tras noche y Jonás participaba de ellas con su misma ansia aunque desigual apetito. Comía menos que cualquiera de sus anfitriones y, sin embargo, contemplaba con desagrado como su vientre se tensaba e hinchaba a marchas forzadas.

Nemunsa nunca estuvo tan bella como aquel primer día de su encuentro. Desde entonces fue engordando y perdió aquel aire preternatural de la primera vez. Al cabo de un mes estaba rellenita. Al

segundo mes, realmente gorda. Pero a Jonás ya no le importaba y seguía dedicándole arrumacos mientras le contaba una y otra vez sus aventuras espaciales que ella siempre solicitaba poco antes de la hora de dormir.

Aquel sueño era maravilloso, pero Jonás se obligó a volver a la realidad. Él no podía quedarse en Bóreas. Matthaías lo había dicho y él le creía. Tampoco podía sacar a Nemunsa de su mundo. Fuera de allí no encontraría acomodo. Quizá seguiría con sus ritmos de sueño y vigilia hibernatorios. Y no pasaría de ser poco menos que un monstruo, una curiosidad de feria. Y Jonás no iba a asentarse en un planeta para no moverse jamás. Seguiría viajando y la dejaría sola. Sabía que a ella le gustaba escuchar sus relatos, pero no deseaba convertirse en viajera. Ni Jonás lo habría consentido.

Cuando tomó su decisión, sintió que el corazón se le quebraba. Sabía que ella también sufriría, pero la quería demasiado como para convertirla en una desgraciada.

-Debo irme. Es mejor para los dos –le dijo con un nudo en la garganta.

Ella lloró. Y lo siguió haciendo mientras Jonás desgranaba las numerosas razones por las que debería partir. No le dijo que no pensaba volver. Tanto porque no quería hacerla más daño del necesario como porque no estaba seguro de ser capaz de cumplir con su propósito.

-No me quieres –dijo Nemunsa y se fue llorando después de darle un leve cachete en la mejilla con su mano regordeta.

-Te quiero más de lo que puedes imaginar –pronunció Jonás en voz baja, sabiendo que ni ella ni nadie podían oírle-, más de lo que nunca creí que se pudiera llegar a querer.

Y antes de que el verano avanzase y la fuerza de voluntad de Jonás flaquease, el sociólogo aficionado, incapaz de observar con ojos imparciales y objetivos a los boreales, se marchó de Bóreas. Casi todos los habitantes de Nueva Laponia acudieron a despedirlo. Matthaías lo abrazó. Otro tanto hicieron varios amigos: Boddaias, Támpor, la anciana Ambuisa. Pero no Nemunsa, que se negó a despedirse y no le perdonaba –sí con el cerebro, no con el corazón- su

marcha. Aunque Jonás la pudo ver a lo lejos, mirando su partida y saludando con la mano. Sin duda lloraba.

Al ruido de Betsie al despegar lo acompañó un sonoro gemido de Jonás. Nunca volvió a Bóreas. Jamás volvió a ver a Nemunsa. Aunque no los olvidó. Fue doloroso, pero era necesario. Mantuvo cierto contacto con Matthaías y por él supo que, en años sucesivos, Nemunsa espero a su astronauta. Lo lloró, lo añoró. Desesperó de su vuelta. Finalmente lo olvidó, se casó y tuvo hijos. Fue, según le decían, moderadamente feliz. Aunque Jonás, dadas las peculiaridades de Bóreas, sólo supo todo aquello cuando era un anciano melancólico.

Al menos supo que hizo lo correcto y que nada tenía que reprocharse. Añoró a Nemunsa durante años. Aunque también él se hizo la ilusión, en más de una ocasión, de haber superado aquel amor. Lo que nunca negó ante nadie fue la evidencia del recuerdo. A todo aquel que le preguntaba, él respondía, como en otros tiempos lo hiciera el bueno de Pit Tripallena, que lo mejor de Bóreas eran sus mujeres, las humanas más bellas y agradables de todo el universo. Y al decir esto no dejaba de soltar un sonoro suspiro que hacía imaginar al oyente historias no contadas que nunca oiría de los labios del aguerrido transportista.

Juan Luis Monedero Rodrigo

## LA VISIÓN DEL MUNDO

Todos tenemos nuestras ideas, nuestra fe, nuestra propia visión del mundo que se basa, antes que en ningún otro factor, en los conocimientos y experiencias que vamos acumulando a lo largo de nuestra existencia. En nuestra ignorancia nos creemos cultos, avanzados, civilizados, y nos hacen gracia las ideas –que tachamos de peregrinas- que poseen otros pueblos menos avanzados que nosotros.

Lo que sabemos de ciencia, de historia, de matemáticas, nuestro bagaje literario, han cambiado nuestra forma de pensar. Lo que sabemos es lo que somos. Lo que sabemos es lo que pensamos. Y, obviamente, no podemos pretender, como en esas novelas "históricas" que a muchos nos gustan –a mí mismo, por qué negarlo-, que somos capaces de comprender mentalidades ajenas y poner pensamientos modernos en mentes supuestamente antiguas. Quién no ha leído

alguna de estas novelas en las que los personajes sienten la libertad, la patria o el amor como las personas de la época contemporánea en el mundo occidental.

Si escuchamos a alguien a quien consideramos ignorante, aflora una leve sonrisa a nuestros labios al comprobar el tipo de patochadas que afirma como verdades absolutas o las ingenuidades que pueden conformar su fe. No nos damos cuenta de que nuestros pensamientos suelen ser tan vagos, subjetivos e irracionales como los del vecino. No alcanzamos a entender que seguimos siendo unos ignorantes y que lo que ahora pensamos no serán para otros más que tonterías o ingenuidades. Ni tan siquiera somos conscientes de la manera sutil con que tratamos de racionalizar nuestros instintos o nuestras preconcepciones. Todo cambia a nuestro alrededor y nos empeñamos en conservar nuestra concepción del mundo, nuestra fe, nuestras leyes, nuestro modo de vida en la nueva realidad que hace obsoletas las visiones ajenas pero, milagrosamente, queda integrada de modo perfecto en nuestro propio universo.

Debe ser fuerte nuestro impulso por creer en algo cuando somos capaces de torcer nuestra apreciación de lo real para que lo milagroso, lo nuevo, lo distinto, siga teniendo cabida en nuestra vivencia personal.

Juan Luis Monedero Rodrigo

## VIDAS REGALADAS

El hombre tiene la necesidad de crear: útiles, enseres, ideas. Pero, sobre todo, vínculos. El hombre es un ser social y por eso crea relaciones con las que llena buena parte de su vida. Incluso, por miedo a la soledad, se inventa seres en el más allá con los que poderse relacionar después de la muerte.

Yo quería hablar de vínculos, que no de dioses. Y es lo que voy a hacer, hablar de una de esas curiosas relaciones que el hombre es capaz de crear para satisfacer sus ansias de compañía y bienestar.

El hombre, a lo largo de su historia y en todas partes, ha formado familias, en la mayoría de los casos basadas en parejas de hombre y mujer y en algún tipo de estabilidad que en muchos sitios se

convierte en una relación contractual: el matrimonio. No es éste el lugar ni el momento para razonar acerca de la fidelidad humana, la monogamia o la naturalidad en nuestra especie de las relaciones estables de pareja.

Quiero hablar de un tipo de matrimonio. Curioso, único. Con su punto de razonable. La creación magistral de un pueblo tan poco civilizado como los Comedores de Gusanos, los Uchi-Rupte de las altiplanicies de Borneo. Un pueblo mísero y atrasado donde los haya. Que, durante las temporadas de hambruna practicaban el canibalismo y la necrofagia –práctica de la que, orgullosos, tomaron su nombre, por considerar que dichas costumbres alimentarias les salvaron la vida-, que guerreaban por la posesión de un simple cochino o una piedra ritual.

De los Uchi-Rupte una no esperaría ninguna sofisticación y, sin embargo, su vida social está llena de sutiles compromisos y costumbres tan elaboradas como las de la etiqueta cortesana.

Este pueblo fue estudiado a principios del siglo pasado por el alemán Rilke. Si alguien quiere más información sobre el asunto, sólo tiene que consultar su monografía. Para quien no sepa nada de los Uchi-Rupte, este breve artículo será bastante revelador.

La costumbre que más peculiares hace a los miembros de esta etnia no es la de devorar sus cadáveres en época de hambruna y regodearse en el consumo de los gusanos de la putrefacción. Esto es pintoresco y repugnante, pero no de especial interés. Los Uchi-Rupte tiene una costumbre mucho más curiosa y es la de que sus mujeres jóvenes se casan y procrean con los hombres ancianos mientras que los jóvenes varones se emparejan a las mujeres ancianas, las cuidan, y sólo al alcanzar la senectud, como premio a los esfuerzos de su larga vida, son cuidados por las jóvenes de la siguiente generación y pueden dejar descendencia. Teniendo en cuenta que, como en otros lugares, muchos jóvenes no alcanzan la madurez, está claro que quien llega a anciano o anciana puede contar con los servicios de varios jovenzuelos o jovenzuelas para cuidarle y llevar una vida regalada en el otoño de su existencia.

Supone Rilke que esta práctica proviene de sus costumbres guerreras. Especula, y podría estar en lo cierto o no, que, dadas sus

continuas guerras tribales, en alguna ocasión la mortandad de los jóvenes guerreros, siempre varones, obligó a emparejar a las jóvenes fértiles –que nunca luchaban y sólo eran trofeo de batalla- con los ancianos. Propone el alemán que, años más tarde, aquellas ancianas que sirvieron en su juventud, exigirían la atención de los jóvenes de la siguiente y así, poco a poco, se establecería la costumbre, haciéndose tabú –y no mera imposibilidad- las uniones entre individuos de la misma edad.

Así las cosas, entre los Uchi-Rupte sólo son verdaderas personas los ancianos y la juventud está dedicada al servicio, al aprendizaje y a ganarse el derecho, si uno alcanza la vejez, a ser atendido por la siguiente generación. Entre ellos existen costumbres de lo más variado a la hora de establecer relaciones sociales, siendo frecuentes los harenes juveniles para los jefes de tribu y las que fueron sus esposas. Más que la tribu existe el clan y dentro del clan la familia es amplia y con diversos grados de parentesco y deberes consanguíneos. No voy a entrar aquí a describir las complejas relaciones a que su modo de vida da lugar. Pero puede imaginarse todo tipo de situaciones extrañas o rocambolescas, que en ocasiones han dado origen a leyendas, relacionadas con estas estructuras familiares. Por ejemplo, entre ellos se considera incesto la relación entre dos jóvenes cualesquiera, aunque entre ellos no haya más parentesco que la simple juventud. El incesto está castigado con la muerte.

A nadie se le escapará que, dadas las condiciones de vida de los Uchi-Rupte, la juventud no es demasiado deseable. En particular para los jóvenes, obligados a guerrear constantemente en defensa de sus clanes y familias, arriesgando sus vidas y, particularmente, sus opciones de llegar a la deseable vejez. Teniendo en cuenta que la cobardía supone el destierro y que sólo los más valientes alcanzan los mayores harenes, no extrañará que las muestras de arrojo y valor entre los jóvenes guerreros sean constantes.

Tal como se conducen, no extrañará que los más favorecidos sean los ancianos varones. Como hay menos hombres que mujeres que lleguen a la vejez –pese a las muchas muertes de mujeres tras el parto, la longevidad de éstas es mayor-, los viejos guerreros tienen opción de procrear con bastantes jovencitas y son cuidados por ellas

con la mayor atención durante sus enfermedades o la más avanzada senilidad. Aunque no sea cultural, sí existe este tipo de machismo que favorece la poliginia frente a la poliandria. Porque en el caso de las mujeres, más numerosas, sus harenes –incluso los de las jefas- tienden a ser más exiguos amén las pérdidas de varones en las guerras. Es frecuente que las mujeres, para conseguir mayores atenciones, ingresen en sus harenes a muchachos cada vez más jóvenes, rozando con su comportamiento la pedofilia.

Estos matrimonios entre ancianos y jóvenes se consideran sagrados, sancionados por los dioses –los ancianos son los hombres más próximos a la divinidad y por ello merecedores de todos los derechos-, de suerte que sólo la muerte rompe el vínculo. De este modo, los ancianos más longevos acaparan los mayores harenes y sus consortes sólo se ven libres para convertirse en ancianos a la muerte de su pareja, dándose el caso de que algún anciano o anciana ha muerto sin que su pareja, aún más longeva, haya fallecido y les haya liberado de su matrimonio. Los hijos dentro de las familias son un bien muy apreciado, pues sirven como moneda de cambio y pago en las complejas relaciones tribales.

¿Una costumbre salvaje? Quizá. O quizá no. Tal vez los ancianos que lean esto piensen que es un modo civilizado y deseable de conducirse. Yo misma estaría encantada de que, al ser anciana, cuando en nuestro mundo nadie me vea el atractivo, unos jovencitos hermosos estuvieran orgullosos de servirme y dispuestos a acostarse conmigo, satisfaciendo esa libido que los años nunca son capaces de acallar por más que nuestros cuerpos ya no respondan a nuestros apetitos.

Euforia de Lego

Al descubrir el cielo iluminado
por un sinfín de luces rutilantes
que adornan, tachonada de diamantes,
esta noche de plácido verano
me sorprende su mágico entramado.
Absorto cuento en vano los brillantes

de esta joya de hechizo fascinante,
construcción magistral de ignota mano.
Inexcusables surgen las preguntas:
¿Anterior a la luz y en un principio,
qué existiría sin existencia alguna?
¿Y cómo de la nada o del vacío,
se pudo generar con tal fortuna
la enorme inmensidad de cuanto miro?

Martin's

## EL MESÍAS

Todo era ruina alrededor. Sorprendentemente viva, si es que aquel estado merecía tal denominación, pero una vida ruinosa, miserable y, lo que es más importante, desesperanzada, mera antesala de una muerte que más pronto que tarde llegaría para todos.

Entre tanta desolación nada más patético que ser médico y pretender consolar a los innumerables moribundos. Solomon Weizmann no quería resignarse a aquella perra suerte. Estaba dispuesto a luchar, a arrastrar a todos a la lucha y a vencer al desaliento y el completo desánimo. Pero se sentía débil. Y no sólo físicamente. Él, que nunca había sido judío más que en comparación con el resto de los austriacos que sí recordaban su origen, ahora se veía forzado a ejercer de líder de todos los miserables que a su alrededor se dejaban morir a manos de los alemanes en aquel lugar infame. Campo de trabajo lo llamaban. Pero Solomon, como todos sus compañeros, sabía bien que aquello era un campo de exterminio nazi. Dachau era un lugar hermoso. Solomon, en tiempos mejores, pudo visitar Baviera como un turista y tuvo ocasión de pasear por las calles de la ciudad. Ahora esos recuerdos aparecían tan lejanos como la posibilidad de volver a pasear por Dachau. El campo nada tenía que ver con sus recuerdos. Era un lugar de horror y pesadilla. Un lugar de muerte y desesperación.

Solomon estaba solo. Desde que Esther había muerto ocho años atrás, el viejo médico se había dedicado a lo único que sabía hacer: curar a sus semejantes. Quizá, si hubiera sabido que muchos de ellos terminarían sus días en aquella prisión monstruosa, habría

sido preferible dejarlos morir entonces cuando los curó, o quizá se habría dejado morir él mismo, llevado por la pena que le causó la muerte de su querida Esther. Por suerte sus dos hijas, Raquel y Golda, estaban estudiando en los Estados Unidos cuando los nazis alcanzaron el poder. Allí seguían cuando los judíos comenzaron a ser perseguidos por toda Europa. Para cuando estalló el conflicto, ellas ya se habían casado y Raquel, la mayor, le había dado su primer nieto: Rubén. Quisieron llevárselo con ellos, a la tranquilidad más allá del Océano. Pero Solomon no quiso marcharse. Cruzar un mar no le iba a hacer olvidar, ni lo deseaba, aunque sí hubiera deseado ver a sus hijas de nuevo, conocer a sus yernos y, sobre todo, al pequeño Rubén. Como tantos otros judíos fue objeto de la persecución nazi. Los encerraron en sus guettos, aunque muchos no querían admitir su prisión y confiaban, estúpidamente, en que aquellas medidas fueran provisionales y el odio creciente y demencial comenzara a menguar. Más tarde se atrevió a huir. Corrió continuamente, sin un objetivo claro, hasta que fue apresado. Y no había vuelto a saber nada de su familia, ni tenía esperanzas de poderlo hacer. Su consuelo era saberlos tranquilos en Estados Unidos, aunque se decía que los yanquis habían entrado en la contienda. Quién sabe si sus yernos no estarían luchando para librar a Europa de la barbarie.

Pensar en su familia le consolaba, pero también le hacía entristecer, de pura melancolía. Su realidad inmediata era la muerte. Mezclada con dosis inmensas de crueldad, hambre, sufrimiento y mucho, mucho miedo. Y por más que el anciano doctor diera su vida por concluida y no se apenara personalmente por aquel triste final, no podía quedarse de brazos cruzados mientras sus hermanos eran exterminados. Porque sí, hubo de reconocer que, por primera vez en su vida, él mismo se sentía judío, parte de ese pueblo maldito y perseguido del que nunca había creído formar parte. Y veía a sus compañeros de prisión como verdaderos hermanos.

También debía confesarse que nunca había tenido fe. Quizá en algunas personas sí, como en su Esther, pero nunca en entidades supraterrenas o divinas. Nunca en Dios, en ninguno ni bajo ninguna de sus denominaciones: Yahvé, Elohí, Alá… ¡qué más daba! Sólo ocho años atrás tuvo un arrebato de pasión que lo llevó a rezar con todo su

corazón. Pero, cuando sus súplicas fueron desatendidas, como por otra parte esperaba, volvió a su ferviente materialismo, mezclado con una pizca de odio a todo lo que significaba la religión, particularmente la del vengativo Dios de los judíos que había consentido que su Esther muriera entre terribles dolores después de la larguísima agonía de su cáncer uterino.

Tanta vida, tantos sufrimientos y ahora lo que más miedo le causaba no era la proximidad de la muerte, sino perder la razón. Poco a poco el médico se daba cuenta de cuán difícil le resultaba mantener un punto de cordura y serenidad en aquel infierno cotidiano.

Durante los meses de su huida pudo escuchar terribles rumores acerca de la suerte que corrían millones de judíos sometidos al Tercer Reich. Algunos dolorosamente confirmados. Cuando lo atraparon le sorprendió que no lo matasen allí mismo. No llevaba puesta su estrella amarilla. Pero tampoco portaba en la frente la historia de su huida. Era un judío más y fue apresado con los otros. Lo enviaron a un campo de concentración y allí permaneció casi cinco meses trabajando como un poseso para los alemanes, tanto los nazis como algunos empresarios afectos al régimen y bien felices de contar con mano de obra especializada y barata. A Solomon se le acumulaba el trabajo porque, pese a su avanzada edad, debía ejercer de trabajador por el día y de médico sin maletín, herramientas ni medicinas durante la noche. No podía abandonar a sus hermanos aunque para ayudarlos sólo contara con su pobre ciencia y sus casi inútiles manos.

En esas condiciones era sorprendente que hubiera sobrevivido y que no hubiera enloquecido por completo. Un poco loco si debía de estar ya porque, si no, en otras condiciones, nunca se le habría ocurrido escribir ese opúsculo acerca de los efectos del hambre sobre la salud de muchos de sus pacientes.

Pero los tristes tiempos del campo de trabajo tocaban a su fin. Cuando le dijeron que iban a viajar en tren hasta otro campo, Solomon, que ya había oído demasiadas historias con respecto de los trenes de los nazis, se temió lo peor. Y con razón, porque sus sospechas se vieron más que confirmadas al saber su destino: Dachau.

No quiso atemorizar a los ingenuos ni los inocentes. Aunque casi todos, incluso si se negaban a aceptarlo, sabían que se aproximaban a su muerte. Y fue entonces cuando Solomon planteó su desafío a Dios. Al Dios de los judíos, en concreto. Era un desafío que nacía del odio y la desesperación. Si eran el pueblo elegido, ¿por qué Dios los había abandonado y olvidado durante siglos? ¿Por qué no enviaba a su Mesías durante estos tiempos negros? ¿Por qué no salvaba a los suyos?

Solomon contempló con espanto como sus miserables posesiones eran sistemáticamente requisadas. Todos conservaban bien poca cosa. Nada de dinero, ningún objeto valioso, escasa ropa y toda ella manida, demasiado grande, además, para sus cuerpos enjutos.

Solomon apenas recordaba los rudimentos del yiddish que había aprendido en sus tiempos de estudiante. Hacía décadas que no participaba de las fiestas judías, años sin celebrar el Rosh Hashanah, la Hanuká, el Pesach o siquiera el Yom Kippur. Acaso podía decirse que había respetado el shabbat pues, por costumbre, siempre tomado ése como su día de descanso, aunque muchas veces lo había interrumpido para atender una urgencia. Y, sin embargo, todo su espíritu se rebeló cuando sus ojos contemplaron cómo los malditos nazis destruían la Torá, el Talmud y el Halaká que tan trabajosamente había logrado ocultar Benjamín Ben Morais, el rabino que pagó con su vida el atrevimiento de intentar mantener la fe y la tradición entre tanta desesperación. Ahora Solomon estaba dispuesto a confesarse judío askenazi, a militar entre los sionistas y, ante todo, a luchar por su vida en vez de entregarla al enemigo como tantos de sus hermanos hacían con resignación, casi con alivio.

Solomon se convirtió en el alma de los miserables que viajaban como ganado en los atestados vagones que los conducían a su mortal destino. Intentó aliviar los dolores de sus cuerpos y los de sus almas. Leía la desesperación de los rostros, olfateaba el terror en los sudores, consolaba los llantos y gemidos. E, interiormente, maldecía a Yahvé. No comprendía como sus hermanos podían entregarse ciegamente a su Dios y a sus verdugos nazis. Para muchos la muerte se veía como una liberación, al estilo de los propios cristianos.

Escuchando sus lamentos, respirando sus ingenuas plegarias, a la mente del médico acudía la vieja cantinela con la que los cruzados justificaban sus atropellos: "Dios lo quiere". Pero Solomon no lo quería ni podía consentirlo. Si era un loco o tan sólo el más desesperado de los forzados viajeros es cosa difícil de determinar. El agnóstico había retornado a la fe de su infancia, pero convirtiéndola en una fe vengativa y exigente. Un Dios dispuesto a sacrificar a su pueblo en manos de un enemigo amoral y salvaje merecía ser mil veces maldito a ojos del buen doctor.

Fue entonces cuando Solomon lanzó su desafío. No necesitaba palabras para expresarlo, aunque, quizá, sin darse cuenta, masculló su amenaza a media voz. En su mente las frases sonaron nítidas y contundentes:

-Salva a Tu pueblo, Señor. Obra un milagro en nuestro favor. Envía a tu Mesías en este día de dolor. Si no, yo te maldeciré y seré yo quien salve a los judíos. Manda Tu Mesías o yo me convertiré en él, con o sin tu consentimiento.

Pensaba Solomon que, si Dios no quería mandar su Mesías, él lo obligaría. Autoproclamándose Mesías le forzaría a cumplir su vieja promesa de salvación. A falta de otro, le otorgaría a él el poder que él mismo se había arrogado. Aquel pensamiento era una blasfemia tanto como una locura. Pero en la mente perturbada del doctor sonaba como una necesidad. Él, que durante años había luchado por la vida, no iba a consentir que sus compañeros de desgracia perecieran sin más a su lado.

Las plegarias del lunático no tuvieron respuesta. Como tampoco, aparentemente, las de muchos otros prisioneros. Pero, mientras la mayoría de los presos se limitaban a pedir consuelo divino en su aflicción y hacían protestas de fe entre la desolación que los rodeaba, Solomon se irritaba y enloquecía cada vez más.

Cuando el tren de la muerte llegó a Dachau, los nazis abrieron los vagones y un rebaño humano sudoroso, sucio, hambriento, sediento y aterrorizado descendió al suelo del campo de concentración. Los nazis los apuntaban con sus armas. Algunos, gustosos, habrían entregado su vida allí mismo. Varios, de hecho,

perecieron al intentar escapar. Otros ya habían fallecido durante su encierro.

En el campo había hombres y mujeres juntos. Y eso no era nada bueno, según lo veía Solomon. Cuando los nazis buscaban mano de obra, solían separar a sus prisioneros por sexos. Pero eso no era necesario para matarlos. Por eso podían estar revueltos hombres, mujeres, ancianos, tullidos –todos recientes, pues entre los nazis los accidentes solían conducir a la muerte- y algunos pobres niños.

-Señor, salva a Tu pueblo –volvió a clamar Solomon al cielo ante el gesto de sorpresa de algunos de los pocos que habían escuchado el tono apremiante de su petición, que más parecía una orden.

En un instante, los nazis los hicieron desfilar hacia un barracón. Algunos pensaron que los iban a distribuir por celdas y jergones, y casi sintieron alivio al suponer que su muerte que intuían inminente iba a ser aplazada. Otros, desesperados por el hambre, el miedo y el dolor, preferían que todo terminase cuanto antes. Unos y otros obedecieron a sus carceleros.

Al llegar ante una enorme construcción de ladrillo, los nazis los obligaron a desnudarse. Uno de ellos, sin molestarse en ocultar una sonrisa aviesa y burlona, les apremió:

-Daos prisa. Tan sólo es para que os duchéis, cerdos judíos.

La mayoría sabía claramente lo que aquello significaba. Ya habían oído hablar de las duchas de los nazis donde los presos eran gaseados con humo de camiones. Sólo estaban mal informados en cuanto al método de exterminio: el monóxido de carbono ya había dado paso a los vapores cianhídricos del gas llamado ciclón. Poco importaba el medio. Los judíos se supieron enfrentados a su muerte y ya nadie tuvo ánimo para cambiar su muerte por gas a cambio de una a tiros, golpes o puntapiés mientras trataba inútilmente de escapar. Era el momento de llorar, a voces o en silencio. Algunas mujeres, y también un par de hombres, se desmayaron. Unos pocos trataron de consolar y engañar a los niños. Varios apretaron los dientes. Y muchos rezaron en silencio la que consideraban su última oración.

Entre estos últimos se contaba el doctor Solomon Weizmann. Aunque su oración era bien distinta a la de sus compañeros de infortunio. Silenciosa y vehemente, sí, pero cargada de ira y odio:

-Señor, ¿vas a consentir la muerte de Tu Pueblo? Sálvanos. Sálvalos o lo tendré que hacer yo.

Como loco inconsciente de su locura, el doctor no se daba cuenta de lo absurdo de su orden y su amenaza. El pobre hombre, con ojos vidriosos, se concentraba en el supremo esfuerzo de contactar con la divinidad y trascender su propio cuerpo. Pero no obtuvo ninguna respuesta.

Los nazis apremiaron a los judíos para que se desnudaran. Los pusieron en fila y los obligaron a ir entrando al barracón. Solomon no era consciente de los empujones, ni del llanto o el terror. Se dejó llevar dentro de aquella sala infame. Paredes y suelo estaban cubiertos de azulejo y del techo parecían pender varias alcachofas de ducha, aunque no se veían restos de agua en el suelo. Solomon se contagio del temor de sus vecinos cuando la puerta se cerró y todo quedó a oscuras. Antes de que nada sucediera, un terrible grito –o fue la suma de muchos- resonó en los oídos del médico demente. Lástima que su locura no le librara del dolor sino que lo multiplicara.

Fue entonces cuando se escuchó el siseo y el gas empezó a extenderse por la sala. Dentro había unas cuarenta personas apretujadas y muertas de terror. Pronto, se decían los de más presencia de ánimo, todo habría terminado.

-Señor –volvió a increpar Solomon cuando ya las toses menudeaban a su alrededor-, no puedes consentir la muerte de los tuyos. Sálvalos. Sálvanos. Si no nos mandas Tu Mesías, seré yo quien obre el milagro.

Y en mitad de los vapores tóxicos, concentrado en su locura, Solomon se afanaba en forzar un milagro por la sola fuerza de su voluntad. Le faltaba el aire, tosía. Ya casi no escuchaba el ruido de sus semejantes, su mente era un puro dolor mientras su cuerpo perdía la tensión de sus músculos. Y entonces todo terminó.

A la oscuridad la sucedió un Sol resplandeciente. Las toses volvían a resonar en el embotado cerebro del doctor Weizmann. Toses, llantos y risas histéricas. Solomon abrió los ojos y vio a todo el

grupo tendido desnudo sobre la arena de un paisaje desconocido. ¿Era aquello la muerte? ¿Estaban en el Paraíso? ¿En el mundo de sombras del que Yahvé habría de escoger las almas de los justos? ¿Era ésa la vida después de la muerte? ¿La muerte misma? ¿Existiría el Dios odiado al que habría increpado? ¿Tendría ocasión de conocer la Verdad?

-¡Es un milagro! –exclamó de pronto un hombre joven que, pese a su famélico estado, debía de conservar más energías que sus semejantes.

-¡Gracias, Señor! ¡Bendito seas, Señor! –empezaron otros a exclamar sin que nadie supiera dónde estaban ni qué había sucedido.

A nadie le importaba su desnudez, como a Adán antes del pecado. Estaban vivos. De otro modo no se explicaban la sed, el hambre, el dolor en los pulmones y el terrible calor del Sol que los atormentaba.

Por fortuna, no estaban en un desierto. Al cabo de pocas horas, un grupo de beduinos los rodeaba. Aunque no eran beduinos sino judíos que los hablaban en su idioma.

¡Estaban en Sión, en Palestina, en la tierra de Israel! Por increíble que fuera, un milagro los había salvado de una muerte segura en las cámaras de gas para depositarlos sanos y salvos junto a un kibbutz de sionistas en mitad de la Tierra Prometida.

-¡Oh, milagro! ¡Milagro! –exclamaron casi al unísono aquéllos con bastante fuerza como para mostrar su alegría.

Los supuestos beduinos los llevaron con ellos, los vistieron, los alimentaron, saciaron su sed y les ayudaron a curar las llagas del cuerpo y del alma.

Aunque nadie encontró explicación al hecho en sí, todos agradecieron al Cielo su inesperada salvación. Aunque nadie más que ellos creyó en el milagro. Sus salvadores pensaban que habrían naufragado cerca de la playa, huyendo quién sabe en qué embarcación y a qué coste de la Europa en guerra. Los nazis de Dachau ni siquiera los echaron en falta. Supusieron que habían malgastado su gas mortífero en una sala vacía. Un montón de ropas sucias de más no iba a hacerles pensar que se hubiera producido la transmigración de cuarenta personas hasta Palestina. Pero el doctor Solomon Weizmann,

tomado por loco y blasfemo por sus semejantes, afirmó rotundamente ser el responsable de la salvación. Él se la había exigido al Dios de los judíos y no había sido escuchado. Por eso él mismo había obrado el milagro: a punto de morir su alma había escapado del cuerpo y había arrastrado tras de sí los cuerpos y almas de todos sus compañeros en aquella cámara de gas. Él y no Yahvé los había transportado hasta el desierto de Palestina. A él le debían su salvación. No al maldito Yahvé. Y, para rematar su blasfemia, escupió al suelo después de maldecir de viva voz al Señor.

Los demás no se lo tomaron en cuenta. Sabían que el buen doctor había enloquecido. Dejaron de buscar explicación al milagro. Los milagros no tienen explicación. Y también ayudaron al viejo Weizmann que los martirizaba con su locura una y otra vez. Solomon contaba a quien quería oírle como él había salvado a su pueblo, convertido en el esperado Mesías por un breve instante. Se lamentaba de no haber descubierto antes su poder, cuando su mujer Esther se consumía entre los dolores del cáncer o cuando el cáncer del nazismo todavía podía ser controlado. Y, cómo no, después de su perorata, siempre maldecía a Yahvé, por no socorrer a su pueblo y dejar toda la carga de la salvación sobre sus débiles hombros de anciano.

Al cabo, hubo incluso quien echó de menos las locuras del doctor. Porque su vida se consumió lentamente y en tres meses. Poco antes de que la guerra tocase a su fin, expiró rodeado de varios de sus antiguos compañeros. En su boca pecadora lo acompañó la maldición hasta el último momento. Aunque Dios le perdonaría por su locura. No en vano durante toda su vida había sido un buen hombre. Su pronta muerte le impidió volver a ver a su familia americana ni la formación del estado de Israel. Aunque quizá lo sorprendió no poder hacer ningún milagro más y lo consumió, más que la propia enfermedad, la melancolía de saberse poderoso y no haber podido salvar a tantos y tantos, sino sólo a cuarenta. Ni tan siquiera pudo salvar a su Esther, su corazón, su alma. ¡Maldito Yahvé que consintió su muerte! ¡Tantas muertes…!

Juan Luis Monedero Rodrigo

## TEMOR CREYENTE

Ojalá no lo entendiera. Por desgracia creo que lo comprendo, y eso lo hace más lastimoso y, a la vez, terrible.

Casi todas las religiones y sus seguidores tienen miedo del conocimiento, como algo impuro y, ante todo, capaz de hacerles dudar, si flaquean en su fe y el conocimiento no coincide con su particular visión del mundo.

Entre las fuentes de conocimiento, para la fe quizá la peor sea la que procede de la ciencia o de la filosofía. Nada más temible que un librepensador –sinónimo de ateo o demonio para muchos creyentes- capaz de introducir la duda en las mentes de los píos. Eso de que haya un conocimiento ajeno a la "Revelación" –distinta según cada fe, siempre misteriosa y única, no obstante- y que sea razonable, demostrable y hasta apetecible, causa pavor al fanático y también, cosa más extraña, a personas de fe más moderada. Al creyente le asusta sobre todo la razón, el sentido común incluso. Teme que la verdad del mundo pueda penetrar en sus obtusos sentidos, quitar verosimilitud a su fe. Amenaza con borrar su Paraíso prometido. Lo razonable suena a peligroso y es mejor ignorarlo o destruirlo. Si la fe es verdadera, todo lo que vaya, voluntaria o involuntariamente, contra ella debe tener un origen demoniaco y merece desaparecer.

En otros casos, algunos teólogos y creyentes tratan de compatibilizar fe y razón, cosa harto difícil cuanto más antigua e ingenua sea la fe y más complejo y avanzado el conocimiento. Aun en este caso resulta más fácil torcer la realidad que renunciar a la fe. Todo lo más se niega la razón y el creyente prefiere no someter su fe a prueba o escrutinio y desconocer el mundo todo antes que renunciar a la tranquilidad de su fe. ¡Bendita ignorancia!, que decían algunos desde antiguo.

Por desgracia, esto de satanizar el saber ha tenido graves consecuencias. Que se lo digan a los perseguidos en toda época por no comulgar con piedras de molino ajenas y encastillarse en sus propias conciencias.

Han existido muchos mártires en la historia. Muchos que han muerto por su fe y otros que no. Pero, si se mira al pasado con ojos objetivos, es difícil no ver al fanático tras casi cada santo. Incluso se

alcanza a comprender a aquellos emperadores helenizantes y humanistas incapaces de comprender la cerrazón del cristiano y que, en ocasiones con vehemencia y otras de mala gana, se creían en la obligación de castigar a aquellas pobres gentes para salvaguardar el estado y sus leyes. Cómo no imaginar al emperador romano incapaz de entender el fanatismo e intuyendo su peligro, hasta que comprendió las ventajas de consentirlo y manejarlo. A mí me causan más pena los que murieron o penaron por no querer ser fanáticos, por no querer renunciar a la razón a cambio de una fe difusa que, cierta o no, no les podía ser impuesta. Cómo no sentir simpatía por los perseguidos por la católica inquisición, las protestantes cazas de brujas o la jihad musulmana, por aquéllos cuyos libros o pinturas fueron condenados por la Santa Sede e incluidos en su índice. Cómo no sentir simpatía por una Hipatia, un Bruno o un Galileo.

De poco sirve clamar ante el fanático por nuestra libertad de pensamiento. De poco pedir que nos dejen tranquilos aunque vayamos al infierno. Nuestra libertad agrede su fe y no puede ser tolerada.

De ahí los fanatismos, las inquisiciones, puritanismos a lo largo de la historia. El creyente siempre ha querido salvaguardar su fe pese a todo y pese a todos. De ahí ese miedo proverbial de la tradición judeo-cristiana-musulmana –e intuyo que de muchas otras religiones- a la ciencia y sus argumentaciones. Mejor ser ignorante. Mejor pensar que hay un demonio en la ciencia o miles de ellos que meten mano en todo para confundir al corazón puro. Mejor conservar nuestra fe. Y si para ello hay que quemar libros, brujas o científicos, ¿qué más da? Quizá el fuego los purifique.

No da miedo el error ajeno, sino la posibilidad de la propia condenación. Lo malo es que renunciar a la razón supone abrazar el fanatismo, la locura o un temor enfermizo por todo y por todos.

"Déjame en paz, que en el infierno no estoy tan mal".

Pues eso, que cada cual crea lo que quiera, pero que nos dejen tranquilos, que nos ignoren si algunos preferimos conservar la razón.

Juan Luis Monedero Rodrigo

## HOMEOPATÍA DIVINA

Quiero criticar desde estas páginas la homeopatía tradicional como carente de base científica y propiedades curativas. Que es un negocio que da pingües beneficios bien lo sé, aprovechándose de la ingenuidad ajena y los escasos conocimientos teórico-prácticos de las ciencias médica, química y farmacéutica por parte del general de la población, siempre más inculta de lo que tendemos a sobrevalorar.

Para los palurdos que carecen de mis conocimientos enciclopédicos heurísticos, haré aquí una breve introducción acerca de la historia y fundamentos de la mal llamada ciencia homeopática. Fue ésta una invención del alemán Christian Friedrich Samuel Hahnemann allá por 1805. Quizá era la homeopatía heredera de los saberes alquímicos y de botica que dominaban la quimioterapia de aquel tiempo. Poco se puede esperar de una época en que la ciencia de la química estaba en pañales y los médicos confiaban en las pócimas creadas por los ignorantes boticarios y mancebos. Al señor Hahnemann –señor H, por abreviar, desde ahora- le dio por pensar que los mismos venenos que causaban la enfermedad podían curarla si se suministraban al paciente en dosis lo bastante pequeñas como para no resultar tóxicas. Cualquiera puede consultar, para más información sobre el trabajo del señor H su obra "Órgano de medicina racional". Esta idea, que podía sonar razonable a los incultos del siglo XIX derivó en una pseudociencia de la racanería y la usura que, además de hacer ricos a unos cuantos listos y engañar a una multitud de bobos, demostró bien a las claras su falta de fundamento científico. Quiero aquí agradecer su aportación gloriosa al mundo de la química a mi antepasado Mendeleiev, creador de la tabla periódico y que era sobrino del cuñado de la bisabuela de mi tío político Gregor. Véase el estrecho parentesco que nos une y que, si las leyes de la herencia son correctas, justifica mis dotes extraordinarias para la química. Pero dejemos las divagaciones para los torpes de mente. Hablaba del señor H y su "hallazgo". No me refiero a la homeopatía como ciencia, sino a la misma disciplina como negocio. Porque, para evitar que el veneno tuviera sus nefastos efectos y sirviera como droga curativa, al buen señor se le ocurrió practicar series de diluciones por medio de las

cuales reducía la concentración del tóxico empleado a proporciones ridículas como una parte en un millón, en diez millones o en cien millones. Estos homeópatas tacaños dieron en pensar –por obvias razones- que cuanto mayor fuera el grado de dilución mejores serían las propiedades curativas del brebaje. Una pócima que, obvio es decirlo, cada vez se parecía más al agua y, por más que nadie ponga en duda las cualidades del líquido elemento, por tanto terminaba por carecer por completo del tóxico que se pretendía diluir. El agua pura, o casi, que se suministraba a los pacientes, malamente podía curarles la enfermedad salvo por el casi milagroso efecto placebo que nos hace sanar por el mero hecho de pensar que tomamos el medicamento adecuado a nuestros males. Como entrado el siglo XX se descubrieron las propiedades químicas del agua y se vio que entre ellas no estaba la de la sanación de todo mal hubo, como siempre sucede en los círculos científicos desarrollados en los que nosotros los sabios nos solemos mover, críticas muy duras hacia la homeopatía y sus métodos. Tratando de salvar el negocio –y a fe mía que lo lograron- algunos homeópatas avispados encontraron la "explicación" al "éxito" de sus tratamientos. Se les ocurrió que la simple presencia, al principio de las diluciones, del tóxico en el agua favorecía que las moléculas de la misma adquiriesen la forma –como de un molde- de esa molécula contra la que se deseaba luchar. Por eso, como el paciente sólo tomaba agua, no le hacía daño, y como en ella se conservaba esa especie de molde del veneno, la curación del enfermo –según su absurdo ideario- era posible. A esa molécula la llamaron "fantasma", justo igual que yo les llamo a ellos. Huelga decir que la existencia de dicha molécula fantasma en el seno del agua no sólo es una entelequia sino un imposible puesto que el agua, como todo fluido no viscoso, presenta una casi completa libertad de movimientos entre sus partículas al margen de la mínima cohesividad originada por la electronegatividad acuática y sus puentes de hidrógeno intermoleculares. He dicho.

Y dicho esto, doy por demostrada la falacia de la homeopatía tradicional. Aquí, pensarán algunos, podría callarme. Pero no lo haré porque, demostrado el error ajeno, toca exhibir la genialidad propia y el éxito que la acompaña.

Amigos, quiero aquí anunciar el nacimiento de una nueva ciencia médica a la que he dado en llamar homeopatía mística, basada en las propiedades homeopáticas y curativas del agua bendita.

Como creyente convencido, no seré uno de esos mastuerzos empeñados en separar ciencia y fe, de esos ateos materialistas que niegan la evidencia de la divinidad, el milagro y los beneficios de la santidad. Esta amplitud de miras por mi parte me ha permitido comprender dónde estaban el error de la homeopatía y dónde su solución.

Ha demostrado la ciencia que el agua normal no puede formar las llamadas moléculas fantasmas y, por tanto, carece de propiedades homeopáticas y mucho menos curativas. Pero no han tenido en cuenta esos científicos las ventajas de realizar las diluciones con agua bendita en vez de emplear agua normal. Y es que el agua bendita, amigos míos, puede ser la panacea médica. Todo el mundo sabe desde antiguo de sus propiedades milagrosas siempre que vaya acompañada de una cierta dosis de fe –infinitamente más poderosa que el mencionado efecto placebo. En estas condiciones, ya nada es imposible. El agua bendita, sagrada y portadora de propiedades mágicas y celestiales, no sólo es capaz de constituir moléculas fantasmas, sino de obrar cualquier milagro. Por tanto, si se emplea agua bendecida en cualquiera de nuestras iglesias y por cualquiera de nuestros párrocos para realizar las diluciones de tóxicos típicas de la homeopatía, su efecto sanador será infinito y creo que universal para el común de los fieles. La panacea, como vengo diciendo.

Aún teniendo presente que el éxito reside más en la bendición que en el agua, he llegado a la conclusión de que las mayores posibilidades de curación se alcanzan si se emplea agua del manantial de Fuentepelos, como la que lleva unos meses envasando en su finca la ilustre señora viuda de De Lego. Dicha agua, bendecida por el señor párroco de dicha localidad –buen amigo mío y cuya moralidad sin tacha está fuera de toda duda- y administrada, tras realizar científicamente las diluciones, por parte del mayor experto mundial en el tema, es decir, yo mismo, asegura una curación inmediata de todo mal. Por ello, y para favorecer la conclusión de mi amplio estudio, aconsejo a todos los lectores que acudan al recién balneario

Grogrenko-De Lego situado en la localidad de Fuentepelos. Como oferta promocional, con cualquier tratamiento regalaremos una cura homeopática para las almorranas.

Nada tengo que añadir salvo que, por suerte para el común de los mortales, en este mundo lleno de aprovechados y timadores todavía quedamos sabios desinteresados como yo mismo para acercar la ciencia y sus beneficios al común de la población.

Gazpachito Grogrenko

(doctor en Homeopatía Mística por la Universidad Homeopática de Fuentepelos, filántropo y futuro Nobel de Medicina)

## LA FE

El momento en que se justificaría finalmente ante sus hermanos estaba cada vez más cerca. Por fin pelearía junto a los creyentes contra los herejes cristianos. Por fin se vería bendecido por la victoria y, lo que es más importante, por la visión de un trozo del paraíso deseado en la propia tierra que pisaba. Alá, el Dios único y verdadero, el que había iluminado años atrás su camino sacándole del pecado, iba a dar su merecido a los cerdos cristianos que ya fueron expulsados años atrás de Jerusalén y toda Palestina. Ahora su obra se vería completada haciendo que sus fieles recuperasen Al-Andalus. Y quién sabe si más adelante no extenderían, como siglos atrás, la fe verdadera más allá de los Pirineos, hasta los reductos más salvajes de la secta cristiana. Después de varios siglos en que Alá los había castigado por su poca fe, por sus blandos modales y su hipocresía, ahora, al grito de Alá es Grande, las huestes de los creyentes, a las órdenes del califa Muhammad recuperarían el terreno perdido y expulsarían a los seguidores del Nazareno hasta el mar de pescadores en el que creció su secta.

Nadie sentía tantos deseos de cruzar armas en la batalla como Yaqub, consciente de que sus hermanos aún lo miraban por encima del hombro y le llamaban renegado. Igual que los cristianos que lo consideraban un traidor. No en vano Yaqub nació en el norte, en la indómita Navarra, bajo el nombre de Bermudo Aguirre. Cristiano

pecador, asesino de lo fieles. Un loco cegado por la sangre que pensaba posible vencer a los verdaderos creyentes bajo los auspicios de su profeta y su falso héroe Santiago, al que apodaban Matamoros. Pero Bermudo tuvo ocasión de ver la luz. Fue preso y esclavo. Tal penitencia lo hizo más fuerte y purificó su alma ennegrecida. Y el momento de blanquear su alma del todo y pasar a contarse en el número de los mártires estaba próximo.

"¡Oh, Señor!", pensó Yaqub para sí, "concédeme la gloria durante el día de Tu victoria". No le cabía la menor duda del resultado de la batalla. Sólo los verdaderos siervos de Alá podían aspirar a ella. Y los verdaderos fieles luchaban a las órdenes de Muhammad al-Nasir ibn Yaqub, califa almohade de todo el Occidente.

Yaqub al Rumi, también llamado al Muvalladín, el muladí, no había nacido musulmán. Los demás se referían a él como el romano. Los menos tolerantes o vengativos lo llamaban el traidor. Nació cristiano en las tierras del norte. Nació navarro y soldado. Su padre lo fue y las armas fueron la única herencia que le dejó. Bermudo no pertenecía a la nobleza, pero la fuerza de sus brazos lo convirtió en capitán a las órdenes del rey de Castilla, el maldito Alfonso, durante la batalla de Alarcos.

En esa funesta ocasión Bermudo todavía llamaba pecadores a sus hermanos y luchaba junto con el demonio por extender la mentira por el mundo. Formó en el ala izquierda de la caballería del arzobispo Martín López, el demonio mitrado que los empujaba contra los verdaderos creyentes. A sus órdenes alcanzó a avistar la propia Sevilla, la ciudad luminosa que todos habrían deseado destruir.

Quizá fue ese intento fallido la única acción buena de su vida anterior. Durante la campaña cometió asesinatos, participó de la rapiña y las violaciones. Nunca podría compensar aquellos pecados ejecutados en nombre de la mentira. Salvo, quizá, entregando su vida en la batalla junto a los justos, participando, como tanto deseaba, en la guerra santa contra el infiel. Pero sus crímenes de entonces tuvieron un efecto positivo: atrajeron al califa, al Miramamolín, a la provincia hispana para defender a sus súbditos y hermanos en la fe.

Su glorioso ejército arrasó a las huestes castellanas de Alfonso en la batalla de Alarcos. En aquella fecha Bermudo era el

enemigo, el malvado. Y vio como muchos de sus entonces compañeros caían a manos de sus ahora hermanos, recibiendo justo castigo a sus fechorías. Causaba pavor observar como los propios caballeros caían muertos a cientos bajo las flechas de las ballestas y de los magníficos *guzzi*, los arcos de las tropas califales. Bermudo habría merecido morir en la batalla y condenarse a los eternos fuegos del infierno. Pero Alá es misericordioso y debió ver algo en su alma impura que lo movió a perdonarle la vida. Bermudo no recibió una sola herida en aquella espantosa contienda. Tan sólo un golpe en el cogote que lo dejó inconsciente por unas horas. Cuando despertó fue al ser zarandeado por un soldado moro que, en vez de segar su vida sin más, lo ató y lo llevó ante su comandante. La batalla había concluido y los creyentes no se cebaron con los derrotados. Sólo fueron pasados a cuchillo los que se opusieron a su sino y los que habían cometido graves atropellos. Esos cristianos salvajes no mostraban igual consideración con el enemigo caído.

Bermudo, junto con otros, fue llevado a la corte sevillana cubierto de cadenas. No vio a aquellos orgullosos caballeros que el señor de Vizcaya entregó como rehenes. Tampoco supo, hasta mucho después, de la total derrota castellana. De la huida del rey, de la pérdida de Guadalajara o Salamanca. Entonces llamó así a su reconquista por los fieles. Tan sólo se sintió preso y derrotado, a merced del enemigo y en tierra extranjera. Convertido en esclavo y bajo la amenaza de la mutilación o la muerte.

Entonces le llegó la iluminación. Cuando se convirtió a la fe verdadera no lo hizo por salvarse de la espada ni de la esclavitud. El sufrimiento no lo espantaba ni era uno de esos pusilánimes capaces de la mayor de las traiciones para escapar del dolor o la justicia del castigo. Eso, precisamente, pensaban de él quienes lo insultaban llamándole traidor o renegado. Pero no era cierto.

El que fuera Bermudo Aguirre de Echalecu contempló la luz de la Verdad y su vida cambió para siempre. Hasta entonces había sido un cristiano convencido de la justicia de su fe. Un cruzado deseoso de acabar con el dominio infiel sobre las tierras de Hispania. Y bajo la cruz peleó toda su vida antes de Alarcos. Hasta que pudo ver la gloria de Alá y su mano derecha, Abu Yaqub al-Mansur. Su victoria, y la

reflexión que sobre ella pudo hacer el prisionero Bermudo, le abrió los ojos a la realidad. Dios estaba con su pueblo en aquel momento de la batalla. Por eso venció el califa y expulsó al cristiano hasta Toledo, donde se encerró muerto de terror. Alá es Alá y Mahoma su profeta. Bermudo entró así al mundo de los creyentes. Su civilización superior, su riqueza, podían atraer a algunos ambiciosos a una conversión interesada. Pero si Bermudo abrazó la fe no fue por miedo o ambición. Fue porque, tras la derrota de Alarcos, lo acompañó la plena convicción de que la musulmana era la fe verdadera. Por eso hizo nueva profesión de fe, renegando con placer de su anterior herejía. E incluso aceptó como una bendición obligada para su renacer la incómoda necesidad de la circuncisión. Tomó para sí el nombre del vencedor de Alarcos, Yaqub, y sus hermanos le otorgaron el apelativo "al Rumi", para recordarle su oscuro origen norteño y cristiano.

Desde entonces había vivido sólo para aprender y servir a sus nuevos señores: Alá y su representante sobre las tierras del Occidente, Muhammad al-Nasir ibn Yaqub, el heredero del califa que llegó a venerar.

Nuevamente los herejes del norte se lanzaban sobre las tierras de los creyentes confiados en su demoniaca cruz. Esta vez atacaban varios reyes juntos. Pero no había duda de que el líder de aquella cruzada era el maldito Alfonso, aquél que debió ver concluido su reino años atrás. Tuvo suerte, o Alá se apiadó de él y el Miramamolín hubo de concederle una paz inmerecida para atender sus asuntos africanos. Ese tiempo lo había empleado el hereje para rearmarse y ahora que el Papa, tras sus fracasos de Oriente, lo azuzaba contra Al-Andalus, el perdedor de la segunda batalla de Alarcos agrupaba en torno a él a otros reyes cristianos y a varios caballeros francos y se afanaba en repetir sus errores del pasado.

Las tropas cristianas se acercaban a Sierra Morena. Y, sin duda, pensaban que podrían presentar batalla en un lugar favorable, pero no habían contado con que las tropas almohades ocupaban todos los pasos practicables. Las tropas cristianas parecían tener dos únicas opciones: retroceder o lanzarse a una ofensiva suicida. No podían aguardar a quedarse sin víveres.

La situación no estaba clara, pero los espías informaban de que Alfonso, cegado por el ansia de sangre y botín, había escogido la última opción, en la loca confianza de que su Dios socorrería a las huestes cruzadas. Decían, no obstante, que un siervo de Belcebú se había aliado con los caballeros cristianos: un pastor los había guiado por un paso de montaña sin que los hombres del califa pudieran atacarlos. La batalla, pues, estaba próxima. Y Yaqub al Rumi pensaba que era mejor así. Aunque las sabandijas deben ser eliminadas sin compasión, el soldado prefiere enfrentar al enemigo en campo abierto y conquistar la gloria del triunfo o, si muere en la lucha, las mieles del Paraíso.

Antes de la batalla que limpiaría definitivamente su alma, Yaqub rezó con toda su alma. Recitó en alta voz la primera azora del Corán: "en nombre de Alá el misericordioso, la alabanza a Dios, el Señor de los mundos, el clemente, el misericordioso, dueño del Día del Juicio, a Ti adoramos y de Ti solicitamos ayuda, condúcenos al camino recto, camino de aquéllos a los que has favorecido, quienes no son objeto de tu enojo y no están extraviados". El que fue Bermudo podía imaginar a los caballeros cristianos celebrando misa y a sus sacerdotes, quizá el propio arzobispo don Rodrigo, arengando a los hombres con la mentira de la salvación eterna en batalla. También Yaqub esperaba alcanzar el cielo, pero el verdadero, el que aguarda al fiel que pelea con valor en la Jihad contra el infiel.

El tiempo transcurrió lento en la mente de Yaqub. Los cuerpos de los ejércitos se dispusieron en orden de batalla. Los comandantes impartieron órdenes, los ulemas llamaron a la oración. El califa Muhammad transmitió su bendición a todos los guerreros y, para cuando la batalla se inició, el lejano grito de los cristianos fue acallado por la voz de miles de hombres repitiendo la única verdad: "Alá es Alá y Mahoma su Profeta".

Yaqub formaba en el ala izquierda almohade. Enfrente se encontraban los milicianos castellanos. Yaqub reconocía sus pendones en la distancia. No sabía que los mandaba su paisano, el navarro Sancho. Los cristianos atacaron. Sin duda mantenían el orden previsto de batalla, igual que el ejército del califa, pero en el fragor de la lucha, en mitad del campo, Yaqub, como en ocasiones anteriores, era

incapaz de ver más que una turbamulta que se movía en aparente desorden. "Alá, guía mi brazo contra el infiel", pensó cuando vio al enemigo romper la primera línea, sobrepasando a los lanceros negros. Pero la tropa resistió la primera embestida de los herejes y pronto los turcos rechazaron a los atacantes con sus arcos. "Alá es grande", resonaban mil voces en los oídos de Yaqub. Era digno de verse cómo las tropas concejiles huían en desbandada. Yaqub pensó que la victoria estaba demasiado cerca y no había tenido apenas ocasión de limpiar su deuda de sangre y honor.

No sospechaba el renegado que aún iba a tener múltiples ocasiones de ganarse el Paraíso. Cuando la victoria parecía cercana, las tropas al mando del rey Pedro de Aragón lanzaron su ataque terrible y devastador. Rodearon al cuerpo principal y se lanzaron contra la retaguardia almohade. Desde lejos, Yaqub pudo ver la caída de la tienda califal. En el tumulto se sucedieron noticias contradictorias: el califa había muerto, el califa había huido, los esclavos negros habían muerto defendiendo a su rey, el monarca se había escapado y trataba de reorganizar a sus huestes. Pocos podían imaginar la realidad: Muhammad cabalgaba hacia Baeza.

Menos que nadie podía imaginar aquel resultado Yaqub el muladí. Alá no podía consentir la derrota de sus fieles. El Dios falso de los cristianos no podía vencer al ejército de los creyentes. Yaqub no dejó de luchar. Había que aguardar el milagro: el califa reaparecería al frente de sus caballeros y el ejército cristiano sería desbaratado en un abrir y cerrar de ojos. Yaqub, por no pensar en otra cosa, repitió mentalmente los versículos del Corán: "No temáis a nadie más que a Alá. Él os ayuda, fortalece vuestros pies para que no vacilen. Él os otorgará la victoria". Su valor no encontraba respuesta. A su alrededor los fieles vacilaban, grupos de soldados se lanzaban a una huida frenética y sin sentido, mientras los cristianos, enfervorecidos los perseguían y aniquilaban. Mas Yaqub no cesaba. Alá estaba con ellos. Alá debía estar con ellos, igual que había permanecido a su lado durante la gloriosa batalla de Alarcos.

Pronto los hombres de Yaqub también empezaron a retroceder. Su capitán, el romano, quiso organizar su retirada, pero eran ya muchos los que habían escapado en una loca huida. Los golpes

de Yaqub eran cada vez menos contundentes y seguros. Estaba cansado, pero era ésa la menor de sus preocupaciones. El problema era que en su mente, que había tratado de llenar con palabras de fe, poco a poco se abría paso una idea monstruosa que amenazaba con enloquecerlo.

Quizá otro en su lugar no habría esperado un milagro. Quizá otro, tras Alarcos, no se habría convertido a la fe del enemigo. Pero Bermudo/Yaqub era un hombre temeroso de Dios. No era de los que opinan que las guerras de los hombres son meros asuntos de los hombres. Ni que Dios/Alá, si existe, es uno y el mismo y no actúa en las disputas humanas, a favor de uno u otro bando. O que todos son sus hijos, que todos deben ser libres para actuar. Como tantos hombres de su tiempo pensaba que la Divina Providencia dirige los destinos de los hombres. Y por eso, tras la derrota de Alarcos, tras su prisión, Bermudo Aguirre renegó de su antigua fe y la cambió por la del vencedor, con quien, sin duda, se encontraba Dios. Por eso se convirtió al Islam y lo hizo de corazón con la esperanza de salvarse.

Pero ahora, mientras el ejército de los fieles huía en desbandada, cuando su campamento había caído y las huestes de Alfonso, Pedro y Sancho avanzaban sin oposición, todo había cambiado. Casi sin darse cuenta, Yaqub se escuchó pronunciando el Paternoster y dejó de golpear con su espada. No debía añadir más pecados a su lista interminable. El musulmán cayó de rodillas y se puso a llorar como un niño. Un soldado cristiano hundió su espada en el vientre del que consideraba andalusí. Bermudo apenas lo notó, pese al dolor insoportable. Gemía, pero lo hacía por el dolor de su alma impura. Ahora comprendía que se había equivocado. Que la derrota de Alarcos fue una prueba y que esta batalla, que intuía definitiva, era la de la justificación de los cristianos. Ahora veía como cierto que los pecados de sus señores, sobre todo los de Alfonso y su judía, habían traído el castigo divino. Pero, una vez recuperada la paz de espíritu, los caballeros castellanos, aragoneses y navarros habían triunfado en su cruzada. Mientras que él, cegado por la victoria momentánea, había renegado del Dios verdadero y se había convertido en un circunciso condenado.

De rodillas en el campo de batalla comprendió que iba a morir. Y le asustó la idea de que iba a encaminarse derecho al infierno. Algún soldado cristiano pudo escuchar los lamentos en castellano de aquel moro infiel que pedía a voces la unción. Un fraile lo oyó y, extrañado, quiso acercarse a confortar a aquel hombre milagrosamente convertido a la fe verdadera. Pero no tuvo ocasión. Al grito de "muere perro", otro que se dedicaba a hacer y desvalijar cadáveres asestó a Bermudo el golpe de gracia. Nadie puede saber si ascendió al cielo, si se sumió en las simas del infierno o si, con el último dolor de su cuerpo, su espíritu se consumió en la nada.

Corría el año de Nuestro Señor de 1212 –era casi el 590 aniversario de la hégira- y el papa Inocencio III pronto tendría ocasión de proclamar el éxito de la cruzada hispana. Después de la pérdida de Jerusalén y el fracaso de la Tercera Cruzada, todos los cristianos debían alegrarse de que Dios volviera a estar con ellos.

Juan Luis Monedero Rodrigo

## CARTAS AL DIRECTOR
(algunos suponen que en fase de nirvana)

### TALENTO INTRASCENDENTE

La siguiente es la transcripción casi literal de un correo (eliminando los nombres que puedan servir para identificar autor y empresa) que yo mismo (Juan Luis Monedero) recibí no hace mucho después de manifestar mi indignación porque los señores de una editorial (la que se marca como XXX) no se dignaron siquiera leer el libro que les ofrecí sino que fue rechazado sin más y por principio. Me dijeron que no era política de la empresa y que ni lo leerían ni lo publicarían aunque fuera bueno. Obviamente, me sentí un tanto indignado por el interés despertado por mi obra y por tan miope política editorial. Me dijeron que sólo publicaban autores anglosajones antiguos, aunque yo sabía perfectamente que no era así (los autores españoles contemporáneos, algunos de ellos muy conocidos, aparecen en la nota como A, B, C, D, E). Mi carta tuvo respuesta, supongo que por parte de uno de los editores (el que aparece Pepe Pérez, que no

es, por supuesto, su nombre). A mí me ha resultado una carta curiosa (que no reveladora) en cuanto que confirma cuánto valoran en este país algunos editores (espero que sean sólo algunos, aunque no confío en ello) la labor creadora y el arte literario. Los subrayados son míos. Leed con atención:

Estimado escritor en ciernes:

Sinceramente, en la editorial no entendemos su indignación. Tal vez usted desconozca la línea que desde hace diecisiete años sigue XXX. Si tiene ordenador y una cuenta para acceder a Internet, puede consultar nuestra Web www.xxx.com. La gran mayoría de autores publicados en este periodo son anglosajones que publicaron en el siglo XIX. En cuanto a las escasas excepciones, A, B, C, D, E... son autores reputados, con una ya dilatada carrera y numerosos títulos publicados, y aun así, no tienen, ni mucho menos, la misma acogida para los lectores de XXX que los demás autores.

En definitiva, que no aceptamos originales de autores españoles desconocidos (aunque su temática nos sea afín), pues son inviables comercialmente, y no podemos perder el tiempo en su valoración literaria. El mercado español del libro hace, en efecto y desgraciadamente, el talento, o supuesto talento literario, irrelevante.

Si su obra es tan estupenda, sin duda encontrará donde publicarla.

Suerte

Pepe Pérez

NOTA DE AGRADECIMIENTO Y LOA

Quiero desde estas páginas agradecer a ese prócer de la humanidad, el señor Gazpachito Grogrenko, buen amigo y mejor científico, el obsequio que nos ha traído con su última investigación. Las profundas bases de su estudio han hallado en lo empírico su magnífica confirmación. Su homeopatía divina no es una hipótesis, es un hecho de eficacia contrastada.

Yo misma, que padecía de juanetes, introduje los pies en un extracto de agua donde ya los había lavado y que fue posteriormente diluida y bendecida y los juanetes dejaron de molestarme durante nada menos que tres horas. Indudablemente obra de aquel tratamiento milagroso.

Algunas amigas, que desconfiaban del proceso, se sometieron gustosas a una prueba. Entre ellas, mis compañeras de la Sociedad Pía de las Descalzas Elegantes de San Cucufato. Dispongo pues de varios testimonios que avalan el éxito de las múltiples curaciones. Mi amiga Pitita se libró gracias al agua milagrosa del señor Grogrenko de un incómodo grano nada estético. María de la Encarnación Rosa padecía estreñimiento y le bastó con realizar una sola libación del agua pretratada para alcanzar el éxito. Purificación logró quitarse el hipo y Mari Pichurri logró que la caspa se redujera en un doce por ciento con sólo dos masajes capilares con el agua bendita. ¡Gracias Señor por tus mercedes! ¡Gracias, amigo Grogrenko por establecer este puente maravilloso entre la ciencia y los milagros divinos!

Que sepan los incrédulos, eso sí, que las propiedades se basan a partes iguales en la ciencia y la fe. Que sirva de ejemplo mi examiga Braulita Adoración que acudió a nosotras sin fe y vio agravado su orzuelo, para escarnio de los impíos, después de lavarlo con el agua de los santos. Pero si tienen fe, no ha de haber temor: el milagro es seguro.

No lo duden, amigos, acudan presurosos a Grogrenko para curar todos sus males. Vengan con nosotros y después haremos acto de contrición, acción de gracias, rezaremos un par de rosarios y cantaremos salmos y hermosas canciones de nuestra congregación para agradecer cada milagro obrado.

Nicolasa de la Olla y Redondo de Ternera
(viuda de De Lego y agradecida paciente)

## EPÍLOGO

Es de suponer que estas páginas habrán arrojado escasa luz sobre un tema de tanta complejidad y que toca tantas sensibilidades. Tampoco es que pretendiéramos, con nuestros pocos medios y escaso intelecto, iluminar un campo tan confuso como éste. En todo caso, nos

sentimos capaces de añadir aún más confusión a la ya existente. Se diga lo que se diga, la fe no se puede racionalizar. Se tiene o no se tiene. Y si en ella tiene cabida un Creador, como en las religiones del Libro, o se le ignora, como en el budismo, es indiferente para el creyente. La fe da consuelo. El Dios da consuelo y esperanza. Qué más se quiere. Nadie se plantea sus dioses y su fe. Se cree o no se cree. Y lo mejor es no querer mezclar dicha fe con la razón y la ciencia, puesto que no son afines ni, probablemente, compatibles.

Pero el hombre es curioso y no puede renunciar a su razón, a pensar en todo y en todos. A desear una fe pero además una fe racional y, como buscaron muchos durante siglos, hasta demostrable. Lo terrible es que la razón, tan versátil, y la ciencia, tan rica en hechos, nos traen la duda y hasta son capaces de proporcionar respuestas bien distintas a las que se pretendía encontrar al principio. La fe y la divinidad no son siquiera necesarias y suficientes. La ciencia tampoco lo parece, por desgracia, para satisfacer el espíritu humano. Y por ello nos empeñamos en seguir buscando ese gancho en el cielo que nos conecte directamente con todos los sueños de fe y trascendentalidad que la humanidad abriga desde hace siglos. Lástima que el gancho se nos vuelva difuso cuando la naturaleza, tal y como descubrió Darwin y nos cuenta Daniel C. Dennet en su libro "La peligrosa idea de Darwin", puede crear su propia complejidad creciente sin necesidad de recurrir a ese Dios real o imaginado.

## EL PUNTO Y FINAL

Se acabó lo que se daba, que en este caso es mucho, al menos en cuanto a volumen. Aunque sois vosotros los que debéis juzgar si merece la pena rellenar tantas páginas. Nosotros estamos muy satisfechos por el resultado y por vuestras colaboraciones, que queremos agradecer y solicitar para próximas entregas. En esta revista, que hace la número diecisiete, queremos agradecer, como siempre, su colaboración a los que han participado que son: Jose Palomo (Martin's) tanto por su magnífica portada como por sus poemas, Gerardo Monedero (por su cuento y su contraportada), Imelda Sánchez, P.A.M. 213, Robert Lanuit y El temible burlón. Algunos son ya habituales. Otros son, o parecen, nuevos. También, por una vez, mandamos un tirón de

orejas a aquellos tímidos que, con la excusa de que el tema les resultaba un poco complejo, no se han atrevido a hacerse oír entre nuestras páginas. Confiamos en que, en otra ocasión, encontrarán palabras para su voz. Es todo. Ojalá hayáis disfrutado con la lectura y, si no es así, podéis hacérnoslo saber (o dorarnos la píldora, si es vuestro deseo).

Enviad las colaboraciones y cartas a:

e-mail: despertardelosmuertos@yahoo.es

También podéis bajaros las revistas que no tengáis de nuestra página web:

www.eldespertardelosmuertos.es

O de nuestra página de Bubok:

http://eldespertar.bubok.es

Hasta pronto.